



El temor
de Dios

John Bunyan

EL TEMOR DE DIOS

Índice

Palabras del editor.....	3
1. Esta palabra <i>temor</i> en referencia a Dios mismo	6
2. Esta palabra <i>temor</i> en referencia a la Palabra de Dios.....	18
3. Las diversas clases de temor de Dios en el corazón de los hijos de los hombres.....	24
4. La gracia del temor que el texto contempla más directamente.....	58
5. Privilegios de los que temen así al Señor.....	87
6. El uso de esta doctrina.....	103

Copyright 2023 Chapel Library. Este fue originalmente *A Treatise of the Fear of God; Showing What It Is, and How Distinguished from That Which Is Not So*, de dominio público. Impreso en EE.UU.

La mayoría de las citas de las Escrituras son de la versión RVR1960.

CHAPEL LIBRARY no está necesariamente de acuerdo con todas las posiciones doctrinales de los autores que publica. Se concede expresamente permiso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que:

- 1) No se cobre más allá de una suma nominal por el costo de la duplicación.
- 2) Se incluya este aviso de derechos de autor y todo el texto de esta página.

Chapel Library es un ministerio de fe que depende enteramente de la fidelidad de Dios. Por lo tanto, no solicitamos donaciones, pero recibimos con gratitud el apoyo de aquellos que libremente desean colaborar.

En todo el mundo, por favor, descargue este material de nuestro sitio web sin costo alguno, o póngase en contacto con el distribuidor internacional que corresponda a su país, según la lista que aparece en nuestra página.

En Norteamérica, para obtener copias adicionales de este folleto u otros materiales Cristocéntricos de siglos anteriores, favor de ponerse en contacto con

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street • Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

Un tratado sobre

EL TEMOR DE DIOS,

que muestra lo que es y cómo se distingue de lo que no es. Además, de dónde procede, quién lo tiene, cuáles son sus efectos y cuáles son los privilegios de quienes lo tienen en su corazón.

Palabras del editor

«El principio de la sabiduría es el temor de Jehová» y «manantial de vida», el fundamento sobre el cual descansa toda sabiduría, así como la fuente de donde emana. Toda la sutil malignidad de Satanás está dirigida sobre este principio tan inmensamente importante, y tiene el propósito de extraviar, si fuera posible, a los mismos elegidos; mientras que los impíos e impenitentes caen bajo sus artimañas. Para la mente iluminada por la verdad divina, la diferencia entre un temor filial de ofender a Dios y el temor al castigo es muy clara. Sin embargo, algunos de los cristianos más piadosos han sido desconcertados y confundidos por las falacias del diablo. Bunyan no ignoraba las artimañas de Satanás, y ha despertado las energías de su poderosa mente, guiada por la verdad divina, para hacer que esta doctrina tan importante sea muy clara y fácil de entender, de modo que el creyente no caiga en el error.

Este excepcional volumen, publicado por primera vez en 1679, pronto se hizo tan escaso que Chandler, Wilson, Whitefield y otros lo omitieron de sus ediciones de las obras de Bunyan. Finalmente apareció en la colección más completa de Ryland y Mason, hacia 1780. Desde entonces ha sido reimpresso, algo modernizado, por la Tract Society, a partir de una copia original, descubierta por ese ferviente amante de Bunyan, el reverendo Joseph Belcher. De esta edición se imprimieron cuatro mil ejemplares.

Bunyan traza la gran línea de distinción entre el terror y el espanto de Dios, como el infinitamente Santo, ante el cual todo pecado debe sufrir la intensidad del castigo; y el amor de Dios, como el Padre de misericordias y la fuente de bendición en el don de Su Hijo, y un sentido de adopción en Su familia, por las influencias de las cuales el alma teme ofenderlo. Este temor es puramente evangélico, porque si se deposita la más mínima dependencia en cualquier supuesta buena obra nuestra, el temor filial de Dios es absorbido por el miedo y el terror, porque la salvación depende de la perfección de la santidad, sin la cual nadie puede entrar en el cielo, pero que solo se encuentra en Cristo.

El Sr. Mason, al leer este tratado, expresó así sus sentimientos: «Cuando el temor del Señor es un principio permanente, inculcado en el alma por el Espíritu divino, es una señal indudable de elección para la vida eterna; porque las promesas más preciosas se hacen a los temerosos de Dios, incluso las bendiciones del pacto eterno. Los tales están seguros de estar protegidos de todo enemigo, de ser guiados por un consejo infalible y, lo que coronará todo, de ser amados por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo hasta que, por la gracia todopoderosa y eficaz, sean trasladados a esas mansiones de gloria y bienaventuranza preparadas para ellos, donde cantarán las alabanzas del Dios del pacto por toda la eternidad».

Que esta sea la experiencia bendita de todos los que lean en oración este importante tratado.

George Offor, editor.

TRATADO SOBRE EL TEMOR DE DIOS

*«Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová»,
Salmo 128:1.*

«Temed a Dios», Apocalipsis 14:7.

Esta exhortación no se encuentra solo aquí en el texto, sino que se encuentra en varios otros lugares de la Escritura y se presenta con gran vehemencia a los hijos de los hombres, como en Ec 12:13 y 1P 1:17, entre otros. No les presentaré un largo preámbulo o introducción al asunto, ni me detendré en el contexto, sino que iré directamente a las palabras mismas y trataré brevemente del temor de Dios. Como ven, el texto nos presenta un asunto de suma relevancia en cuanto a Dios y el temor de Él.

Primero, nos presentan a Dios, el Dios vivo y verdadero, creador de los mundos y sostenedor de todas las cosas por la palabra de Su poder, y de una majestad incomprensible. Todas las naciones son menos que la gota de un cubo, y que el pequeño polvo de la balanza en comparación con Él. Este es Aquel que llena el cielo y la tierra, y está presente en todas partes con los hijos de los hombres, contemplando lo malo y lo bueno; porque ha puesto Sus ojos en todos sus caminos.

Así que, considerando que por el texto hemos presentado a nuestras almas al Señor Dios y Creador de todos nosotros, quien también será nuestro Salvador o Juez, tenemos la obligación, por la razón y el deber, de prestar la atención más sincera a las cosas que se dirán, y ser muy cuidadosos en recibirlas y ponerlas en práctica. Porque, como dije, así como nos presentan al Dios poderoso, así nos exhortan al más alto deber hacia Él, que es temerle. Me refiero a Él como el deber

más alto, porque es, como yo lo llamo, no solo un deber en sí mismo, sino, por así decirlo, la sal que sazona todo deber. Porque no hay ningún deber que realicemos que pueda ser aceptado por Dios, si no está sazonado con temor piadoso. Por lo cual dice el apóstol: «Demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia». Es de este temor que estaré hablando, pero debido a que esta palabra temor es tomada de diversas maneras en la Escritura, y debido a que puede sernos provechoso verla en su variedad, he escogido hacerlo de esta manera para mostrarles incluso la naturaleza de la palabra en sus diversas acepciones, especialmente en las más importantes. PRIMERO. Por esta palabra *temor* debemos entender incluso a Dios mismo, que es el objeto de nuestro temor. SEGUNDO. Por esta palabra *temor* debemos entender la Palabra de Dios, la regla y lo que dirige nuestro temor. Ahora nos referiremos a la palabra *temor*, entendida de la siguiente manera.

1. Esta palabra *temor* en referencia a Dios mismo

PRIMERO. Esta palabra «temor», EN LO QUE TIENE QUE VER CON DIOS MISMO, quien es el objeto de nuestro temor.

Por esta palabra *temor*, como ya he dicho, debemos entender a Dios mismo, quien es el objeto de nuestro temor; porque a la majestad divina a menudo se le llama con este mismo nombre. Este es el nombre con que Jacob lo llamó cuando él y Labán se reclaman mutuamente en el monte Galaad. Después de que Jacob había escapado a la casa de su padre, dijo: «Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y temor de Isaac, no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías». Así también, poco después, cuando Jacob y Labán acuerdan hacer un pacto de paz entre ellos, aunque Labán, como lo hacen los paganos, incluye al Dios

verdadero junto al falso, sin embargo, «Jacob juró por aquel a quien temía Isaac su padre» (Gn 31:42,53)¹

Por el temor, es decir, por el Dios de su padre Isaac. Y, en efecto, Dios bien puede ser llamado el temor de Su pueblo, no solo porque por Su gracia lo han hecho objeto de su temor, sino por el terror y la terrible majestad que hay en Él. Es «Dios grande, fuerte, temible» y «En Dios hay una majestad terrible» (Dn 7:28; 10:17; Neh 1:5; 4:14; 9:32; Job 37:22). ¿Quién conoce el poder de Su ira? «Los montes tiemblan delante de Él, y los collados se derriten; la tierra se conmueve a Su presencia, y el mundo, y todos los que en él habitan. ¿Quién permanecerá delante de Su ira?, ¿y quién quedará en pie en el ardor de Su enojo? Su ira se derrama como fuego, y por Él se hienden las peñas» (Nah 1:5-6). Su pueblo lo conoce y tiene Su temor sobre él, y en virtud de esto se engendra y mantiene ese temor piadoso y una reverencia a Su majestad que es conforme a su profesión de Él. «Sea Él vuestro temor, y Él sea vuestro miedo». Pon Su majestad ante los ojos de tu alma, y que Su excelencia te haga temer con temor piadoso (Is 8:13).

Estas son las cosas que hacen que Dios sea el temor de Su pueblo.

Primero. Su presencia es terrible, y no solo Su presencia común, sino Su presencia especial, sí, Su presencia más familiar y deleitosa. Cuando Dios viene a traer a un alma noticias de misericordia y salvación, incluso esa visita, esa presencia de Dios, es temible. Cuando Jacob iba de Beerseba a Harán, se encontró con Dios en el camino por medio de un sueño, en el cual vio una escalera puesta sobre la tierra, cuya cúspide llegaba al cielo; ahora bien, en este sueño, desde la cúspide de esta escalera, vio al Señor y le oyó hablarle, no amenazadoramente, no con semblante airado, sino de la

¹ Esta es una ilustración muy notable del temor piadoso. Jacob no jura por la omnipresencia u omnisciencia de Dios, ni por Su omnipotencia, ni por Su amor o misericordia en Su pacto, ni por el Dios de Abraham, sino por «por aquel a quien temía Isaac su padre», el único objeto de su adoración. Una apelación a Jehová de lo más llamativa y solemne, que fija en nuestros corazones aquel proverbio divino: «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová», la fuente de toda felicidad, tanto en el tiempo como en la eternidad.

manera más dulce y bondadosa, saludándolo con promesa de bondad tras promesa de bondad, como puedes ver en el texto. Sin embargo, puedo decir que cuando despertó, toda la gracia revelada en esta visión celestial no pudo evitar el temor y el miedo a la majestad de Dios. «Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo» (Gn 28:10-17).

En otro momento, es decir, cuando Jacob tuvo aquella memorable visita de Dios, en la cual le dio poder como príncipe para que estuviera con él; sí, y le dio un nombre, para que al recordarlo pudiera traer a su mente de una mejor manera el favor de Dios; sin embargo, aun entonces y ahí, tal temor de la majestad de Dios se apoderó de él, que se fue de aquel lugar maravillado de haber conservado su vida (Gn 32:30). El hombre se desmorona hasta el polvo ante la presencia de Dios; sí, aunque Él se nos muestre en Sus vestiduras de salvación. Hemos leído cuán espantosa y terrible ha sido para los hombres incluso la presencia de los ángeles, aun cuando les han traído buenas nuevas del cielo (Jue 13:22; Mt 28:4; Mr 16:5-6).

Ahora bien, si los ángeles, que no son más que criaturas, son, por la gloria que Dios ha puesto en ellos, tan temibles y terribles en su apariencia para los hombres, ¡cuánto más temible y terrible debe ser Dios mismo para nosotros, que no somos más que polvo y ceniza! Cuando a Daniel le fue enviada del cielo la visión de su salvación, fue así: «Daniel», dijo el mensajero, «varón muy amado»; sin embargo, he aquí que el espanto y el terror de la persona que hablaba cayeron con tal peso sobre el alma de este buen hombre, que no pudo sostenerse en pie ni soportarlo. Se puso en pie temblando, y exclamó: «Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento» (Dn 10:16-17). Observa aquí si la presencia de Dios no es algo temible y espantoso; sí, incluso Sus apariciones más llenas de gracia y de misericordia,

¿cuánto más, entonces, cuando se nos muestra como alguien que desapruueba nuestros caminos, como alguien que se siente ofendido por nuestros pecados?

Y hay tres cosas que, de manera eminente, hacen que Su presencia nos resulte terrible.

1. La primera es la propia grandeza y majestad de Dios; la revelación de esto, o de Él mismo de esta manera, incluso como ningún pobre mortal es capaz de concebirlo, es totalmente insoportable. El hombre a quien Él se le revela de esta manera muere. «Cuando le vi», dice Juan, «caí como muerto a Sus pies» (Ap 1:17). Esto era lo que Job quería evitar el día en que se acercara a Él. «Aparta de mí tu mano, y no me asombre tu terror. Llama luego, y yo responderé; o yo hablaré, y respóndeme tú» (Job 13:21-22). Pero ¿por qué Job habla así a Dios? Porque tenía la sensación de la terrible majestad de Dios, el Dios grande y terrible que guarda el pacto con Su pueblo. La presencia de un rey es terrible para el súbdito, sí, aunque sea muy condescendiente. Entonces, si hay tanto terror y gloria en la presencia del rey, ¿cuánto temor y terror debe haber, piensas tú, en la presencia del Dios eterno?

2. Cuando Dios revela Su presencia a Su pueblo, Su presencia hace que se vean a sí mismos como lo que son más que en otras ocasiones, a la luz de cualquier otra cosa. «Señor mío», dijo Daniel, «con la visión me han sobrevenido dolores»; y por qué fue eso, sino porque por la gloria de esa visión vio su propia vileza más que en otras ocasiones. Así también: «Quedé, pues, yo solo», dice, «y vi esta gran visión»; ¿y qué sigue? «No quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno» (Dn 10:8,16). Por la presencia de Dios, cuando la tenemos en verdad, aun nuestras mejores cosas, nuestra hermosura, nuestra santidad y justicia, todo se convierte inmediatamente en corrupción y en harapos contaminados.

El resplandor de Su gloria los oscurece como la clara luz del sol brillante apaga la gloria del fuego o de la vela, y los cubre con la sombra de la muerte. Esto se puede ver también en aquella visión del profeta Isaías. «¡Ay de mí!», dijo él, «soy

muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos». ¿Por qué, cuál es el problema? ¿Cómo llegó el profeta a esta visión? Porque, dice él, «han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos» (Is 6:5). Pero ¿crees que este clamor fue causado por la incredulidad? No, tampoco fue engendrado por un temor servil. Esto fue para él la visión de su Salvador, con quien también había tenido comunión antes (vv 2-5). Fue la gloria de aquel Dios con quien ahora se relacionaba, lo que convirtió, como en el caso de Daniel, su atractivo en corrupción, y lo que le dio un sentido aún mayor de la desproporción que había entre su Dios y él, y así una mayor visión de su naturaleza manchada y contaminada.

3. Si a esto añadimos la revelación de la bondad de Dios, Su presencia nos resultará necesariamente terrible; porque cuando una pobre criatura contaminada vea que este gran Dios tiene, a pesar de Su grandeza, bondad en Su corazón y misericordia para concederla, Su presencia será aún más terrible. «Temerán a Jehová y a Su bondad» (Os 3:5). Tanto la bondad como la grandeza de Dios engendran en el corazón de Sus elegidos una terrible reverencia a Su majestad. «¿No me teméis? dice el Señor; ¿no temblaréis ante mi presencia?». Y luego, para llamar la atención de nuestra alma al deber, añade una de Sus maravillosas misericordias para con el mundo, como motivación: «¿A mí no me temeréis?». ¿Por qué, quién eres tú? Responde: Yo mismo, «que puse», o coloqué, «arena por término al mar, por ordenación eterna la cual no quebrantará? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no lo pasarán» (Jr 5:22). También, cuando la presencia de Dios estaba con Job, manifestándole la bondad de Su gran corazón, ¿qué dice? ¿cómo se comporta en su presencia? «De oídas te había oído», dice, «mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:5-6).

¿Y qué significan los temblores, las lágrimas, esos quebrantos y estremecimientos de corazón que acompañan al pueblo de Dios, cuando de manera eminente reciben de Su

boca la declaración del perdón de los pecados, sino el terror de la majestad de Dios ante sus ojos junto con ello? Dios debe manifestarse como Él mismo, hablar al alma como Él mismo; y el pecador no puede, cuando está bajo estas gloriosas revelaciones de su Señor y Salvador, apartar los rayos de Su majestad de los ojos de su entendimiento. «Los limpiaré», dice Él, «de toda su maldad con que pecaron contra Mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra Mí pecaron, y con que contra Mí se rebelaron».

¿Y entonces qué? «Y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré» (Jr 33:8-9). Hay en el mundo una compañía de profesantes mediocres, ligeros y frívolos, que se comportan bajo lo que ellos llaman la presencia de Dios, más como payasos que como cristianos sensatos y sobrios; sí, más como tontos de una obra de teatro que los que tienen la presencia de Dios. No lo harían en presencia de un rey, ni aun del señor de su tierra, si no fueran receptores de misericordia de su mano. Lo hacen incluso en sus momentos más elevados, como si la percepción y la vista de Dios, y Su bendita gracia para sus almas en Cristo, tuvieran una tendencia en ellos a hacer a los hombres licenciosos; pero en verdad es la visión más humillante y desgarradora del mundo; es temible.²

Objeción. Pero ¿no quieres que me regocije al ver y percibir el perdón de mis pecados?

Respuesta. Sí, pero quisiera que cuando Dios te diga que tus pecados ciertamente han sido perdonados, esta sea tu reacción: «alegraos con temblor» (Sal 2:11). Porque entonces tendrás un gozo firme y piadoso; en esto, un corazón gozoso y unos ojos humedecidos van de la mano; y así será más o menos. Porque si Dios en verdad viene a ti y te visita con el

² Es de una importancia solemne que sintamos la gran diferencia entre la familiaridad santa y la profana con Dios. ¿Nos ha adoptado en Su familia? ¿Podemos, por haber nacido de nuevo, decir «Padre nuestro»? Él está en el cielo, nosotros en la tierra. Él es infinito en pureza; Santo, Santo, Santo es Su nombre. Nosotros estamos contaminados, y solo podemos acercarnos a Su presencia en la justicia del Salvador y Mediador. Entonces, oh alma mía, si es tu felicidad acercarte al trono de la gracia con audacia santa, que sea con reverencia y temor piadoso.

perdón de los pecados, esa visita quita la culpa, pero aumenta el sentido de tu inmundicia, y el entendimiento de que Dios ha perdonado a un pecador inmundo, te hará regocijarte y temblar a la vez. Oh, la bendita confusión que entonces cubrirá tu rostro mientras tú, incluso tú, que eres tan vil desdichado, estés delante de Dios para recibir de Su mano tu perdón, y así las primicias de tu salvación eterna: «Para que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa de tu vergüenza, cuando Yo perdone todo lo que hiciste, dice Jehová el Señor» (Ez 16:63). Pero,

Segundo. Como la presencia, *así el nombre de Dios es terrible y temible*: por lo cual Su nombre va justamente bajo el mismo título: «Temiendo este nombre glorioso y temible: JEHOVÁ TU DIOS» (Dt 28:58). ¿Qué es el nombre de Dios, sino aquello por lo cual se le distingue y se le conoce de todos los demás? Los nombres son para distinguir; así el hombre se distingue de las bestias y los ángeles de los hombres; así, el cielo de la tierra y las tinieblas de la luz; especialmente cuando por el nombre se indica y expresa la naturaleza de la cosa; y así fue en su origen, pues entonces los nombres expresaban la naturaleza de la cosa así nombrada. Y por eso es que el nombre de Dios es objeto de nuestro temor, porque por Su nombre se expresa Su naturaleza: «Santo y temible es Su nombre» (Sal 111:9). «Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado» (Ex 34:6-7).

También, lo que se quiere significar con Sus nombres: *Yo soy, JAH, Jehová* y otros más, es Su naturaleza, como Su poder, sabiduría, eternidad, bondad y omnipotencia, entre otros, podría ser expresado y declarado. El nombre de Dios es, por tanto, el objeto del temor del cristiano. David rogó a Dios que unificara su corazón para temer Su nombre (Sal 86:11). De hecho, el nombre de Dios es un nombre temible y siempre debe ser reverenciado por Su pueblo: sí, Su «nombre debe ser

temido por los siglos de los siglos», y eso no solo en Su iglesia y entre sus santos, sino también en el mundo y entre las naciones: «Las naciones temerán el nombre de Jehová, Y todos los reyes de la tierra tu gloria» (Sal 102:15). Dios nos dice que Su nombre es temible, y que se complace en ver a los hombres atemorizados ante Su nombre. Sí, una de las razones por las que ejecuta tantos juicios sobre los hombres como lo hace, es para que otros puedan ver y temer Su nombre. «Y temerán desde el occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol» (Is 59:19; Mal 2:5).

El nombre de un rey es un nombre de temor: «Yo soy gran Rey, dice Jehová de los ejércitos» (Mal 1:14). El título de señor es un nombre de temor: «Y si soy señor, ¿dónde está mi temor? dice Jehová de los ejércitos» (v. 6). Sí, temer rectamente al Señor es señal de un corazón donde hay gracia. Y de nuevo: «A vosotros los que teméis mi nombre», dice, «nacerá el Sol de justicia, y en Sus alas traerá salvación» (Mal 4:2). Sí, cuando Cristo venga a juzgar al mundo, dará recompensa a Sus siervos los profetas, y a Sus santos, «y a los que temen Tu nombre, a los pequeños y a los grandes» (Ap 11:18). Ahora bien, pienso que, puesto que el nombre de Dios es aquello por lo que se expresa Su naturaleza, y puesto que Él es naturalmente tan glorioso e incomprensible, Su nombre debe ser necesariamente objeto de nuestro temor. Y debemos tener siempre un temor reverente a Dios en nuestros corazones en cualquier momento que pensemos en Su nombre o lo oigamos, pero sobre todo cuando nosotros mismos tomamos Su santo y temible nombre en nuestra boca, especialmente de una manera religiosa, es decir, al predicar, al orar o en una reunión santa. No pretendo decir esto como si fuera lícito mencionar Su nombre en discursos ligeros y vanos, porque siempre debemos hablar de Él con reverencia y temor piadoso, sino que lo digo para que los cristianos tengan presente que no deben mostrar ligereza de ánimo en los deberes religiosos, ni ser vanos en sus palabras cuando mencionan el nombre del Señor: «Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo» (2Ti 2:19).

En todo tiempo haz referencia al nombre del Señor con gran temor de Su majestad en tu corazón, y con gran sobriedad y verdad. Hacer lo contrario es profanar el nombre del Señor, y tomar Su nombre en vano. Y «no dará por inocente Jehová al que tomare Su nombre en vano». Sí, Dios dice que exterminará al hombre que lo haga; tan celoso es del honor debido a Su nombre (Ex 20:7; Lv 20:3). Esto, por lo tanto, te muestra el terrible estado de aquellos que hacen un uso ligero, vano, falso y profano de este temible nombre de Dios, ya sea por sus maldiciones y juramentos blasfemos o por su trato fraudulento con su prójimo. Porque algunos hombres no tienen otro modo de convencer a su prójimo para que caiga bajo un engaño, sino invocando falsamente el nombre del Señor como testigo de que la maldad es buena y honesta. Pero cómo escaparán estos hombres, cuando sean juzgados, del fuego devorador y de las llamas eternas, por haber profanado y blasfemado el nombre del Señor, es algo que deben considerar a tiempo (Jr 14:14,15; Eze 20:39; Exo 20:7).³

Pero,

Tercero. Así como la presencia y el nombre de Dios son terribles y temibles en la iglesia, *también lo son Su adoración y servicio.* Me refiero a que Su adoración o las obras de servicio que Él nos ordena mientras estamos en este mundo, son cosas terribles y temibles. Así lo entiende David cuando dice: «Mas yo por la abundancia de Tu misericordia entraré en Tu casa; adoraré hacia Tu santo templo en Tu temor» (Sal 5:7). Y otra vez dice: «Servid a Jehová con temor». Alabar a Dios forma parte de Su adoración. Pero dice Moisés: «¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, hacedor de prodigios?» (Ex 15:11). Regocijarse ante Él es parte de Su adoración; pero David nos ordena: «Alegraos con temblor» (Sal 2:11). Sí, todo nuestro servicio a Dios, y cada parte de él, debe ser hecha por nosotros con reverencia y temor piadoso.

³ Es algo terrible apelar a Dios por la verdad de una mentira. Todas las oraciones a Dios, no exigidas por la ley, son peor que inútiles; son perversas, y arrojan dudas sobre la veracidad de quienes las hacen-Ed.

Por lo tanto, como dice Pablo otra vez: «Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2Co 7:1; He 12).

1. Lo que hace que la adoración a Dios sea una cosa tan temible es que es adoración a DIOS: todo tipo de servicio conlleva más o menos temor y miedo, según la calidad o condición de la persona a la que se rinde adoración y servicio. Esto se ve en el servicio de los súbditos a sus príncipes, el servicio de los siervos a sus señores y el servicio de los hijos a sus padres. La adoración divina, ya que se le debe a Dios, y ahora nos estamos refiriendo a la adoración divina y a este Dios tan grande y temible en sí mismo y en Su nombre, Su adoración debe ser, por tanto, algo temible.

2. Además, esta Majestad gloriosa está presente para contemplar a Sus adoradores mientras lo adoran. «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Es decir, reunidos para adorarle, «allí estoy yo», dice Él. Y así, de nuevo, se dice que camina «en medio de los siete candeleros» (Ap 1:13). Es decir, en las iglesias, y eso con Su rostro como el sol, Su cabeza y Sus cabellos blancos como la nieve, y los ojos como llama de fuego. Esto infunde temor y miedo a Su servicio; y por eso Sus siervos deben servirle con temor.

3. Sobre todas las cosas, Dios es celoso de Su adoración y servicio. En todos los diez mandamientos no nos dice nada de que sea un Dios celoso, a excepción del segundo, en el cual se refiere a Su adoración (Ex 20). Mírate a ti mismo, en cuanto al contenido y a la forma de tu adoración; «porque yo soy Jehová tu Dios», dice, soy «celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos». Por tanto, esto también infunde temor y miedo en la adoración y el servicio de Dios.

4. Los juicios que, en ocasiones, Dios ha ejecutado sobre los hombres por su falta de temor piadoso en medio de su adoración y servicio a Él infunden temor y miedo sobre sus santas designaciones. (1.) Nadab y Abiú murieron quemados con fuego del cielo, porque intentaron ofrecer fuego extraño sobre el altar de Dios, y la razón que se da de esto que

recibieron es que Dios será santificado en los que se acercan a Él (Lv 10:1-3). Santificar Su nombre es dejar que Él sea tu temor y tu miedo, y no hacer nada en Su adoración sino aquello que le agrada. Pero como estos hombres no tuvieron la gracia de hacer esto, por eso murieron delante el Señor. (2.) Los hijos de Elí, por falta de este temor cuando ministraban en el santo culto de Dios, fueron ambos muertos en un día por la espada de los filisteos incircuncisos (ver 1S 2). (3.) Uza fue herido y murió delante del Señor por haber tocado el arca imprudentemente, cuando los hombres la dejaron caer (1Cr 13:9,10). (4.) Ananías y Safira, su esposa, murieron en el acto por decir una mentira en la iglesia, cuando estaban delante de Dios y de todos los presentes. Esto sucedió porque carecían del temor y el respeto por la majestad, el nombre y el servicio de Dios cuando se presentaron ante Él. (Hch 5).

Por lo tanto, esto debería enseñarnos a concluir que, junto con la naturaleza y el nombre de Dios, Su servicio, Su adoración instituida, es la cosa más terrible bajo el cielo. Su nombre está sobre Sus ordenanzas, Su ojo está sobre los adoradores y Su ira y juicio, sobre aquellos que no adoran en Su temor. Por esta causa algunos de los de Corinto fueron cortados por Dios mismo, y de otros se apartó para no volver a estar con ellos (1 Co 11:27-32).⁴

Esto sirve de reprensión a tres clases de personas.

Tres clases de personas reprendidas

1. Los que no consideran adorar a Dios en absoluto; es seguro que no tienen reverencia a Su servicio, ni temor de Su majestad ante sus ojos. Pecador, no te presentas ante el Señor para adorarlo; no te inclinas ante el Dios excelso y no lo adoras en privado ni en la congregación de los santos. La furia del Señor y Su indignación se derramarán en breve sobre ti y sobre las familias que no invocan Su nombre (Sal 79:6; Jr 10,25).

⁴ «Dar la espalda» ; abandonar, apartarse, tratar con desprecio. Ver Diccionario Imperial, vol. i. p. 145.-Ed.

2. Esto reprende a aquellos que consideran suficiente presentar su cuerpo en el lugar donde se adora a Dios, sin importar con qué corazón o espíritu acuden allí. Algunos van al culto de Dios para dormir; otros van allí para encontrarse con sus amigos o hacer negocios, y para unirse a la compañía impía de sus compañeros vanos. Algunos van allí para alimentar sus ojos lujuriosos y adúlteros con la atractiva belleza de sus compañeros pecadores. ¡Qué triste será la cuenta que darán estos adoradores cuando se les tome en cuenta todo esto y sean condenados por ello, porque no vinieron a adorar al Señor con el temor de Su nombre que les correspondía cuando se presentaron ante Él!⁵

3. Esto también reprende a aquellos que no les importa cómo adoran a Dios, siempre y cuando lo hagan, cómo, dónde o de qué manera adoran a Dios. Aquellos, quiero decir, cuyo temor hacia Dios les ha sido enseñado «como doctrinas mandamientos de hombres». Son hipócritas; su adoración también es vana, y un hedor en las narices de Dios. «Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado; por tanto, he aquí que nuevamente excitaré yo la admiración de este pueblo con un prodigio grande y espantoso; porque perecerá la sabiduría de sus sabios, y se desvanecerá la inteligencia de sus entendidos» (Is 29:13-14; Mt 15:7-9; Mr 7:6-7).⁶ De esta manera concluyo esta primera parte: Dios es llamado nuestro temor y miedo.

⁵ El discípulo genuino «que no piensa mal» dirá: ¿Puede ser esto así ahora? Sí, lector, lo es. Algunos van a la casa de Dios para adorar su descanso e inconsciencia en el sueño; otros, para propósitos mundanos; otros, para admirar la belleza del cuerpo frágil; pero muchos, para adorar a Dios en espíritu y en verdad. Lector, pregunta a cuál de estas clases perteneces.-Ed.

⁶ No adoraban a Dios según Sus designios, sino según sus propias invenciones: la dirección de sus falsos profetas, de sus reyes idólatras o las costumbres de las naciones que los rodeaban. La tradición de los ancianos tenía más valor y validez para ellos que las leyes de Dios por medio de Moisés. Esto lo aplica nuestro Salvador a los judíos de Su tiempo, que eran formales en sus devociones y se aferraban a sus propias invenciones; y dijo de ellos que en vano adoraban a Dios. Cuántos todavía en la adoración consideran las

2. Esta palabra *temor* en referencia a la Palabra de Dios

Pasaré ahora a la segunda parte: lo que regula y dirige nuestro temor.

SEGUNDO. Pero nuevamente, esta palabra TEMOR *a veces debe ser tomada como LA PALABRA, la Palabra escrita de Dios*; porque ella también es, y debe ser, la que regula y dirige nuestro temor. Así lo llama David en el Salmo diecinueve: «el temor de Jehová», dice, «es limpio, que permanece para siempre». El temor del Señor, es decir, la Palabra del Señor, la palabra escrita; porque a lo que él se refiere aquí como el temor del Señor, en el mismo lugar se refiere a ello como la ley, los estatutos, los mandamientos y los juicios de Dios. «La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos».

Todas estas palabras se refieren a lo mismo, es decir, a la Palabra de Dios, trazando conjuntamente la gloria de esta. Entre cuyas frases, como ves, se encuentra esta: «El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre». Esta Palabra escrita es, pues, el objeto del temor del cristiano. Esto es también lo que David pretendía cuando dijo: «Venid, hijos, oídme; el temor de Jehová os enseñaré» (Sal 34:11). Os enseñaré el temor, es decir, os enseñaré los mandamientos, estatutos y juicios del Señor, tal como Moisés ordenó a los hijos de Israel: «Las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes» (Dt 6:4-7).

invenciones del hombre y las tradiciones de la iglesia más que los mandamientos de Dios.

A esto se refiere también el capítulo 11 de Isaías, donde el Padre dice del Hijo, que le hará entender diligente en el temor de Jehová; para que pueda juzgar y herir la tierra con la vara de Su boca. Esta vara en el texto no es otra cosa que el temor, la Palabra del Señor; porque Él debía ser de pronto entendimiento para que pudiera herir, es decir, ejecutar según la voluntad de Su Padre, sobre y entre los hijos de los hombres. Ahora bien, esto, como he dicho, se llama el temor del Señor, porque se refiere a ello como lo que regula y dirige nuestro temor. Porque no sabemos temer al Señor de un modo salvífico sin Su guía y dirección. Como se dijo del sacerdote que fue enviado de regreso de la cautividad a Samaria para enseñar al pueblo a temer al Señor, así también se dice acerca de la Palabra escrita; se nos ha dado y se nos ha dejado entre nosotros para que podamos leer en ella todos los días de nuestra vida y aprender a temer al Señor (Dt 6:1-3, 24; 10:12; 17:19). Y aquí es donde el temor ante la Palabra de Dios no solo es reconocido por Dios mismo, sino que también se considera loable y digno de elogio, como se evidencia en el caso de Josías (2Cr 34:2-,27). Aquellos que son aprobados por Dios son dignos de elogio, sin importar lo que otros puedan condenar: «Oíd palabra de Jehová, vosotros los que tembláis a Su palabra: Vuestros hermanos que os aborrecen, y os echan fuera por causa de Mi nombre, dijeron: Jehová sea glorificado. Pero Él se mostrará para alegría vuestra, y ellos serán confundidos» (Is 66:5).

Además, Dios mismo cuidará y velará por ellos, para que ninguna angustia, tentación o aflicción pueda vencerlos y destruirlos: «Miraré a aquel», dice Dios, «que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a Mi palabra». Es lo mismo en esencia con lo que dice el mismo profeta en el capítulo 57: «Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados». Sí, la manera de escapar de los peligros predichos, es escuchar, entender y temer la Palabra de Dios:

«De los siervos de Faraón, el que tuvo temor de la palabra de Jehová hizo huir sus criados y su ganado a casa», y fueron asegurados; pero «el que no puso en su corazón la palabra de Jehová, dejó sus criados y sus ganados en el campo», y fueron destruidos por el granizo (Ex 9:20-25).

Si en algún momento los pecados de una nación o iglesia son descubiertos y lamentados, es por aquellos que conocen y tiemblan ante la palabra de Dios. Cuando Esdras oyó hablar de la maldad de sus hermanos y tuvo el deseo de humillarse ante Dios por la misma, ¿quiénes eran los que querían ayudarle en ese asunto, sino los que temblaban ante la palabra de Dios? «Y se me juntaron todos los que temían las palabras del Dios de Israel, a causa de la prevaricación de los del cautiverio» (Esd 9:4). Son también los que tiemblan ante la Palabra los más capacitados para dar consejo en los asuntos de Dios, pues su juicio se ajusta mejor a Su mente y voluntad: «Ahora, pues», dijo, «hagamos pacto con nuestro Dios, que despediremos a todas las mujeres [extranjeras], según el consejo de mi señor y de los que temen el mandamiento de nuestro Dios; y hágase conforme a la ley» (Esd 10:3). Ahora, veamos en qué cosas está basado algo del temor y terror de la Palabra.

Primero. Por el autor de ellas; porque *son las palabras de Dios*. Por eso Moisés y los profetas, cuando fueron a entregar su mensaje al pueblo, seguían diciendo: «Oigan palabra del Señor», «así dice el Señor» y cosas semejantes. Así, cuando Ezequiel fue enviado a la casa de Israel, en su estado religioso, así se le ordenó que les dijera: «Así ha dicho Jehová el Señor» (Eze 2:4, 3:11). Este es, pues, el honor y la majestad que Dios ha puesto en Su Palabra escrita, y así lo ha hecho incluso a propósito, para que hagamos de ella lo que regula y dirige nuestro temor, y para que temamos y temblemos ante ella. Cuando Habacuc oyó la palabra del Señor, su cuerpo se estremeció, y la podredumbre entró en sus huesos. «Dentro de mí me estremecí», dijo, «si bien estaré quieto en el día de la angustia» (Hab 3:16). La palabra de un rey es como el rugido de un león; donde está la palabra de un rey, allí está el poder. ¿Cuánto más cuando Dios, el gran Dios, ruge desde Sión y da

Su voz desde Jerusalén, cuya voz estremece no solo la tierra, sino también el cielo? Como lo expone el santo David: «Voz de Jehová con potencia; voz de Jehová con gloria» (Sal 29).

Segundo. Es una Palabra que infunde temor, y bien puede llamársele el temor del Señor, *por el tema que trata*; es decir, el estado de los pecadores en el mundo venidero; porque eso es el énfasis de toda la Biblia, ya sea directa o indirectamente. Todas sus doctrinas, consejos, exhortaciones, amenazas y juicios, de una manera u otra, tienen que ver con nosotros y el mundo venidero, el cual será nuestro estado final, ya que será un estado eterno. Esta palabra, esta ley, estos juicios serán los que nos juzgarán: «La palabra que he hablado», dice Cristo, «ella le juzgará [y en consecuencia dispondrá de ellos] en el día postrero» (Jn 12:48). Ahora bien, si consideramos que nuestro próximo estado debe ser eterno, ya sea la gloria eterna o el fuego eterno, y que esta gloria eterna o este fuego eterno debe ser nuestra porción, según lo determinen las palabras de Dios reveladas en las Sagradas Escrituras, ¿quién no concluirá que, por lo tanto, las palabras de Dios son aquellas ante las cuales debemos temblar, y aquellas por las cuales debemos guiar y dirigir nuestro temor de Dios, pues por ellas se nos enseña cómo agradarle en todo?

Tercero. Debe ser llamada Palabra temible, *por su verdad y fidelidad*. Las Escrituras no pueden ser quebrantadas. Aquí se las llama las Escrituras de la verdad, los dichos verdaderos de Dios, y también el temor del Señor, porque cada jota y tilde de ellas está establecida para siempre en el cielo, y permanece más firme que el mundo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24:35). Aquellos, por lo tanto, que son favorecidos por la Palabra de Dios, esos son favorecidos en verdad, y eso con el favor que ningún hombre puede negar; pero aquellos que son condenados por la palabra de las Escrituras, nadie puede justificarlos ni absolverlos ante la vista de Dios. Por lo tanto, lo que está obligado por el texto, está obligado, y lo que está liberado por el texto, está liberado; además, la obligación y la liberación son inalterables; tanto lo uno como lo otro son inalterables (Dn 10:21; Ap 19:9; Mt

24:35; Sal 119:89; Jn 10:35). Esto, por lo tanto, llama al pueblo de Dios a temer más la Palabra de Dios que todos los terrores del mundo.⁷ Incluso falta en los corazones del pueblo de Dios una mayor reverencia a la Palabra de Dios de la que hasta hoy vemos entre nosotros, y puedo decir que la falta de reverencia a la Palabra es la causa de todos los desórdenes que hay en el corazón, la vida, la conversación y en la comunión cristiana. Además, la falta de reverencia a la Palabra expone a los hombres al temible desagrado de Dios: «El que menosprecia el precepto perecerá por ello; mas el que teme el mandamiento será recompensado» (Pr 13:13).

Toda transgresión comienza al apartarse de la Palabra de Dios; pero, por otro lado, David dice: «En cuanto a las obras humanas, por la palabra de Tus labios yo me he guardado de las sendas de los violentos» (Sal 17:4). Por eso Salomón dice: «Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo» (Pr 4: 20-22). Ahora bien, si en verdad quieres reverenciar la Palabra del Señor y hacerla tu regla y guía en todas las cosas, cree que la Palabra es el temor del Señor, la Palabra que permanece firme para siempre, sin la cual y contra la cual Dios no hará nada, ni para salvar ni para condenar las almas de los pecadores. Pero para concluir esto,

1. Has de saber que los que no tienen el debido respeto a la Palabra del Señor, y que no hacen de ella su temor y su reverencia, sino que la regla de su vida es el deseo de la carne, el deseo de sus ojos y la vanagloria de la vida, son reprendidos duramente por esta doctrina, y son tenidos por los necios del

⁷ La Palabra es el decreto del cual debemos depender o perecer. En vano, pobre pecador, es confiar en las iglesias o en los hombres; ni los papistas ni los protestantes tienen ningún poder «encomendado a ellos» para perdonar los pecados. Si lo afirman, no les creas, sino siente lástima de su orgullo y engaño. Cristo es la Roca, y no el pobre Pedro pecador, como algunos han imaginado vanamente. Pedro está muerto, esperando la resurrección de su cuerpo y el gran día del juicio; pero Cristo vive siempre, en todo tiempo y lugar, capaz de salvar hasta lo sumo. No confíes en los hombres, sino busca en tu espíritu quebrantado la bendición de Cristo, para que perdone tus pecados.-Ed.

mundo; porque «he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová; ¿y qué sabiduría tienen?». (Jr 8:9). Es evidente que hay personas así, no solo por sus vidas erráticas, sino por el testimonio manifiesto de la Palabra. «La palabra que nos has hablado en nombre de Jehová», dijeron a Jeremías, «no la oiremos de ti; sino que ciertamente pondremos por obra toda palabra que ha salido de nuestra boca» (Jr 44:16-17). ¿Era esta, entonces, solo la disposición de los hombres impíos? ¿No está el mismo espíritu de rebelión entre nosotros en nuestros días? Sin duda que sí, porque no hay nada nuevo: «¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol» (Ec 1:9). Por lo tanto, como fue entonces, así es con muchos en este día.

En cuanto a la Palabra del Señor, no es nada para ellos; sus concupiscencias y todo lo que sale de sus propias bocas, eso harán, eso perseguirán. Ahora, los tales ciertamente perecerán en su propia rebelión, porque esto es como el pecado de brujería. Este fue el pecado de Coré y su compañía, y lo que trajo sobre ellos juicios tan severos; sí, y ellos fueron dejados como ejemplo para que no hagas como ellos, porque ellos perecieron (porque rechazaron la palabra, el temor del Señor) de entre la congregación del Señor, «para servir de escarmiento». La palabra que desprecias sigue vigente para proclamar su condena y juicio sobre ti y, a menos que Dios salve a tales personas con el aliento de Su palabra, y es difícil confiar en eso, nunca verán Su rostro con consuelo (1S 15:22,23; Nm 26:9-10).

2. ¿Se les llama a las palabras de Dios el temor del Señor? ¿Son tan terribles en su recepción y sentencia? Entonces, esto reprende a los que estiman las palabras y las cosas de los hombres más que las palabras de Dios, como lo hacen los que se apartan de su respeto y obediencia a la Palabra de Dios, por dejarse arrastrar por los placeres o amenazas de los hombres. Hay algunos que, si bien reconocen la autoridad de la Palabra, no inclinan su alma ante ella. Los tales, sin importar lo que piensen de sí mismos, son juzgados por Cristo porque se avergüenzan de la Palabra; por lo tanto, su estado es tan

condenable como el otro. «Porque el que se avergonzare de Mí y de Mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos ángeles» (Mr 8:38).

3. Y si estas cosas son así, ¿qué será de los que se burlan de las palabras de Dios y profesan despreciarlas, estimándolas como algo ridículo y no digno de consideración? ¿Prosperarán los que hacen tales cosas? De las promesas se concluye que su juicio ya de largo tiempo no se tarda, y cuando venga, los devorará sin remedio (2Cr 36:15). Me refiero a que, si Dios ha puesto tal reverencia sobre Su Palabra como para llamarla el temor del Señor, ¿qué será de aquellos que hacen lo que pueden para deponer su autoridad, negando que sea Su Palabra y levantando objeciones contra su autoridad? Los tales tropiezan, ciertamente, con la Palabra, para lo cual fueron destinados, pero ella los juzgará en el día postrero (1P 2:8; Jn 12:48). Esto es todo en cuanto a esto.

3. Las diversas clases de temor de Dios en el corazón de los hijos de los hombres

Habiendo hablado así del objeto y regulación de nuestro temor, debo hablar ahora del temor como una gracia del Espíritu de Dios en los corazones de Su pueblo, pero antes de hacerlo, te mostraré que hay diversas clases de temor además de este. Porque siendo el hombre una criatura razonable, y teniendo incluso por naturaleza un cierto conocimiento de Dios, a veces también tiene de forma natural cierta medida de algún tipo de temor de Dios, el cual, aunque no es el que se pretende en el texto, sin embargo, debemos mencionarlo, para que lo que no es correcto pueda distinguirse de lo que sí lo es.

Hay, como he dicho, varios tipos o clases de temor en los corazones de los hijos de los hombres, me refiero, además, al

temor de Dios que se menciona en el texto y que acompaña a la vida eterna. Aquí haré mención de tres de ellos. PRIMERO. Hay un temor de Dios que fluye incluso de la luz de la naturaleza. SEGUNDO. Hay un temor de Dios que fluye de algunas de Sus dispensaciones a los hombres, pero que no es ni universal ni salvador. TERCERO. Hay un temor de Dios en el corazón de algunos hombres, un temor que es bueno y piadoso, pero que no permanece así para siempre. Para hablar un poco de todo esto, antes de pasar a hablar del temor como una gracia de Dios en los corazones de sus hijos, veremos:

PRIMERO. *Hay un temor de Dios que fluye incluso de la luz de la naturaleza.* Puede decirse que un pueblo hace las cosas con temor de Dios cuando se comporta con los demás en forma razonable y honesta entre hombre y hombre, no haciendo a los demás lo que no se haría a sí mismo. Este es el temor de Dios que Abraham pensó que los filisteos habían erradicado en sí mismos, cuando dijo de su esposa a Abimelec: «Es mi hermana». Pues cuando Abimelec le preguntó a Abraham por qué había dicho de su mujer: «Es mi hermana», él respondió diciendo: «Porque dije para mí: Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer» (Gn 20:11). Pensé, en verdad, que en este lugar los hombres habían sofocado y ahogado esa luz de la naturaleza que hay en ellos, al menos hasta el punto de no permitir que les infundiera temor cuando sus concupiscencias eran poderosas para cumplir sus fines en el objeto que tenían delante. Pero no me detendré en esto, sino que pasaré al segundo punto, que es:

SEGUNDO. *Mostrar que hay un temor de Dios que fluye de algunas de Sus dispensaciones a los hombres, pero que no es ni universal ni salvador.* Este temor, cuando se opone al que es salvador, puede llamarse temor impío de Dios. Lo describiré por medio de los siguientes detalles:

Primero. Hay un temor de Dios que causa un continuo rencor, descontento y rebeliones del corazón contra Dios, cuando se encuentra bajo la mano de Dios. Esto es, cuando el temor de Dios en Su venida sobre los hombres, para darles el

pago por sus pecados, es entendido por ellos y, sin embargo, esta dispensación no causa en ellos un cambio de corazón para someterse a Dios bajo ella. Los pecadores bajo esta dispensación no pueden echar a Dios fuera de su mente, ni aun temblar con gracia ante Él; pero debido al estado no santificado en que se encuentran ahora, temen con un temor impío, y así en sus mentes se vuelven contra Él. Este temor se apoderó a menudo de los hijos de Israel cuando estaban en el desierto en su camino a la tierra prometida. Aún temían que Dios los iba a destruir en ese lugar, pero no con un temor que los hizo estar dispuestos a someterse, por sus pecados, al juicio que temían, sino con ese temor que los hizo levantarse contra Dios. Este temor se manifestó en ellos, incluso al principio de su viaje, y fue reprendido por Moisés en el Mar Rojo, pero no lo sometieron allí ni en ningún otro lugar, sino que volvería a surgir en ellos en ocasiones para deshonor de Dios, y para hacerlos de nuevo culpables de pecado ante Él (Ex 14:11-13; Nm 14:1-9).

Este temor es aquel del cual Dios dijo que enviaría delante de ellos en el día de Josué, incluso un temor que poseería a los habitantes de la tierra, es decir, un temor que surgiría debido al desfallecimiento de corazón que los habría de consumir cuando ellos entendieran que Josué se acercaba para destruirlos. «Yo enviaré mi terror delante de ti, y consternaré a todo pueblo donde entres, y te daré la cerviz de todos tus enemigos» (Ex 23:27). «Hoy», dice Dios, «comenzaré a poner tu temor y tu espanto sobre los pueblos debajo de todo el cielo, los cuales oirán tu fama, y temblarán y se angustiarán delante de ti» (Dt 2:25; 11:25).

Este temor también, como ves aquí, se llama angustia, y en otro lugar se le compara con un avispon; porque este temor y el alma sobre el cual cae, se saludan mutuamente como lo hacen los niños y las abejas. La avispa atemoriza a los hombres, no para que el corazón se someta dulcemente a su terror, sino que estimula el espíritu a realizar actos de oposición y resistencia, aunque al mismo tiempo huyen de él. «Enviaré delante de ti la avispa, que eche fuera al heveo, al

cananeo y al heteo, de delante de ti» (Ex 23:28). Ahora bien, este temor, ya sea provocado por una mala comprensión de los juicios de Dios, como en los israelitas, o de otra manera, como en los cananeos, sin embargo, la impiedad es su efecto y, por lo tanto, lo llamo un temor impío de Dios, porque suscita murmuraciones, descontentos y rebeliones del corazón contra Dios, mientras que Él, con Sus dispensaciones, está tratando con ellos.

Segundo. Hay un temor de Dios que aleja a un hombre de Dios; no hablo ahora del ateo, ni del pecador indulgente, ni tampoco de estos, y de ese temor del que acabo de hablar; hablo ahora de aquellos que por la conciencia del pecado y de la justicia de Dios huyen de Él por un temor servil e impío. Este temor impío fue el que poseyó el corazón de Adán el día que comió del árbol acerca del cual el Señor le dijo: «El día que de él comieres, ciertamente morirás». Porque entonces fue poseído de tal temor de Dios que le hizo tratar de ocultarse de Su presencia. «Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí» (Gn 3:10). Eso sí, tenía temor de Dios, pero no era piadoso. No fue eso lo que le hizo someterse después a Él; porque eso le habría impedido no apartarse de Él, o bien le habría llevado de nuevo a Él, con el espíritu doblegado, quebrantado y contrito. Pero este temor, como el resto de su pecado, provocó que se apartara de su Dios, y lo persiguió para provocarlo a que permaneciera así. Fue por él que se mantuvo alejado de Dios y por él su hombre completo fue alejado de Él. Lo llamo temor impío, porque engendró en él temores impíos de su Hacedor; porque confinó la conciencia de Adán al sentido de la justicia solamente y, por consiguiente, a la desesperación.

El mismo temor poseyó también a los hijos de Israel cuando oyeron la ley que les fue entregada en el monte Sinaí; como es evidente, pues les hizo que no pudieran soportar Su presencia ni oír Su Palabra. Los hizo retroceder de la montaña. Dice el apóstol a los hebreos que «no podían soportar lo que se ordenaba» (He 12:20). Por eso Moisés reprende este temor y les prohíbe ceder a él. «No temáis», dijo; pero si ese temor

hubiera sido piadoso, lo habría alentado, y no prohibido y reprendido como lo hizo. «No temáis», dijo, «porque para probaros vino Dios»; ellos pensaban lo contrario. Dijo: «para probaros vino Dios, y para que Su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis». Por lo tanto, ese temor que ya se había apoderado de ellos, no era el temor de Dios, sino un temor que era de Satanás, de sus propios corazones que juzgaban mal, y por lo tanto un temor que era impío (Ex 20:18-20). Fíjate, aquí hay un temor y un miedo, un temor prohibido y un temor alabado; un temor prohibido, porque indujo sus corazones a la esclavitud, y a pensamientos impíos de Dios y de Su palabra; les hizo que no pudieran desear oír a Dios hablarles más (vv. 19-21).

Muchos también en este día están poseídos de este temor impío, y puedes conocerlos por esto: no pueden soportar la convicción por el pecado y, si en algún momento la palabra de la ley, por la predicación de la palabra, se acerca a ellos, no soportarán más a ese predicador, ni esa clase de sermones. Consideran que están más tranquilos cuando están más lejos de Dios y del poder de Su palabra. La palabra predicada trae a Dios más cerca de lo que desearían, porque siempre que Dios se acerca, Él manifiesta sus pecados, y también el juicio que les corresponde. Ahora bien, al no tener estos fe en la misericordia de Dios por medio de Cristo, ni en la gracia que tiende a llevarlos a Él, no pueden más que pensar incorrectamente de Dios, y el pensar así de Él les hace decirle: «Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de Tus caminos» (Job 21:14). Por lo tanto, sus pensamientos equivocados de Dios producen en ellos este temor impío. Además, este temor impío afirma en ellos la continuación de estos pensamientos erróneos e indignos de Dios, y por lo tanto, a través de esa obra diabólica con que se fortalecen entre ellos, el pecador, sin que un milagro de la gracia lo prevenga, se ahoga en la destrucción y la perdición.

Fue este temor impío de Dios lo que llevó a Caín de la presencia de Dios a la tierra de Nod, y lo que le llevó a ocuparse de cualquier negocio mundano carnal, para ver si quizás con

esto podía sofocar las convicciones de la majestad y la justicia de Dios contra su pecado, y así vivir el resto de su vida vana en la más pecaminosa seguridad y comodidad carnal. Este temor impío es también el que Samuel percibió cuando el pueblo entendió su pecado, el cual se estaba apoderando de sus corazones; por lo tanto, como Moisés antes que él, les prohibió rápidamente que le dieran cabida. «No temáis», dijo, «vosotros habéis hecho todo este mal; pero con todo eso no os apartéis de en pos de Jehová».

Porque la tendencia natural de este temor era apartarlos de seguir al Señor. «No temáis», dijo, refiriéndose a ese temor que tiende a desviarlos. Ahora bien, el asunto por el que obra este temor, tanto en Adán como en los israelitas antes mencionados, es su pecado. Han pecado, dice él, eso es cierto, pero no se aparten, no teman con ese temor que los llevaría a hacerlo (1S 12:20). Observa, por cierto, pecador, que cuando la grandeza de tus pecados, cuando la entiendes, produce en ti ese temor de Dios, que inclina tu corazón a huir de Él, estás poseído de un temor de Dios que es impío, sí, tan impío, que no se puede comparar con él ninguno de tus pecados más atroces, pero Samuel, al reprender este temor, enseguida pone ante el pueblo otro, es decir, el verdadero temor de Dios; «temed a Jehová», dice, «servidle de verdad con todo vuestro corazón» (vs 24). Y les da este estímulo para que lo hagan: «Pues Jehová no desampará a su pueblo». Este temor impío es el que se lee en Isaías 2 y en muchos otros lugares, y el pueblo de Dios debe evitarlo como evitaría al diablo, porque su tendencia natural es promover la destrucción del alma en la que ha tomado posesión.⁸

Tercero. Hay un temor de Dios que, aunque no tiene en sí tal poder como para hacer que los hombres huyan de la presencia de Dios, es impío, porque, aun cuando están en el camino exterior de las ordenanzas de Dios, por este temor sus

⁸ El temor de los malvados surge de una conciencia corrupta, pecaminosa y que se condena a sí misma; temen a Dios como a un juez airado y, por tanto, lo consideran su enemigo. Como aman sus pecados y no quieren separarse de ellos, temen continuamente el castigo.

corazones se disuaden de intentar ejercitarse en el poder de la religión. De esta clase son los que no se atreven a dejar de oír, leer y hablar la palabra como los demás; no, ni la asamblea de los hijos de Dios para el ejercicio de otros deberes religiosos, porque su conciencia está convencida de que este es el camino y la adoración de Dios. Sin embargo, como ya he dicho, este temor impío impide que su corazón se acerque a Dios. Este temor aparta su corazón de toda oración santa y piadosa en privado, y de todo celo santo y piadoso por Su nombre en público. Así hay muchos profesantes cuyos corazones están poseídos por este temor impío de Dios; y a ellos se refiere cuando se habla del negligente. Él era un siervo, un siervo entre los siervos de Dios, y tenía dones y habilidades que se le habían dado, con los cuales debía servir a Cristo, así como a sus semejantes, sí, y también se le ordenó, así como a los demás, que se ocupara hasta que viniera su señor.

Pero ¿qué hace? Pues toma su talento, el don que había de poner a ganar beneficio para su señor, y lo pone en una servilleta, cava un hoyo en la tierra y esconde el dinero de su señor, y permanece perezosamente de brazos cruzados todos sus días, no fuera de la viña de su señor, sino dentro de ella⁹; porque al final vino también entre los siervos. Por lo cual es evidente que no había abandonado su profesión, sino que fue perezoso y negligente mientras la ejerció. Pero ¿qué fue lo que le hizo tan perezoso? ¿Qué fue lo que lo desalentó mientras estaba en el camino, y lo que lo desanimó de continuar en el poder y la práctica santa de la religión de acuerdo con el talento que recibió?

Pues fue esto: cedió a un temor impío de Dios, y eso apartó su corazón del poder de los deberes religiosos. «Señor», dijo, «aquí está tu mina, la cual he tenido guardada en un pañuelo; porque tuve miedo de ti». ¿Acaso, hombre, el temor de Dios

⁹ «Estar de brazos cruzados todos los días en la viña de su señor»; sentarse o estar de pie ociosamente apoyado en los codos, en lugar de trabajar en la viña. «A sovereign shame so elbows him» -King Lear, Acto iv, Escena 3.-Ed.

hace al hombre ocioso y perezoso? No, es decir, si este temor es correcto y piadoso. Por lo tanto, este temor era un temor malo; era ese temor impío de Dios del que he estado hablando aquí. «Porque tuve miedo de Ti», o como dice Mateo: «Por lo cual tuve miedo». ¿Miedo de qué? De Cristo, que era «hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste». Este temor suyo, por ser impío, le hizo tener de Cristo una impresión contraria a la bondad de Su naturaleza, y así apartó su corazón de todo esfuerzo por hacer lo que era agradable a Sus ojos (Lc 19:20-21; Mt 25:24, 25).

Y así hacen todos los que conservan el nombre y la apariencia de la religión, pero son negligentes en cuanto al poder y la práctica piadosa de ella. Estos vivirán como perros y cerdos en la casa; no oran, no guardan sus corazones, no sacan sus manos de sus pechos para trabajar, no luchan contra sus concupiscencias, ni resistirán jamás hasta la sangre luchando contra el pecado; no pueden tomar su cruz, ni mejorar lo que tienen para la gloria de Dios. Por lo tanto, que todos los hombres se cuiden de este temor impío, y lo eviten como se evita al diablo, porque los hará temer donde no hay temor. Les dirá que hay un león en la calle, el lugar más inverosímil del mundo para tal bestia; pondrá una lagartija sobre el rostro de Dios, de lo más espantosa y temible de contemplar, y entonces desanimará por completo al alma en cuanto a Su servicio; tuvo este efecto en el siervo negligente, y así lo hará en ti, pobre pecador, si lo albergas y le das lugar. Pero,

Cuarto. Este temor impío de Dios se manifiesta también en esto. No permitirá que el alma gobernada por él confíe solo en Cristo para la justificación de la vida, sino que dirigirá las fuerzas del alma para que confíe en parte en las obras de la ley. Muchos de los judíos, en el tiempo de Cristo y de Sus apóstoles, estaban poseídos de este temor impío de Dios, porque no eran como los primeros, es decir, como el siervo negligente, que recibe un talento y lo esconde en la tierra en una servilleta, sino que eran un pueblo laborioso, seguían la ley de justicia, tenían celo de Dios y de la religión de sus padres; pero ¿cómo

entonces llegaron a desviarse? Porque su temor de Dios era impío; no les permitía confiar totalmente en la justicia de la fe, que es la justicia imputada de Cristo.

Iban tras una ley de justicia, pero no la alcanzaron. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por las obras de la ley. Pero ¿qué fue lo que les hizo unir sus obras de la ley con Cristo, sino su incredulidad, cuyo fundamento era la ignorancia y el temor? Temían aventurarse todos en un solo piso, pensaban que dos cuerdas en un arco sería lo mejor, y así entre dos taburetes cayeron al suelo. De ahí que el temor y la duda se coloquen juntos como causa el uno del otro; sí, a menudo se ponen el uno por el otro; así el temor impío por la incredulidad: «No temas, cree solamente», y, por lo tanto, el que es dominado y arrastrado por este temor, se asocia con el incrédulo que es expulsado de la ciudad santa entre los perros. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas están fuera (Ap 21:8). «Los cobardes e incrédulos», como ves, están juntos; porque ciertamente el temor, es decir, este temor impío, es la base de la incredulidad, o, si quieres, la incredulidad es la base del temor, de este temor; pero no me detengo en distinciones sutiles. Este temor impío tiene mucho que ver en impedir que el alma confíe únicamente en la justicia de Cristo para la justificación de la vida.

Quinto. Este temor impío de Dios es el que llevará a los hombres a añadir a la voluntad revelada de Dios sus propias invenciones, y su propio cumplimiento de ellas, como medio de apaciguar la ira de Dios. Porque la verdad es que donde reina este temor impío, la ley y el deber nunca terminan. Cuando aquellos de quienes lees en el libro de los Reyes fueron destruidos por los leones, porque habían establecido la idolatría en la tierra de Israel, enviaron a buscar a un sacerdote de Babilonia para que les enseñara la manera de adorar al Dios de la tierra; pero he aquí que cuando la conocieron, siendo enseñados por el sacerdote, su temor no les permitió contentarse con ese culto solamente. «Temían a Jehová», dice el texto, «y honraban a sus dioses». Y de nuevo: «Así temieron a Jehová aquellas gentes, y al mismo tiempo sirvieron a sus

ídolos» (2R 17). Fue también este temor el que llevó a los fariseos a inventar tantas tradiciones, como el lavado de copas, camas, mesas y jofainas, así como otros utensilios¹⁰ semejantes. Nadie sabe los muchos peligros en que un temor impío de Dios llevará a un hombre (Mr 7).

¡Cómo ha atormentado y torturado a los papistas por cientos de años juntos! Porque, ¿acaso no es este temor impío, al menos en los más simples e inofensivos de ellos, la causa de sus penitencias, como arrastrarse hasta la cruz, ir descalzos en peregrinación, azotarse a sí mismos, vestirse de cilicio, decir tantos padrenuestros, tantos avemarías, hacer tantas confesiones al sacerdote, dar tanto dinero para indultos, y muchas cosas como estas? Porque si pudieran ser llevados a creer esta doctrina, que Cristo fue entregado por nuestras ofensas, y resucitado para nuestra justificación, y la aplicaran por fe con atrevimiento piadoso a sus propias almas, este temor se desvanecería y, por consiguiente, todas aquellas cosas con las que tan innecesaria e inútilmente se afligen, las cuales ofenden a Dios y afligen a su pueblo. Por lo tanto, amable lector, aunque mi texto ordena que en verdad debes temer a Dios, no incluye ni acepta cualquier temor; no, no cualquier temor de Dios. Porque hay, como ves, un temor de Dios que es impío, y que debe ser rechazado como un pecado. Por lo tanto, tu sabiduría y tu preocupación deben ser considerar y validar que tu temor es piadoso, sobre lo cual hablaré a continuación.

TERCERO. La tercera cosa de la que voy a hablar es que *hay un temor de Dios en el corazón de algunos hombres que es bueno y piadoso, pero que no permanece así para siempre*. O puedes entenderlo así: hay un temor de Dios que es piadoso, pero solo por un tiempo. Al presentar y tratar este tema, lo haré de la siguiente manera: *Primero*. Te mostraré qué es este temor. *Segundo*. Te mostraré por quién o por qué se produce este temor en el corazón. *Tercero*. Te mostraré lo que este

¹⁰ «Utensilios» ; ropa, muebles, utensilios. «Los apóstoles no estaban fijos en su residencia, sino que estaban preparados en sus efectos personales para trasladarse adonde fueran llamados» -Barrow.-Ed.

temor hace en el alma. Y, *cuarto*, te mostraré cuándo debe terminar este temor.

Primero. Este temor es un efecto de un despertar genuino a través de la palabra de la ira, que engendra en el alma un sentido de su merecida condenación eterna. Porque este temor no está presente en todos los pecadores. El que está cegado por el diablo y que no es capaz de ver que su estado es condenable, no tiene este temor en su corazón, pero el que está bajo la poderosa obra de la palabra de ira, como los elegidos de Dios al principio de su conversión, tiene este temor piadoso en su corazón; es decir, teme que la condenación vendrá sobre él, la cual merece por la justicia de Dios, porque ha quebrantado Su santa ley. Este es el temor que hizo gritar a los tres mil: «Varones hermanos, ¿qué haremos?» y que hizo gritar al carcelero, y esto con gran temblor de alma: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?» (Hch 2:37; 16:30). El método de Dios es matar y dar vida, herir y luego sanar; cuando el mandamiento llegó a Pablo, el pecado revivió y él murió, y aquella ley que era para vida, a él le resultó para muerte; esto es, dictó sentencia de muerte sobre él por sus pecados, y mató su conciencia con esa sentencia.

Por tanto, desde que oyó aquella palabra: «¿Por qué me persigues?», que es como si hubiera dicho: ¿Por qué cometes homicidio? estuvo bajo la sentencia de condenación por la ley, y bajo este temor de esa sentencia en su conciencia. Es decir, estuvo bajo ella hasta que Ananías vino a él para consolarlo y predicarle el perdón de los pecados (Hch 9). El temor, por lo tanto, que ahora llamo piadoso, es aquel temor que se llama propiamente el temor de la condenación eterna por el pecado, y este temor, al despertarse por primera vez, es bueno y piadoso, porque surge en el alma de un verdadero sentido de su propia condición. Su condición por naturaleza es condenable, porque es pecaminoso y porque es alguien que todavía no cree en Cristo para remisión de los pecados: «El que no creyere, será condenado», «El que no cree, ya ha sido condenado» y «la ira de Dios está sobre él» (Mr 16:16; Jn 3:18,36). Cuando el pecador, en un principio, comienza a ver

esto, justamente lo teme; es decir, lo teme justamente y, por lo tanto, piadosamente, porque por este temor aprueba la sentencia que se ha dictado contra él por el pecado.

Segundo. ¿Por quién o por qué se produce este temor en el corazón? A esto responderé brevemente. Es operado en el corazón por el Espíritu de Dios, obrando allí al principio como un espíritu de esclavitud, intencionalmente para ponernos en temor. Esto es lo que Pablo insinúa al decir: «No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor» (Ro 8:15). No dice: No habéis recibido el espíritu de esclavitud; porque lo habían recibido al inicio de su conversión, y eso para atemorizarlos, como lo muestran los ejemplos antes mencionados. Lo que dice es que no lo habían recibido de nuevo, es decir, luego de que el Espíritu vino como espíritu de adopción, porque ya este no viene más como espíritu de esclavitud. Es, pues, el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, el que nos convence de pecado y, por tanto, de nuestro estado condenable a causa del pecado (Jn 16:8-9). El Espíritu no solo ha de convencernos de pecado, sino que debe mostrarnos nuestra condición condenable a causa de él, especialmente si así, antes de que creamos, nos convence, y esa es la intención de nuestro Señor en este lugar, «de pecado», y así de nuestro estado condenable por el pecado, «por cuanto no creen en Mí». Por lo tanto, el Espíritu de Dios, cuando obra en el corazón como un espíritu de esclavitud, lo hace obrando en nosotros por la ley, «porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Ro 3:20). Y en esta operación se le llama apropiadamente espíritu de servidumbre.

1. Porque por medio de la ley nos muestra que, en efecto, somos esclavos de la ley, del diablo, de la muerte y de la condenación; porque este es nuestro estado real por naturaleza, aunque no lo veamos hasta que el Espíritu de Dios venga a revelar a nuestros propios entendimientos este estado de esclavitud al revelarnos nuestros pecados por medio de la ley.

2. En esta operación del Espíritu se le llama «el espíritu de esclavitud», porque aquí también nos retiene; es decir, en esta

visión y comprensión de nuestro estado de esclavitud, y esto mientras sea conveniente que retenernos así. Para algunos de los santos es un tiempo más largo, y para otros, más corto. Pablo fue retenido allí tres días y tres noches, pero el carcelero y los tres mil, por lo que se puede deducir, no más de una hora. Pero algunos, en estos últimos tiempos, son retenidos así durante días y meses, si no años¹¹ Pero, ya sea por poco o mucho tiempo, es el Espíritu de Dios el que le sujeta bajo este yugo, y es bueno que un hombre esté en SU tiempo sujeto a él, como dice el texto en Lamentaciones: «Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud» (Lm 3:27). Es decir, al principio de su despertar, mientras le parezca bien a este Espíritu Santo obrar de esta manera por la ley. Ahora bien, como dije, el pecador al principio es sujetado por el Espíritu de Dios a esta esclavitud, es decir, tiene tal comprensión de su pecado y de su condenación por el pecado, y también es sujetado tan firmemente bajo el sentido de ello, que no está en poder de ningún hombre, ni aun de los mismos ángeles del cielo, liberarlo o ponerlo en libertad, hasta que el Espíritu Santo cambie Su ministerio y venga a su pobre, abatida y afligida conciencia con la dulce y apacible noticia de la salvación por Cristo en el evangelio.

Tercero. Ahora voy a mostrarles lo que este temor hace en el alma. Ahora bien, aunque este temor piadoso no ha de permanecer siempre con nosotros, como les mostraré más adelante, sin embargo, difiere grandemente del que es totalmente impío en sí mismo, tanto por su autor como por sus efectos. Del autor te he hablado antes; ahora te diré lo que hace.

¹¹ Dios no se limita en cuanto al modo de llamar a los pobres pecadores. A los tres mil los convenció en una hora, e inmediatamente hicieron una profesión, pero Bunyan estuvo durante años en un estado de incertidumbre alarmante; algunos son impulsados por terrores intensos, otros por una voz apacible y delicada. Lector, nuestra pregunta expectante debería ser: ¿Hemos entrado por la puerta de Cristo? ¿Son nuestros frutos dignos de arrepentimiento? Que nadie se jacte de su experiencia, porque va bien embarrado con la suciedad del lodazal. Cada alma que entra por la puerta es igualmente un milagro de la gracia.

1. Este temor hace que el hombre se juzgue a sí mismo por el pecado, y que se postre ante Dios con la mente quebrantada bajo este juicio; lo cual es agradable a Dios, porque de esta manera el pecador reconoce a Dios como justo en Su palabra, y como puro en Su juicio (Sal 51:1-4).

2. Así como este temor hace que el hombre se juzgue a sí mismo y se arroje a los pies de Dios, también le hace compadecerse y lamentar su miseria ante Él, lo cual también es agradable a Sus ojos: «Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba», al decir: «Me azotaste, y fui castigado como novillo indómito...» (Jr 31:18-19).

3. Este temor hace que un hombre se postre a los pies del Señor, y ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza. Esto también agrada a Dios, porque ahora el pecador es como nada, y a sus propios ojos menos que nada, en cuanto a cualquier bien o aflicción: «Que se siente solo y calle», porque ahora tiene este yugo sobre él; «ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza» (Lm 3:28-29).

4. Este temor pone al hombre a clamar a Dios por misericordia, y eso de la manera: más humilde; ahora clama sensiblemente, ahora clama abatido, ahora siente y clama, ahora sonríe y grita: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc 18:13).

5. Este temor hace que un hombre no pueda aceptar como ayuda y socorro lo que otros que carecen de este temor aceptan. Este hombre debe ser lavado por Dios mismo, y limpiado de su pecado por Dios mismo (Sal 51).

6. Por lo tanto, este temor no desaparecerá hasta que el Espíritu de Dios cambie Su ministerio en esta área en particular, hasta que deje de obrar ahora por la ley, como antes, y venga al alma con la dulce palabra de promesa de vida y salvación por Jesucristo. Este temor es piadoso, es decir, hasta el momento en que Cristo por el Espíritu en el evangelio es revelado y entregado a nosotros, y no más.

Hasta aquí este temor es piadoso, y la razón por la que es piadoso es porque su fundamento es bueno. Ya te he dicho lo

que es este temor, es decir, el temor a la condenación. Ahora bien, el fundamento de este temor es bueno, como se hace evidente por estos detalles: 1. El alma teme la condenación, y con razón, porque está en sus pecados. 2. El alma teme la condenación con razón, porque no tiene fe en Cristo, sino que actualmente está bajo la ley. 3. El alma teme la condenación con razón ahora, porque por el pecado, la ley y la falta de fe, la ira de Dios permanece sobre ella. Pero, ahora, aunque hasta aquí este temor de Dios es bueno y piadoso, sin embargo, después que Cristo nos es revelado por el Espíritu en la palabra del evangelio, y somos movidos a aceptarlo como es revelado y ofrecido a nosotros por una fe verdadera y viva, este temor, es decir, de condenación, ya no es bueno, sino impío. Y el Espíritu de Dios no vuelve a obrar en nosotros este temor.

Ahora ya no recibimos el espíritu de esclavitud para temer, es decir, para temer la condenación, sino que hemos recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre. Pero no me equivoco cuando afirmo que este temor ya no es piadoso. No me refiero a su esencia y práctica, pues creo que es el mismo en la semilla que más tarde crecerá a un grado más alto, y a una tendencia y manera de obrar más dulce y evangélica. Más bien me refiero a este acto de temer la condenación, y digo que el Espíritu nunca más obrará esto en nosotros; nunca más producirá ese fruto. Y mis razones son:

Razones por las que el Espíritu de Dios no puede obrar este temor impío.

1. Porque el alma, al ser sellada por la promesa, por el Espíritu, con Jesucristo, es removida de aquel fundamento sobre el cual estaba cuando justamente temía la condenación. Ahora ha recibido el perdón de los pecados, ya no está bajo la ley, sino en Jesucristo por la fe; por lo tanto, «ninguna condenación hay» para ella (Hch 26:18; Ro 6:14, 8:1). Por lo tanto, siendo quitado el fundamento, el Espíritu ya no obra más ese temor.

2. No puede, después de haber venido al alma como espíritu de adopción, venir otra vez como espíritu de esclavitud para llevar el alma a su primer temor; es decir, el temor de la condenación eterna, porque no puede decir algo y retractarse, hacer algo y deshacerlo. Como espíritu de adopción me dijo que mis pecados fueron perdonados, que estaba incluido en el pacto de gracia, que Dios era mi Padre por medio de Cristo, que estaba bajo la promesa de salvación y que este llamamiento y don de Dios para mí es permanente y sin vuelta atrás. ¿Y crees que después de haberme dicho esto, y sellado esta verdad en mi preciosa alma, vendrá a mí y me dirá que todavía estoy en mis pecados, bajo la maldición de la ley y la ira eterna de Dios? No, no, la palabra del evangelio no es sí, sí; no, no. Solo es sí y amén. Y es así porque «Dios es fiel» (2 Co 1:17-20).

3. Por lo tanto, ya que ha cambiado el estado del pecador, y esto también porque el Espíritu ha cambiado Su dispensación, y ya no es ahora como un espíritu de esclavitud para atemorizarnos, sino que viene a nuestro corazón como el espíritu de adopción para hacernos clamar: Abba, Padre, no puede volver otra vez a Su obra inicial. Porque de esta manera estuviera consintiendo y también ratificando esa doctrina profana y papista que enseña: perdonado hoy, no perdonado mañana; un hijo de Dios hoy, un hijo del infierno mañana, pero ¿qué dicen las Escrituras? «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2:19-22).

Objeción: Pero esto es contrario a mi experiencia. Pero, cristiano, ¿cuál es tu experiencia? Al principio, como has dicho, estaba poseído por el temor a la condenación y, por tanto, bajo el poder del espíritu de esclavitud. Muy bien, ¿y cómo fue entonces? Pues, después de algún tiempo de persistir

en estos temores, se me envió el espíritu de adopción para sellar en mi alma el perdón de los pecados, y así lo hizo. También fui ayudado por el mismo Espíritu, como has dicho, a llamar a Dios Abba, Padre. Bien, ¿y después qué? Pues, después de eso caí en tan grandes temores como nunca antes había estado.¹²

Respuesta: Puedo admitir todo esto y, sin embargo, lo que he dicho sigue siendo verdad, porque no he dicho que después que venga el espíritu de adopción, un cristiano no volverá a experimentar grandes temores, porque puede tener peores que los que tuvo al principio. Más bien, digo que después que venga el espíritu de adopción, el espíritu de esclavitud, como tal, ya no es enviado por Dios para llevarnos a esos temores. Porque, fíjate, «no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor». Que la Palabra sea verdad, cualquiera que sea tu experiencia. ¿No me entiendes?

Después que el Espíritu de Dios me ha dicho, y también me ha ayudado a creerlo, que el Señor por Cristo ha perdonado mis iniquidades, ya no me dice más que estas no son perdonadas. Después que el Espíritu de Dios me ha ayudado, por medio de Cristo, a llamar a Dios mi Padre, no me dice más que el diablo es mi padre. Después que me ha dicho que no estoy bajo la ley, sino bajo la gracia, no me dice más que no estoy bajo la gracia, sino bajo la ley, y destinado por mis pecados, a la ira y al juicio de Dios; pero este es el temor que el Espíritu, como espíritu de servidumbre, obra en el alma al principio.

Pregunta: ¿Puedes darme aún más razones para convencerme de la verdad de lo que dices?

Respuesta. Sí.

1. Porque así como el Espíritu no puede mentirse a sí mismo, tampoco puede invalidar su propio orden de obrar, ni contradecir el testimonio que sus siervos, por Su inspiración, han dado del orden de Su obrar con ellos. Pero estaría mintiendo si nos dice que estamos bajo el pecado, la ley y la

¹² Esto está notablemente ejemplificado en el libro Gracia Abundante de Bunyan

ira, y esto después de que hemos recibido Su propio testimonio de que estamos bajo la gracia.

Y estaría invalidando Su propio orden de obrar, si derriba como espíritu de esclavitud otra vez lo que antes había edificado como espíritu de adopción, y esto después de haber pasado por la primera obra en nosotros como espíritu de esclavitud, a la segunda como espíritu de adopción.

Y estaría, necesariamente, derribando el testimonio de Sus siervos, porque ellos han dicho que no hemos recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor; es decir, después de que por el Espíritu Santo somos capacitados para llamar a Dios Abba, Padre.

2. Esto también es evidente, porque el pacto en el que ahora el alma está interesada permanece, y es eterno, no sobre la presuposición de mi obediencia, sino sobre el propósito inmutable de Dios y la eficacia de la obediencia de Cristo, cuya sangre también lo ha confirmado. Es «ordenado en todas las cosas, y será guardado», dijo David; y esto, dijo él, es «toda mi salvación» (2S 23:5). Así pues, el pacto es eterno en sí mismo, al estar establecido sobre tan buenos cimientos, y por lo tanto permanece en sí mismo siempre dispuesto para el bien de los que participan en él. Oye el tono del pacto, y el testimonio de Dios de la verdad del mismo: «Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo; y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos. Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades» (He 8:10-12). Ahora bien, si Dios hace así con los que ha incluido en Su pacto eterno de gracia, entonces no se acordará más de sus pecados, es decir, como para condenarlos, pues así es como los olvida. Entonces, no puede el Espíritu Santo, que también es uno con el Padre y el Hijo, venir a nosotros de nuevo como un espíritu de esclavitud

para ponernos en temor de condenación, luego de que hayamos recibido estos gloriosos frutos de este pacto.

3. El Espíritu de Dios, después que ha venido a mí como espíritu de adopción, no puede venir más a mí como espíritu de esclavitud, para hacerme temer, es decir, con ese temor del principio. Porque, por esa fe que Él mismo ha obrado en mí para creer y llamar a Dios «Abba, Padre», estoy unido a Cristo y no dependo de mis propias fuerzas, de mis pecados o de mi desempeño, sino de Su justicia gloriosa ante Él y ante Su Padre. Él no desechará un miembro de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos, el cual está completo ante Dios en la justicia de Cristo. Así tampoco, el Espíritu de Dios vendrá como un espíritu de esclavitud para volver a llevarlo a un temor bien fundado de condenación, porque eso es una aparente contradicción.¹³

Pregunta: ¿Pero no puede venir de nuevo como un espíritu de esclavitud, para llevarme a mis temores del principio para mi bien?

Respuesta: El texto dice lo contrario, porque «no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor». Ni Dios es llevado a esto por falta de sabiduría, a decir algo y retractarse, a hacer algo y deshacerlo, pues de lo contrario no pudiera hacer el bien. Cuando somos hijos y hemos recibido la adopción de hijos, Él no acostumbra a enviar luego el Espíritu para decirnos que somos esclavos y herederos de condenación y que estamos sin Cristo, sin la promesa, sin gracia, y sin Dios en el mundo. Sin embargo esto es lo que haría si viene a

¹³ Los que son adoptados en la familia del cielo son «justificados» de todo; liberados del pecado, de la maldición y de la ira, «ya no hay condenación» para ellos; y al confiar en la preciosa sangre de Jesús para el perdón, en Su justicia para la aceptación y en Su gracia para la santificación, son, por la morada del Espíritu que los adoptó, poseídos de ese amor que echa fuera el temor, y se regocijan en la esperanza de la gloria de Dios. Y a los que, a causa de sus múltiples debilidades y abandonos, se ven a menudo acosados por temores incrédulos, el Señor les dice, para animarlos: «No temas, porque Yo estoy contigo; no desmayes, porque Yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de Mi justicia» (Is 41:10).- Mason.

nosotros después de haber recibido el espíritu de adopción, ponernos en temor como antes como un espíritu de esclavitud.

Este temor impío provocado por el espíritu del diablo.

Pregunta: ¿Qué espíritu es, pues, el que me ha hecho volver al temor, al temor de la condenación y, por tanto, a la esclavitud?

Respuesta: Por el espíritu del diablo, que siempre se esfuerza por frustrar la fe, la esperanza y el consuelo de los piadosos.

Pregunta: ¿Cómo se manifiesta esto?

Respuesta: 1. Por lo infundado de tales temores. 2. Por lo inoportuno de ellos. 3. Por sus efectos.

1. *Por lo infundado de tales temores.* Se elimina el fundamento, porque un temor fundado de condenación significa que todavía estoy en mis pecados, en un estado natural, bajo la ley, sin fe y, por lo tanto, bajo la ira de Dios. Quiero decir que esta es la base del temor a la condenación, la verdadera base para temerla; pero ahora el hombre del que estamos hablando, es uno a quien se le ha quitado el fundamento de este temor, por el testimonio y sello del espíritu de adopción. Él es llamado, justificado y ha recibido, por la realidad de esta su condición, la evidencia del espíritu de adopción y, por lo tanto, ha sido capacitado para llamar a Dios «Abba, Padre». Ahora bien, al que ha recibido esto se le ha quitado el fundamento del temor de condenación; por lo tanto, su temor, al carecer de fundamento, es falso y, por lo tanto, no es obra del Espíritu de Dios.

2. *Por lo inoportuno de ellos.* Este espíritu siempre llega demasiado tarde. Viene después que el espíritu de adopción ha llegado. Satanás siempre está a favor de llegar demasiado temprano o demasiado tarde. Si quisiera hacer creer a los hombres que son hijos, lo haría mientras son esclavos, esclavos de él y de sus concupiscencias. Si él quiere que crean que son esclavos, es cuando son hijos y han recibido el espíritu

de adopción, y por esto el testimonio de su filiación antes. Y esta maldad está arraigada incluso en su naturaleza: «Es mentiroso, y padre de mentira»; y sus mentiras se dan a conocer mejor a los santos en esto: en que se esfuerza siempre por contradecir la obra y el orden del Espíritu de verdad (Jn 8).

3. También se muestra *en los efectos de tales temores*. Porque hay una gran diferencia entre los efectos naturales de estos temores que son producidos por el espíritu de esclavitud, y los que son producidos después por el espíritu del diablo. El uno, es decir, el temor que es producido por el espíritu de esclavitud, nos hace confesar la verdad, es decir, que estamos sin Cristo, sin gracia, sin fe, y esto en el presente; es decir, mientras Él está obrando así en un caso pecaminoso y condenable; pero el otro, es decir, el espíritu del diablo, cuando viene, que es después que el espíritu de adopción ha venido, nos hace mentir; esto es, nos lleva a decir que estamos sin Cristo, sin gracia y sin fe. Ahora bien, esto es en su totalidad y en cada una de sus partes, una mentira, y ÉL es el padre de ella.

Además, la tendencia directa del temor que el Espíritu de Dios, como espíritu de esclavitud, obra en el alma, es hacernos volver arrepentidos a Dios por medio de Jesucristo, pero estos últimos temores tienden directamente a hacer que un hombre, después de haber negado primero la obra de Dios, como lo hará, si cae en ellos, huya completamente de Dios y de Su gracia para con él en Cristo, como evidentemente se verá si no das una respuesta clara y honesta a estas preguntas que siguen.

Este temor aleja al hombre de Dios.

Pregunta 1. ¿No te hacen estos temores preguntarte si alguna vez hubo obra de gracia en tu alma? *Respuesta:* Sí, ciertamente que lo hacen.

Pregunta 2. ¿No te hacen estos temores preguntarte si alguna vez tus primeros temores fueron obra del Espíritu Santo de Dios? *Respuesta:* Sí, ciertamente que sí.

Pregunta. 3. ¿No te hacen dudar estos temores si alguna vez has recibido verdadero consuelo de la Palabra y del Espíritu de Dios? *Respuesta:* Sí, ciertamente que sí.

Pregunta. 4. ¿No encuentras entremezclados con estos temores afirmaciones claras de que tus primeros consuelos provenían de tu imaginación o del diablo, y eran fruto de sus engaños? *Respuesta:* Sí, ciertamente.

Pregunta. 5. ¿No debilitan estos temores tu corazón en la oración? *Respuesta:* Sí, así es.

Pregunta. 6. ¿No te impiden estos temores aferrarte a la promesa de salvación por Jesucristo?

Respuesta. Sí; porque pienso que si fui engañado antes, si fui consolado por un espíritu de engaño antes, ¿por qué no puedo serlo otra vez? Así que temo asirme de la promesa.

Pregunta. 7. ¿No tienden estos temores a endurecer tu corazón y a desesperarte? *Respuesta:* Sí, ciertamente.

Pregunta. 8. ¿No te impiden estos temores aprovechar la predicación y la lectura de la Palabra? *Respuesta:* Sí, en verdad, porque aun todo lo que oigo o leo, pienso que nada que sea bueno me pertenece.

Pregunta. 9. ¿No tienden estos temores a suscitar en tu corazón blasfemias contra Dios? *Respuesta:* Sí, hasta casi distraerme.

Pregunta. 10. ¿No te hacen pensar a veces estos temores que es en vano que esperes más en el Señor? *Respuesta:* Sí, ciertamente; y muchas veces casi he llegado a esta conclusión, que no leeré, oraré, oiré, estaré en compañía del pueblo de Dios o cosas semejantes, por más tiempo.

Bien, pobre cristiano, me alegro de que me hayas contestado tan claramente; pero, por favor, vuelve a mirar tu respuesta. ¿Cuánto crees que hay de Dios en estas cosas? ¿Cuánto de Su Espíritu y de la gracia de Su Palabra? Nada en absoluto; porque no puede ser que estas cosas sean los efectos verdaderos y naturales de las obras del Espíritu de Dios; ciertamente no como un espíritu de esclavitud. Estas no son Sus obras. ¿No ves en ellas la garra misma del diablo, sí, en

cada una de tus diez respuestas? ¿No hay una gran maldad evidente en cada uno de los efectos de este temor? Concluyo, pues, como empecé, que el temor que obra el espíritu de Dios, como espíritu de servidumbre, es bueno y piadoso, no solo por el autor, sino también por el fundamento y los efectos. Sin embargo, este no puede continuar como tal, produciendo lo que antes concluimos, sino solo hasta que venga el Espíritu como espíritu de adopción, porque entonces el alma es claramente liberada del estado y condición en que se había metido, tanto por su naturaleza como por su pecado, y es establecida en Cristo, y así por Él en un estado de vida y bienaventuranza por la gracia. Por lo tanto, si después de que el espíritu de adopción ha estado contigo, vuelven a entrar temores en tu alma, debes saber que no provienen del Espíritu de Dios, sino aparentemente del espíritu del diablo, porque son una mentira en sí mismos, y sus efectos son pecaminosos y diabólicos.

Objeción. Pero yo también tenía maldades como esas en mi corazón al principio de mi nuevo nacimiento y, por lo tanto, según tu argumento, eso también debe ser del diablo.

Respuesta: En la medida en que tal maldad estaba en tu corazón, en esa medida el diablo y tu propio corazón trataron de llevarte a la desesperación y ahogarte allí. Pero, has olvidado cuál es el punto, ya que la pregunta no es si entonces estabas atribulado por tales iniquidades, sino si tus temores de condenación en ese momento no eran justos y buenos, porque estaban basados en tu condición en ese momento: estabas en tus pecados y bajo la maldición de la ley porque no estabas en Cristo. Si ahora, puesto que el espíritu de adopción ha venido a ti, es tu dueño y ha hecho por ti lo que se ha mencionado, y por cualquier razón debes ceder al mismo temor de condenación, es evidente que no deberías, porque el fundamento, la causa, ha sido removida.

Objeción. Pero yo también tenía maldades como esas en mi corazón al principio de mi nuevo nacimiento y, por lo tanto, según tu argumento, eso también debe ser del diablo.

Respuesta: En la medida en que tal maldad estaba en tu corazón, en esa medida el diablo y tu propio corazón trataron de llevarte a la desesperación y ahogarte allí. Pero, has olvidado cuál es el punto, ya que la pregunta no es si entonces estabas atribulado por tales iniquidades, sino si tus temores de condenación en ese momento no eran justos y buenos, porque estaban basados en tu condición en ese momento: estabas en tus pecados y bajo la maldición de la ley porque no estabas en Cristo. Si ahora, puesto que el espíritu de adopción ha venido a ti, es tu dueño y ha hecho por ti lo que se ha mencionado, y por cualquier razón debes ceder al mismo temor de condenación, es evidente que no deberías, porque el fundamento, la causa, ha sido removida.

Objeción. Pero, desde que fui sellado para el día de la redención, he pecado gravemente contra Dios, ¿no tengo, por tanto, motivo para temer como antes? ¿No puede, por tanto, ser enviado de nuevo el espíritu de esclavitud para ponerme en temor, como al principio? El pecado fue la primera causa, y ahora he pecado.

Respuesta: No, de ninguna manera, porque no hemos recibido de nuevo el espíritu de esclavitud al temor; es decir, Dios no nos lo ha dado, «porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Ti 1:7). Por lo tanto, si nuestros primeros temores vuelven a invadirnos, después de haber recibido de manos de Dios el espíritu de amor, de poder y de dominio propio, debemos rechazarlos, aunque hayamos pecado gravemente contra nuestro Dios. Esto se manifiesta en 1 Samuel 12:20: «No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal». Es decir, no con ese temor que los habría hecho huir de Dios, como concluyendo que ya no eran Su pueblo. Y la razón es, porque el pecado no puede anular el pacto en el cual los hijos de Dios, por Su gracia, son aceptados. «Si dejaren sus hijos Mi ley, y no anduvieren en Mis juicios, si profanaren Mis estatutos, y no guardaren Mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. mas no quitaré de él Mi misericordia, ni falsearé Mi verdad» (Sal 89: 30-33). Ahora

bien, si el pecado no anula el pacto, si el pecado no me excluye de este pacto, hecho personalmente con el Hijo de Dios, y en cuyas manos por la gracia de Dios he sido puesto, entonces, aunque haya pecado, no debo temer con ese temor del principio.

El pecado, después que el espíritu de adopción ha venido, no puede anular la relación de Padre e hijo. Y esto la iglesia lo afirmó con toda razón, y en un momento en que su corazón estaba endurecido y pesaba sobre ella la culpa de haberse extraviado de Sus caminos, dice ella. «Pero Tú eres nuestro padre» (Is 63:16-17). «Si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce, Tú, oh Jehová, eres nuestro padre».

Que el pecado no anula la relación de Padre e hijo es una evidencia más: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!». Ahora fíjate: «Así que ya no eres esclavo»; es decir, ya no estás bajo la ley de muerte y condenación, «sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo» (Gal 4:4-7).

Supongamos que un hijo transgrede y ofende gravemente a su padre, ¿se anula por ello la relación entre ellos? Además, supongamos que el padre azotara y castigara al hijo por tal ofensa, ¿se anula la relación entre ellos? Sí, supongamos que el hijo ahora, por ignorancia, llorara y dijera: «Este hombre ya no es mi padre»; ¿por eso ya no es su padre? ¿No es evidente para todos la locura de tales argumentos? Pues de la misma naturaleza es esa doctrina que dice, que después de que hemos recibido el espíritu de adopción, el espíritu de esclavitud es enviado a nosotros de nuevo para ponernos en el temor de la condenación eterna.

Sabe, pues, que tu pecado, después de haber recibido el espíritu de adopción para clamar a Dios: Abba, Padre, es considerado la transgresión de un hijo, no de un esclavo, y que todo lo que te sucede por esa transgresión no es más que el

castigo de un padre, y «¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?». Vale la pena que observes que el Espíritu Santo reprueba a aquellos que, bajo sus castigos por el pecado, se olvidan de llamar a Dios su Padre: «Habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo Mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él». Sí, observa aún más, que el castigo de Dios a Sus hijos por su pecado, es una señal de gracia y amor, y no de Su ira y de tu condenación; por lo tanto, ahora no hay motivo para el temor antes mencionado: «Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo» (He 12). Ahora bien, si Dios no quiere que los que han recibido el Espíritu del Hijo, por más que los castigue, olviden la relación que por la adopción de hijos tienen con Dios, si Él se fija en los que lo olvidan cuando Su vara está sobre sus espaldas por el pecado, entonces es evidente que esos temores que tienes bajo la apariencia de la venida del Espíritu, como un espíritu de esclavitud, para hacerte temer la condenación eterna, no es otra cosa que Satanás disfrazado, para obrar en ti sus artimañas.

Te daré todavía dos o tres ejemplos más, en los que te mostraré que en cualquier cosa que te suceda, quiero decir como castigo por el pecado, después de que hay venido el espíritu de adopción, debes mantener por fe la relación de Padre e hijo. Se dice que el pueblo del que habla Moisés había menospreciado la roca de su salvación, que es Jesucristo, y eso es un pecado grave en verdad, sin embargo, dice él, «¿No es Él tu padre, que te creó?» y luego los pone a considerar los días pasados (Dt 32:6). Ellos, según el profeta Jeremías, habían fornicado con muchos amantes, y habían hecho todo lo malo que pudieron; y, como dice en otro lugar de la Escritura, se habían apartado de su Dios. Sin embargo, Dios los llama por medio del profeta, diciendo: «¿No me llamarás a mí, Padre mío, guiador de mi juventud?». (Jr 3:4). Recuerda también aquel conocido texto mencionado en 1 Samuel 12:20: «No temáis; vosotros habéis hecho todo este mal»; y esfuérzate por mantener en tu alma la fe de que eres un hijo, siendo cierto

que has recibido antes el espíritu de adopción, y por eso no debes caer bajo tus temores del principio, porque ha sido quitado el fundamento de tu condenación eterna.

Ahora bien, que nadie, por lo que hemos dicho, se anime a vivir vidas libertinas, bajo la suposición de que una vez en Cristo, para siempre en Cristo, y de que el pacto no puede ser roto, ni la relación de Padre e hijo anulada; porque es evidente que los que así lo hacen no saben lo que es recibir el espíritu de adopción. Es el espíritu del diablo en su propio matiz el que les sugiere esto, y el que prevalece sobre ellos para que lo hagan. ¿Haremos males para que vengan bienes? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¿O seremos viles en la vida porque Dios por gracia nos ha librado de la ira venidera? Dios no lo quiera; estas conclusiones denotan una falta de temor de Dios, y también del espíritu de adopción. Porque ¿qué hijo es aquel que, porque el padre no puede romper la relación, ni permitir que el pecado lo haga, es decir, entre el Padre y él, dirá por eso: Viviré completamente según mis propias concupiscencias, me esforzaré por ser una continua aflicción para mi Padre?

Consideraciones para prevenir tales tentaciones.

Pero, para que Satanás («pues no ignoramos sus maquinaciones») no gane ventaja contra algunos de los hijos al apartarlos del temor filial a su Padre, permíteme exponer las siguientes consideraciones.

Primero. Aunque Dios no puede ni quiere anular la relación que el espíritu de adopción ha establecido entre el Padre y el Hijo, por ningún pecado que estos cometan, puede, y a menudo lo hace, quitarles el consuelo de Su adopción, no permitiendo que los hijos, mientras se encuentran en pecado, perciban el dulce consuelo de ella en sus corazones. Él sabe ponerles lazos alrededor, y que el espanto repentino los turbe. Sabe enviar tinieblas para que no vean, y dejar que la abundancia de aguas los cubra (Job 22:10-11).

Segundo. Dios puede esconder Su rostro de ellos y afligirlos de tal manera con esa dispensación, que no hay poder en el

mundo que pueda consolarlos. «Si escondiere el rostro, ¿quién lo mirará?». (Job 23:8-9, 34:29).

Tercero. Dios sabe cómo traer a ti los pecados que hace mucho tiempo perdonó, y eso de tal manera que experimentes amargura en tu alma. Dice Job: «¿Por qué escribes contra mí amarguras, y me haces cargo de los pecados de mi juventud?». Con esto también hizo gemir y orar una vez a David, para ser liberado de ello como una aflicción insoportable (Job 13:26; Sal 25:7).

Cuarto. Dios puede encadenarte en el calabozo y hacer rodar una piedra sobre ti, puede sujetar tus pies en el cepo y convertirte en el blanco de las miradas de hombres y ángeles (Lm 3:7,53,55; Job 13:27; Nah 3:6).

Quinto. Dios puede hacer cesar las dulces operaciones y las influencias benditas de Su gracia en tu alma, y hacer que esas lluvias evangélicas que antes disfrutabas se conviertan ahora para ti en nada más que polvo (Sal 51; Dt 28:24).

Sexto. Dios puede luchar contra ti «con la espada de [Su] boca», y hacerte blanco de Sus flechas; y esta es una dispensación sumamente terrible (Ap 2:16; Job 6:4; Sal 38:2-5).

Séptimo. Dios puede postrarte con culpa y angustia, de modo que no puedas levantar la cabeza (Sal 40:12).

Octavo. Dios puede quebrantar tus huesos, y hacer que por ello vivas en continua angustia de espíritu: sí, puede enviar un fuego a tus huesos que arderá, y nadie lo apagará (Sal 51:8; Lm 3:4, 1:13; Sal 102:3; Job 30:30).

Noveno. Dios puede desecharte y no usarte para ninguna obra Suya en tu generación. Puede desecharte «como un vaso quebrado» (Sal 31:12; Ez 44:10-13).

Décimo. Dios puede matarte y quitarte de la tierra por tus pecados (1Co 11:29-32).

Undécimo. Dios puede acosarte con plagas grandes y de larga duración en la hora de tu muerte (Sal 78:45; Dt 28).

Duodécimo. ¿Qué más he de decirte? Dios puede soltar a Satanás sobre ti, y cuando estás moribundo, puede darle

licencia para que te asalte con grandes tentaciones, puede hacerte sentir la culpa de toda tu falta de bondad hacia Él. Y, como dije antes, puede hacer que cuando te vayas del mundo, tu vida esté en continua duda ante ti y no permitirte tener ningún consuelo ni de día ni de noche. Sí, Él puede llevarte incluso a la locura con Sus castigos por tu insensatez y, sin embargo, todo será hecho por Él, como un padre castiga a su hijo (Dt 28: 65-67).

Decimotercero. Además, Dios sabe cómo derribarte de tu lecho de muerte en medio de la confusión, puede permitir que mueras en la oscuridad. Cuando estés muriendo, no sabrás a dónde vas, es decir, si al cielo o al infierno. Sí, Él puede hacer que parezcas falto de vida, tanto a tus propios ojos, como a los ojos de los que te contemplan. «Temamos, pues», dice el Apóstol, aunque no con temor servil, sino con temor filial, «no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado» (He 4:1).

Ahora bien, todo esto y mucho más puede hacer Dios a los Suyos como Padre con Su vara y Sus reprensiones paternas. Ah, solo los que están bajo ellas saben a qué terrores, temores, angustias y asombros puede llevar Dios a Su pueblo; puede meterlos en un horno, en el fuego, y nadie puede cuestionar lo que hace. Tan inescrutables y temibles como son Sus castigos paternas, aun así nunca más trae sobre ellos el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor. Por tanto, si eres hijo, guárdate del pecado, no sea que todas estas cosas te alcancen y vengan sobre ti.

Objeción. Pero yo he pecado, y estoy bajo esta grande y poderosa mano de Dios.

Respuesta. Entonces sabes que lo que digo es verdad, pero ten cuidado de no prestar oídos a tales tentaciones que te harían creer que estás fuera de Cristo, bajo la ley y en estado de condenación. Y cuídate también de no concluir que el autor de estos temores es el Espíritu de Dios que viene de nuevo a ti como espíritu de esclavitud, para poner en ti ese temor, no sea que sin darte cuenta desafíes al diablo, deshonres a tu Padre, invalides la buena doctrina y te metas en una doble tentación.

Objeción: Pero si Dios trata así a un hombre, ¿cómo puede este pensar de otra manera sino que es un réprobo, sin gracia, sin Cristo y sin fe?

Respuesta: No, pero ¿por qué tientes al Señor tu Dios? ¿Por qué pecas y provocas los ojos de Su gloria? «¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado» (Lm 3:39). Dios no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres; pero si pecas, aunque Dios salve tu alma, como lo hará si te ha adoptado como Su hijo, te hará saber que el pecado es pecado, y Su vara con que te castigará, si es necesario, será de escorpiones. Lee todo el libro de Lamentaciones; lee las quejas de Job y de David; sí, lee lo que le sucedió a Su Hijo, Su bien amado, y eso cuando lo único que hizo fue representar a pecadores, siendo en sí mismo totalmente inocente, y luego considera, oh, hijo pecador de Dios, si hay alguna injusticia en Dios, sí, si no es necesario que seas castigado por tu pecado. Pero entonces, cuando la mano de Dios esté sobre ti, por muy dolorosa que sea, ten cuidado y guárdate de no dar lugar a tus primeros temores, no sea que, como dije antes, aumentes tu aflicción. Para ayudarte en esto, permíteme darte algunos ejemplos del comportamiento de algunos de los santos bajo algunas de las aflicciones más intensas que han enfrentado por el pecado.

Comportamiento de algunos de los santos bajo intensas aflicciones por el pecado

Primero. Job estaba en gran aflicción por el pecado, como él mismo confesó, de tal manera que él dijo que Dios lo había puesto como un blanco para dispararle, que corrió sobre él como un gigante, que lo tomó por el cuello y lo sacudió en pedazos, lo contó como Su enemigo, le escondió el rostro, y que no sabía dónde encontrarle. Sin embargo, Job no consideró todo esto como una señal de condenación, sino como prueba y castigo. Y, cuando estaba en lo más ardiente de la batalla, dijo: «Me probará, y saldré como oro». Y de nuevo, cuando fue presionado por el tentador a pensar que Dios lo mataría, responde con la mayor confianza: «Aunque Él me

matare, en Él esperaré» (Job 7:20, 13:15, 14:12, 16, 19:11, 23:8-10).

Segundo. David se quejaba de que Dios había quebrantado sus huesos, que había puesto Su rostro contra sus pecados y le había quitado el gozo de su salvación; sin embargo, aun en este momento dice: «Oh, Dios, Dios de mi salvación» (Sal 51:8,9,12,14).

Tercero. Hemán se quejaba de que su alma estaba hastiada de males, de que Dios lo había puesto en el hoyo más profundo, de que había alejado de él a sus conocidos y desechado su alma, y había escondido de él su rostro. Que estaba afligido desde su juventud y a punto de morir de angustia; dice, además, que la ira de Dios había pasado sobre él, que sus terrores lo habían aislado; sí, que a causa de ellos estaba consternado y, sin embargo, aun antes de presentar cualquiera de estas quejas, se aferra firmemente a Dios como suyo, diciendo: «Oh, Jehová, Dios de mi salvación» (Sal 88:1).

Cuarto. La iglesia en Lamentaciones se queja de que el Señor la había afligido por la multitud de sus rebeliones, y esto en el día de Su ardiente furor; también que había hollado a todos sus hombres fuertes, y que había llamado a los paganos contra ella. Dice que la oscureció en Su furor, que era un enemigo, y que extendió el cordel sobre ella; añade, además, que había cerrado los oídos a la oración, quebrado sus dientes con casajo, y la había cubierto de cenizas y, en conclusión, que la había desechado por completo. Pero ¿qué hace ella bajo toda esta prueba? ¿Renuncia a su fe y esperanza, y vuelve al temor que engendró la primera esclavitud? No: «Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en Él esperaré»; sí, ella añade: «Abogaste, Señor, la causa de mi alma; redimiste mi vida» (Lm 1:5, 2:1,2,5, 3:7,8,16, 5:22, 3:24,31,58).

Estas cosas demuestran que el pueblo de Dios, aun después de haber recibido el espíritu de adopción, ha caído vilmente en el pecado y ha sido castigado amargamente por ello. También, cuando la vara vino sobre ellos con más fuerza, tomaron más consciencia de ceder a sus primeros temores con los que fueron atemorizados por el Espíritu cuando actuaba como

espíritu de esclavitud. Porque, ciertamente, después que el Espíritu ha venido al alma como espíritu de adopción, no hay tal cosa como la venida del espíritu de esclavitud para llevarnos nuevamente al temor.

Concluyo, pues, que el temor que produce el espíritu de esclavitud es bueno y piadoso, porque su fundamento es sólido. También, concluyo que solo una vez viene al alma como espíritu de esclavitud, y eso ocurre antes de venir como espíritu de adopción. Por lo tanto, si el mismo temor se apodera otra vez de tu corazón, es decir, si después de haber recibido el espíritu de adopción temes otra vez la condenación de tu alma, que estás fuera de Cristo y bajo la ley, ese temor es malo y del diablo, y de ninguna manera debe darle cabida.

Cómo el diablo obra estos temores

1. *Pregunta.* Pero ya que es como tú dices, ¿cómo es que el diablo, después que el espíritu de adopción ha venido, hace que el hijo de Dios tenga esos temores de estar fuera de Cristo, de no estar perdonado y, por lo tanto, de estar otra vez bajo condenación?

Respuesta 1. Al dar como falsa, y persuadiéndonos para que nosotros también lo hagamos, la obra de la gracia realizada en nuestros corazones, y el testimonio del Espíritu Santo de adopción. 2. Al abusar de nuestra ignorancia del amor eterno de Dios a los Suyos en Cristo, y de la duración del pacto de gracia. 3. Al abusar de algún texto de la Escritura que pareciera ir en esa dirección, pero que no lo hace. 4. Al abusar de nuestros sentidos y razón. 5. Al fortalecer nuestra incredulidad. 6. Al eclipsar nuestro juicio con horribles tinieblas. 7. Al darnos falsas representaciones de Dios. 8. Al avivar y poner en marcha nuestras corrupciones internas. 9. Al poner en nuestros corazones abundancia de blasfemias horribles. 10. Al llevarnos a interpretar erróneamente la vara y la disciplina de Dios. 11. Al acusarnos de que nuestro mal comportamiento cuando nos encontramos bajo la vara y la disciplina de Dios es señal de que no tenemos gracia, sino que somos réprobos sin gracia. Por estas cosas y otras semejantes,

Satanás lleva al hijo de Dios, no solo a los límites, sino aun a las entrañas de los temores de condenación, después que ha recibido un bendito testimonio de vida eterna, y eso por el Espíritu Santo de adopción.

El pueblo de Dios debe temer Su vara.

Pregunta. ¿No quieres que el pueblo de Dios tema Su vara y sienta miedo de Sus juicios?

Respuesta. Sí, y cuanto más los teman justamente, menos y más raramente caerán bajo ellos, porque es la falta de temor lo que nos hace pecar, y es el pecado lo que nos hace caer en estas aflicciones. Pero no quiero que teman con temor de esclavos, porque eso no los fortalecerá en su lucha contra el pecado; sino que quiero que teman con temor reverencial de hijos, y esa es la manera de apartarse del mal.

Pregunta. ¿Cómo es eso?

Respuesta. Pues habiendo recibido antes el espíritu de adopción, continuar creyendo que Él es nuestro padre, y temerle así con el temor de los hijos, no como los esclavos temen a un tirano. Por lo tanto, quiero que consideres que Su vara, Sus reprensiones, sus amonestaciones y castigos, y también la ira con que los inflige, no son más que las dispensaciones de tu Padre. Esta creencia mantiene, o al menos ayuda a mantener, en el corazón una reverencia de hijo bajo la vara. También, mantiene en el alma una confesión de pecado semejante a la de un hijo y una justificación de Dios bajo todas las reprensiones con que nos aflige. También nos compromete a acudir a Él, a reclamar y aferrarnos a las misericordias anteriores, a esperar más y a esperar que todas las dispensaciones presentes de Dios hacia nosotros tengan un buen fin (Mi 7:9; Lm 1:18; Sal 77:10-12; Lm 3:31-34).¹⁴

¹⁴ La gracia eficaz en el alma va acompañada de dudas y temores, debido a los restos de la corrupción que mora en ella; de ahí que surja una guerra continua. Creyente, ¡cuán necesario es que mantengas siempre la confianza y la seguridad en el amor que te tiene tu Señor! Confía en Su fidelidad, persevera firmemente en el camino del deber, mirando a Jesús y viviendo de Su plenitud. Cómo nos recuerda todo este razonamiento la propia

Ahora bien, Dios quiere que temamos así Su vara, porque está resuelto a castigarnos con ella si pecamos contra Él, como ya he mostrado, porque aunque las entrañas de Dios se revuelven dentro de Él aun cuando amenaza a Su pueblo, sin embargo, si pecamos, aplicará la vara con tanta fuerza que nos hará gritar: «¡Ay ahora de nosotros! porque pecamos» (Lm 5:16). Por eso, como he dicho, debemos tener miedo de Sus juicios, pero solo como hemos hablado acerca de la vara: la ira y el juicio de un Padre.

Ahora bien, Dios quiere que temamos así Su vara, porque está resuelto a castigarnos con ella si pecamos contra Él, como ya he mostrado, porque aunque las entrañas de Dios se revuelven dentro de Él aun cuando amenaza a Su pueblo, sin embargo, si pecamos, aplicará la vara con tanta fuerza que nos hará gritar: «¡Ay ahora de nosotros! porque pecamos» (Lm 5:16). Por eso, como he dicho, debemos tener miedo de Sus juicios, pero solo como hemos hablado acerca de la vara: la ira y el juicio de un Padre.

Cinco consideraciones para que experimentemos el temor de un hijo

Pregunta. Pero ¿todavía tienes otras consideraciones para movernos a temer a Dios con el temor de un hijo?

Respuesta. Por el momento te daré cinco.

1. Considera que a Dios le parece bien que sea así, y es más sabio de corazón que tú. Él sabe mejor que nadie cómo preservar a Su pueblo del pecado, y para ello le ha dado leyes y mandamientos que debe leer, para que aprenda a temerle como a Padre (Job 37:24; Ec 3:14; Dt 17:18-19).

2. Considera que es majestuoso en poder; si no tocara solo con un toque paternal, ni el hombre ni los ángeles pudieran soportarlo. Sí, Cristo hace uso de ese argumento, Él «tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a este temed» (Lc 12:4-5).

experiencia de Bunyan, recogida en su obra Gracia Abundante; él no ignoraba las artimañas de Satanás.

3. Considera que Él está en todas partes; no puedes estar fuera de Su vista o presencia, ni fuera del alcance de Su mano. «¿A mí no me temeréis? dice Jehová». «¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que Yo no lo vea? ¿No lleno Yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?» (Jr 5:22; 23:24).

4. Considera que Él es santo y no puede mirar con agrado los pecados de Su propio pueblo. Por tanto, dice Pedro: «Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación».

5. Considera que Él es bueno y que ha sido bueno contigo, bueno porque te ha distinguido de los demás y te ha salvado de su muerte y del infierno, aunque tal vez eras peor en tu vida que aquellos a quienes pasó por alto cuando te tomó a ti. Oh, esto debe comprometer tu corazón a temer al Señor todos los días de tu vida. Ellos «temerán a Jehová y a Su bondad en el fin de los días» (Os 3:5). Hasta aquí he considerado ese temor, es decir, su forma de obrar en el principio, o sea, cuando pone en nosotros el temor de condenación. En lo adelante hablaré de:

4. La gracia del temor que el texto contempla más directamente

Hablaré ahora de este temor que yo llamo un temor piadoso duradero. En primer lugar como forma de explicación, y para esto mostraré, PRIMERO. Cómo lo describe la Escritura. SEGUNDO. Te mostraré de qué fluye este temor. Y luego, TERCERO. También te mostraré lo que fluye de él.

Cómo este temor se describe en la Escritura

PRIMERO. Para hablar del primero de estos, es decir, *cómo la Escritura describe este temor*, lo haremos: *Primero*, de forma más general. *Segundo*, de forma más particular.

Primero: De forma más general.

1. Se llama gracia, es decir, una obra dulce y bendita del Espíritu de gracia, tal como Dios la da a los elegidos. Por eso dice el apóstol: «Tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia» (He 12:28). Porque así como ese temor que trae esclavitud es obrado en el alma por el Espíritu como un espíritu de esclavitud, así este temor, que es un temor que tenemos mientras estamos en la libertad de hijos, es obrado por Él mientras nos manifiesta nuestra libertad; «donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad», es decir, donde Él está como un espíritu de adopción, liberando al alma de esa esclavitud bajo la cual estaba sujeta por el mismo Espíritu mientras Él obraba como un espíritu de esclavitud. Por eso, así como se le llama espíritu que obra la esclavitud del temor, así también, como Espíritu del Hijo y de adopción, se le llama «espíritu...de temor de Jehová» (Is 11:2). Porque es ese Espíritu de gracia el autor, motivador y sostenedor de nuestro temor filial, o de ese temor que es semejante al de un hijo, y que somete a los elegidos a Dios, a Su palabra y a Sus caminos; a Él, a Su palabra y a Sus caminos, como a un Padre.

2. Este temor se llama también temor de Dios, no como el que es impío, ni tampoco como el que puede ser obrado por el Espíritu como espíritu de servidumbre, sino por distinción, es decir, como dispensación de la gracia del evangelio y como fruto del amor eterno. «Pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí» (Jr 32:38-41).

3. Este temor de Dios es llamado el tesoro de Dios, porque es una de Sus joyas selectas, es una de las gemas del cielo: «El temor de Jehová será su tesoro» (Is 33:6). Y bien puede recibir tal título, porque como un tesoro, el temor del Señor no se encuentra en todos los rincones. Se dice que no todos los

hombres tienen fe, porque esta también es más preciosa que el oro; lo mismo se dice de este temor: «No hay temor de Dios delante de sus ojos»; es decir, la mayor parte de los hombres carecen por completo de esta joya piadosa, de este tesoro, el temor del Señor. Los pobres vagabundos, cuando llegan rezagados a la casa de un señor, pueden tal vez obtener algunas sobras y pedazos, también pueden obtener zapatos viejos y algunos harapos desechados, pero no obtienen ninguna de sus joyas, no pueden tocar su tesoro más selecto, el cual está reservado para los hijos y los que serán sus herederos. Lo mismo podemos decir de esta bendita gracia del temor, que aquí se llama el tesoro de Dios. Solo se concede a los elegidos, a los herederos y a los hijos de la promesa; todos los demás están privados de ella, y así continúan hasta la muerte y el juicio.

4. Esta gracia del temor es la que hace que los hombres sobresalgan y estén por encima de todos los hombres, según el juicio de Dios; es la que embellece a un hombre, y lo favorece sobre todos los demás. «Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1:8, 2:3). Míralo: «No hay otro como él en la tierra». Supongo que quiere decir o bien que Job era el hombre más perfecto y recto en aquellas partes, o bien que era el hombre que abundaba en el temor del Señor. Nadie como él para temer al Señor, solo sobresalía entre los demás en cuanto a su reverencia a Dios, inclinándose ante Él y cumpliendo sinceramente Su voluntad. Por eso se le considera el hombre perfecto. No es el conocimiento de la voluntad de Dios, sino nuestro sincero cumplimiento de la misma, lo que prueba que tememos al Señor, y depende de nosotros hacer lo que nos ponga la nota de sobresalientes. Es en esto que se muestra nuestra perfección, en esto se manifiesta nuestra rectitud. Un hombre perfecto y recto es aquel que teme a Dios, y eso porque evita el mal. Por lo tanto, esta gracia del temor es aquella sin la cual ningún servicio que hagamos a Dios puede ser aceptado por Él. Yo la llamaría la sal del pacto, que sazona el corazón y,

por lo tanto, no debe faltar en él. Es también lo que sala o sazona todas nuestras acciones y, por lo tanto, no debe faltar en ninguna de ellas (Lv 2:13).

5. Considero que esta gracia del temor es la que suaviza y ablanda el corazón, y la que lo hace temer tanto las misericordias como los juicios de Dios. Esto es lo que retiene en el corazón el temor y la reverencia debidos a la majestad celestial, que deben estar y mantenerse en el corazón de los pobres pecadores. Por eso cuando David describió este temor, en el ejercicio del mismo, lo llama temblor de Dios. «Temblad», dice, «y no pequéis»; y otra vez, «mi corazón tuvo temor de Tus palabras»; y otra vez, «Tema a Jehová toda la tierra»; ¿qué es eso? o ¿cómo es eso? ¿por qué? «Teman delante de Él todos los habitantes del mundo» (Sal 4:4, 119:161, 33:8). Esto es, pues, lo que, como he dicho antes, es tan excelente a los ojos de Dios, es decir, una gracia del Espíritu, el temor de Dios, Su tesoro, la sal del pacto, lo que hace que los hombres sobresalgan por encima de todos los demás; porque es lo que hace que el pecador tenga temor de Dios, lo cual es lo más hermoso en nosotros, en todas las épocas. Pero,

Segundo: De forma más particular.

1. Esta gracia es llamada «el principio de la sabiduría», porque cuando Dios, en Su gracia, se revela en un principio al alma, esta gracia es engendrada; y además, porque la primera vez que el alma comprende que Dios en Cristo es bueno para ella, se da vida a esta gracia, por la cual se obra en el alma un santo temor de Dios, que la hace con reverencia y debida atención escucharlo, y temblar ante Él (Pr 1:7). También, en virtud de este temor el alma busca aún más el bendito conocimiento de Dios. Esto es más evidente porque, donde falta este temor de Dios o donde el descubrimiento de Dios no va acompañado de él, el corazón permanece rebelde, obstinado y reacio a saber más, para poder cumplirlo; es más, por falta de él, tales pecadores dicen más bien, en cuanto a Dios: «Apártate de nosotros», y en cuanto al Todopoderoso: «No queremos el conocimiento de Tus caminos».

2. A este temor se le llama «el principio de la sabiduría», porque en ese momento, y no antes, el hombre comienza a ser verdaderamente sabio espiritualmente; ¿qué sabiduría hay donde no está el temor de Dios? (Job 28:28; Sal 111:10). Por eso se describe así a los necios: «Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová» (Pr 1:29). La Palabra de Dios es la fuente del conocimiento a la que un hombre no mirará con reverencia piadosa hasta que esté dotado del temor del Señor. Por eso, con razón se dice de este: «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza» (Pr 1:7). Es, pues, este temor del Señor el que hace al hombre sabio en lo que tiene que ver con su alma, la vida y el otro mundo. Es esto lo que le enseña cómo debe hacer para escapar de esas desgracias espirituales y eternas con las que el necio es alcanzado y consumido para siempre. No hay hombre más necio que el hombre carente de este temor de Dios, que no es sabio en los asuntos de su alma, por más sabio que sea o que sobresalga en otro sentido; porque, por falta del temor del Señor, confunde las mejores cosas y solo persigue con todo su corazón aquellas que lo dejarán en el cepo cuando muera.

3. Este temor del Señor es aborrecer el mal. Odiar el pecado y la vanidad. El pecado y la vanidad son los bocados dulces del necio, y lo que el apetito carnal de la carne persigue; y es solo la virtud que está en el temor del Señor lo que hace que el pecador tenga una antipatía contra ello (Job 20:12). «Con el temor de Jehová los hombres se apartan del mal» (Pr 16:6). Es decir, los hombres lo evitan, se separan de él y lo rechazan cuando aparece. Por lo tanto, es evidente que los que aman el mal no están poseídos por el temor de Dios.

Hay una generación que perseguirá el mal, que lo acogerá, lo alimentará, lo guardará en su corazón, lo esconderá, abogará por él y se regocijará en hacerlo. Estos no pueden tener en ellos el temor del Señor, porque este temor implica aborrecer el pecado y apartarse de él. Donde hay temor de Dios y pecado, el temor de Dios estará con el alma como sucedió con Israel cuando Omri y Tibni se esforzaron por reinar entre

el pueblo los dos al mismo tiempo, uno de ellos debe morir, no pueden vivir juntos (ver 1R 16). El pecado debe ser derrotado, porque el temor del Señor engendra en el alma un odio contra él, un aborrecimiento de él; por lo tanto, el pecado debe morir, es decir, en cuanto a sus afectos y concupiscencias, porque como Salomón dice en otra ocasión: «Sin leña se apaga el fuego». Así, podemos decir que donde hay un odio al pecado, y donde los hombres se apartan de él, allí pierde mucho de su poder, se debilita y decae.

Por eso Salomón vuelve a decir: «Teme a Jehová, y apártate del mal» (Pr 3:7). Como quien dice: Teme al Señor, y el resultado será que te apartarás del mal: apartarse del mal es una consecuencia natural, un efecto propio del temor del Señor cuando está presente. Por el temor del Señor los hombres se apartan del mal, es decir, en su discernimiento, voluntad, mente y afectos. No es que por el temor del Señor el pecado sea aniquilado o haya perdido su presencia en el alma; allí estarán todavía esos cananeos, pero el alma los odia, los aborrece, los abomina, combate contra ellos, ora y vigila sobre ellos y los mortifica (Ro 7).

4. A este temor se le llama manantial de vida: «El temor de Jehová es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte» (Pr 14:27). Es una fuente o manantial que suple de una forma tan continua al alma con una gran variedad de deliberaciones sobre el pecado, Dios, la muerte y la vida eterna, que la mantiene en continuo ejercicio de la virtud y en contemplación santa. Es una fuente de vida; cada operación suya, cada acto y ejercicio suyo tiene una tendencia verdadera y natural a la felicidad espiritual y eterna. Por eso el sabio dice en otro lugar: «El temor de Jehová es para vida, y con él vivirá lleno de reposo el hombre; no será visitado de mal» (Pr 19:23). Tiende a la vida, igual que en la naturaleza todo tiende a lo que es más natural a sí mismo: el fuego a arder, el agua a mojar, la piedra a caer, el sol a brillar y el pecado a contaminar. Así digo que el temor del Señor tiende a la vida; su naturaleza es poner el alma en temor de Dios, de acercarse a Cristo y de andar humildemente delante de Él. «Es manantial de vida para

apartarse de los lazos de la muerte». ¿Qué son los lazos de la muerte sino el pecado, las asechanzas del diablo, entre otros? De las cuales el temor de Dios tiene una tendencia natural a librarte y a mantenerte en el camino que tiende a la vida.

5. A este temor del Señor se le llama «enseñanza de sabiduría» (Pr 15:33). Ya has escuchado que es el principio de la sabiduría, pero aquí descubres que es llamado la enseñanza de la sabiduría; porque en verdad no es solo aquello que hace que un hombre comience a ser sabio, sino que mejore y aproveche todas las ayudas y medios para la vida que Dios ha proporcionado para ese fin; es decir, tanto para su propia salvación como para la de su prójimo. Es la enseñanza de la sabiduría; hará al hombre capaz de usar todas sus cualidades naturales, toda su sabiduría natural para la gloria de Dios y su propio bien. Aun el conocimiento de muchas cosas naturales puede proporcionarnos una gran ayuda en la comprensión de los asuntos espirituales: «Jehová con sabiduría fundó la tierra»; y no hay nada que Dios haya hecho, ni arriba en el cielo ni abajo en la tierra, que no contenga algún misterio espiritual.

Estos hombres no valoran más estas cosas de lo que valoran el suelo que pisan o las piedras bajo sus pies, y todo porque no tienen este temor del Señor. Porque si lo tuvieran, eso les enseñaría a pensar, incluso a partir de ese conocimiento de Dios que ha sido infundido en sus corazones por el temor a Él, que siendo tan grande y tan bueno, debe haber una abundancia de sabiduría en las cosas que ha creado. Ese temor también se esforzaría por descubrir cuál es esa sabiduría, y sí, impartiría instrucción al alma al respecto. El hecho de que se le llame la enseñanza de la sabiduría, nos da a entender que su tendencia es mantener todo balanceado y en buen orden en el alma. Cuando Job se dio cuenta de que sus amigos no le trataban con un espíritu balanceado y de manera ordenada, dijo que habían abandonado «el temor del Omnipotente» (Job 6:14). Pues este temor mantiene al hombre balanceado en sus palabras y en su juicio de las cosas. Puede compararse con el lastre del barco y con el equilibrio de la balanza; mantiene todo balanceado, y

también nos hace dirigir correctamente nuestro curso con respecto a las cosas que pertenecen a Dios y al hombre.

De qué brota este temor de Dios.

SEGUNDO. Paso ahora a lo segundo, es decir, a mostrarles de qué se deriva este temor de Dios.

Primero. Este temor, esta gracia del temor, este temor de Dios que es como el de un hijo, fluye del amor distintivo de Dios hacia Sus elegidos. «Yo seré a ellos por Dios», dice Él, «y les daré un corazón, y un camino, para que me teman». Ningún otro lo obtiene sino aquellos que están rodeados y atados en ese manojo. Por lo tanto, en el mismo lugar, se dice que ellos son los que están cubiertos por el pacto eterno o sempiterno de Dios y, por lo tanto, designados para ser el pueblo que debe ser bendecido con este temor. «Haré con ellos pacto eterno», dice Dios, «que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí» (Jr 32:38-40). Este pacto declara a los hombres que Dios tiene, en Su corazón, un amor especial por algunos de los hijos de los hombres; porque dice que será su Dios, que no los abandonará ni permitirá que se aparten, es decir, de manera definitiva, de Él. En los corazones de estos hombres pone Su temor, esta bendita gracia y esta singular y eficaz señal de Su amor y de su salvación eterna.

Segundo. Este temor fluye de un corazón nuevo. Este temor no está en los hombres por naturaleza; pueden tener temor de los demonios, como también un temor impío de Dios; pero este temor solo se encuentra donde mora un corazón nuevo, otro fruto y consecuencia de este pacto eterno y de este amor distintivo de Dios. El mismo profeta dice en otro lugar: «Y les daré un corazón...para que me teman», un corazón circuncidado, un corazón santificado (Jr 32:39; Ez 11:19, 36:26). Así que, hasta que un hombre reciba un corazón de Dios, un corazón del cielo, un corazón nuevo, no tiene este temor de Dios en él. El vino nuevo no debe echarse en odres viejos, no sea que lo uno, es decir, los odres, estropeen el vino o el vino, los odres; sino que el vino nuevo debe echarse en

odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente (Mt 9:17). Este temor de Dios no debe estar, no puede encontrarse en corazones viejos; los corazones viejos no son botellas de las que sale este temor de Dios, sino que es de un corazón honesto y bueno, de uno nuevo, el cual es también un resultado del pacto eterno, y del amor de Dios a los hombres.

«Les daré un corazón» para que me teman; en todas las acciones debe haber corazón, y sin corazón ninguna acción es buena, ni puede haber fe, amor o temor en cualquier clase de corazón. Estos deben fluir de uno cuya naturaleza es producir y dar tal fruto. No se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. Así, de un corazón corrompido no puede proceder el fruto del temor de Dios, que lleva a creer en Dios y amarle (Lc 6:43-45). El corazón, por naturaleza, es engañoso más que todas las cosas y perverso; ¿cómo, pues, podría brotar de alguien así el temor de Dios? No puede ser. Por lo tanto, el que no ha recibido de manos de Dios un corazón nuevo, no puede temer al Señor.

Tercero. Este temor de Dios fluye de una impresión, una impresión profunda, que la Palabra de Dios hace en nuestras almas; porque sin una impresión de la Palabra, no hay temor de Dios. Por eso se dice que Dios dio a Israel buenas leyes, estatutos y juicios, para que los aprendieran y, al aprenderlos, aprendieran a temer al Señor su Dios. Por eso dice Dios en otro lugar: «Harás congregar al pueblo, varones y mujeres y niños, y tus extranjeros que estuvieren en tus ciudades, para que oigan y aprendan, y teman a Jehová vuestro Dios» (Dt 6:1-2, 31:12). Porque como el hombre bebe la buena doctrina en su alma, así teme a Dios. Si la bebe mucho, lo teme mucho; si la bebe poco, lo teme poco; si no la bebe nada, no lo teme nada. Esto, por lo tanto, nos enseña cómo evaluar quién teme al Señor: son aquellos que aprenden y que reverencian la Palabra. Aquellos que tienen la forma misma de la Palabra de

Dios grabada en la faz de sus almas, esos temen a Dios. (Ro 6:17).¹⁵

Pero, por el contrario, aquellos que no aman la buena doctrina, que no dan lugar a que las sanas verdades del Dios del cielo reveladas en Su Palabra, tengan lugar en sus almas, sino que más bien la desprecian, y a los verdaderos poseedores de ella, esos no temen a Dios. Porque, como he dicho antes, este temor de Dios fluye de una impresión profunda que la Palabra de Dios hace en el alma; y por lo tanto,

Cuarto. Este temor piadoso fluye de la fe; porque donde la Palabra causa una impresión sólida en el alma, por esa impresión se engendra la fe, de donde también fluye este temor. Por eso, al oír correctamente la Palabra se le llama «el oír con fe» (Ga 3:2). Por eso se dice también: «Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe» (Heb 11:7). La Palabra, la advertencia que recibió de Dios de cosas que aún no se veían, produjo, por la fe en ella, ese temor de Dios en su corazón que le hizo prepararse contra peligros invisibles, y para ser heredero de una felicidad invisible. Por lo tanto, donde no hay fe en la Palabra de Dios, no puede haber este temor, y donde la Palabra no causa una impresión sólida en el alma, no puede haber esta fe. De modo que así como los vicios andan juntos y tienen los eslabones de una cadena, dependiendo unos de otros, así también las gracias del Espíritu son frutos unos de otros, y tienen tal dependencia unos de otros, que los unos no pueden estar sin los otros. Sin fe, no hay temor de Dios; fe del diablo, temor del diablo; fe del santo, temor del santo.

Quinto. Este temor piadoso también fluye de un verdadero arrepentimiento por y del pecado; la tristeza piadosa produce

¹⁵ Cuán pocos alcanzan este bendito estado. Deleitarse tanto en la Palabra, hacer de ella nuestro estudio diario y el objeto de nuestras meditaciones nocturnas, como para tener «su misma forma grabada en la faz de nuestras almas». Dichoso el hombre que se encuentra en tal caso. Oh alma mía, ¿por qué no es tu caso?

arrepentimiento y el arrepentimiento piadoso produce este temor: «Porque he aquí», dice Pablo, «esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor» (2 Co 7:10-11). El arrepentimiento es el resultado de la tristeza, la tristeza es el resultado del discernimiento y el discernimiento, el resultado de la fe. Ahora, por lo tanto, el temor necesariamente debe fluir y ser el resultado del arrepentimiento. Pecador, no te engañes a ti mismo; si eres ajeno al arrepentimiento sensato que se manifiesta en dolor y vergüenza ante Dios por el pecado, así como en apartarse de él, no tienes temor de Dios; quiero decir, nada de este temor piadoso, porque este es el fruto del verdadero arrepentimiento y fluye de él.

Sexto. Este temor piadoso fluye también de un sentido del amor y la bondad de Dios para con el alma. Donde no hay un sentido de esperanza de la bondad y la misericordia de Dios por medio de Jesucristo, no puede haber este temor, sino más bien ira y desesperación, lo cual produce ese temor que es diabólico, o bien el que solo obra en nosotros el Espíritu como espíritu de esclavitud. Pero ahora no estamos hablando de esto; por lo tanto, el temor piadoso del que ahora hablo, fluye de algún sentido o esperanza de la misericordia de Dios por medio de Jesucristo. David dice: «Señor, si tú tuvieras en cuenta las iniquidades, ¿quién, oh Señor, podría permanecer? Pero en ti hay perdón, para que seas temido» (Sal 130:3-4 LBLA). «En Ti hay perdón»; esto el alma lo siente y lo espera, y por eso teme a Dios. En efecto, no hay nada que obligue más al corazón a temer a Dios que el sentido de la misericordia o la esperanza en ella (Jr 33:8-9). Esto engendra la verdadera ternura de corazón, la verdadera dulzura piadosa de espíritu; esto verdaderamente compromete los afectos hacia Dios, y en esta verdadera ternura, dulzura y compromiso de afecto hacia Dios, está la esencia misma de este temor del Señor, como se manifiesta por el fruto de este temor, del cual hablaremos más adelante.

Séptimo. Este temor de Dios fluye de una debida consideración de los juicios de Dios que han de ejecutarse en el mundo; sí, también sobre los profesantes. De hecho, el mismo pueblo de Dios, quiero decir en cuanto a sí mismo, reflexiona de tal manera en sus juicios hacia él, que esto produce este temor piadoso. Cuando los juicios de Dios están en la tierra, producen el temor de Su nombre en los corazones de Su propio pueblo: «Mi carne se estremece por temor a ti, y de Tus juicios tengo miedo», dijo David (Sal 119:120). Cuando Dios hirió a Uza, David tuvo miedo de Dios aquel día (1Cr 13:12). En verdad, muchos no miran las obras del Señor, ni se fijan en la operación de Sus manos, y los tales no pueden temer al Señor. Pero otros observan y miran, y consideran sabiamente Sus hechos y los juicios que ejecuta, y eso los hace temer al Señor. Esto es lo que Dios mismo sugiere como medio para que le temamos. Por eso manda apedrear al falso profeta: «Para que todo Israel oiga, y tema». Por eso también mandó apedrear al hijo rebelde: «Todo Israel oirá, y temerá». El mismo juicio de Dios debía ejecutarse sobre un testigo falso: «Y los que quedaren oirán y temerán». También el hombre que obrara presuntuosamente debía morir: «Todo el pueblo oirá, y temerá» (Dt 13:11; 21:21; 17:13; 19:20). Hay una tendencia natural en los juicios, como juicios, a engendrar un temor de Dios en el corazón del hombre, como hombre. Pero, cuando el que observa el juicio de Dios es aquel que tiene un principio de verdadera gracia en su alma, esa observación que viene de la gracia verdadera en el alma, produce un temor de Dios en el alma de la misma naturaleza que la gracia, es decir, un temor de Dios que sea producto de la gracia o piadoso.

Octavo. Este temor piadoso también fluye de un recuerdo piadoso de nuestras aflicciones pasadas, cuando estábamos angustiados con nuestros primeros temores. Porque, aunque nuestros primeros temores fueron engendrados en nosotros por la obra del Espíritu como un espíritu de esclavitud y, por lo tanto, no siempre deben ser considerados como tales; sin embargo, incluso ese temor deja en nuestros espíritus ese sentido y sabor de nuestros temores y nuestro despertar

inicial, como también ocasiona y produce este temor piadoso. «Guárdate», dice Dios, «y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos». Pero ¿cuáles eran las cosas que sus ojos habían visto, que tanto los condenarían si las olvidaban? La respuesta es las cosas que vieron en Horeb; es decir, el fuego, el humo, las tinieblas, el terremoto y su despertar inicial por medio de la ley, por la cual fueron llevados a un temor de esclavitud. Sí, debían recordarlo de manera especial: «El día que estuviste delante de Jehová tu Dios en Horeb, cuando Jehová me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra» (Dt 4:9-11). El recuerdo de lo que vimos, sentimos, temimos y por lo que temblamos cuando nuestros primeros temores estaban sobre nosotros, es lo que producirá en nuestros corazones este temor filial piadoso.

Noveno. Este temor piadoso fluye de haber recibido una respuesta a la oración, cuando suplicamos misericordia de la mano de Dios. Mira la prueba de esto: «Si en la tierra hubiere hambre, pestilencia, tizoncillo, añublo, langosta o pulgón; si sus enemigos los sitiaren en la tierra en donde habiten; cualquier plaga o enfermedad que sea; toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo Tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga en su corazón, y extendiere sus manos a esta casa, Tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón Tú conoces (porque solo Tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres); para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que Tú diste a nuestros padres» (1R 8:37-40).

Décimo. Esta gracia del temor fluye también de una bendita convicción de que Dios todo lo ve; es decir, de la creencia de que Él ciertamente conoce el corazón y ve cada uno de sus movimientos. Esto se da a entender en el texto antes mencionado: «Cuyo corazón tú conoces (porque solo tú

conoces el corazón de todos los hijos de los hombres); para que te teman», es decir, todos aquellos que están o estarán convencidos de esto. De hecho, sin esta convicción, este temor piadoso no puede estar en nosotros; la falta de esta convicción hizo que los fariseos fueran tan hipócritas: «Vosotros sois», dijo Cristo, «los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones» (Lc 16:15). Me refiero a que los fariseos no se daban cuenta de esto; por eso se favorecían tanto a sí mismos antes que a los que eran mucho mejores que ellos, y es por falta de esta convicción que los hombres siguen en tales pecados secretos, sin temer ni a Dios ni a Sus juicios.¹⁶

Undécimo. Esta gracia del temor fluye también del sentido del juicio imparcial de Dios sobre los hombres según sus obras. Esto también se manifiesta en el texto mencionado anteriormente. Y da a cada uno según sus obras o caminos, «para que te teman». Esto también lo vemos en el texto de Pedro: «Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación» (1P 1:17). El que tiene la convicción piadosa de este temor de Dios, temerá delante de Él; por este temor sus corazones están firmes y las obras conducidas con temblor, conforme a la voluntad de Dios. Así ves qué gracia tan poderosa y grande es esta gracia del santo temor de Dios, y cómo todas las gracias del Espíritu Santo se ayudan mutuamente y se fortalecen para alimentarla y darle vida. Y también cómo fluye de todas ellas, y depende de cada una para obrar debidamente en el corazón del que la tiene. Hasta aquí hemos visto de dónde fluye. Y ahora, en tercer lugar, te mostraré:

¹⁶ El temor filial de Dios es más frecuente cuando el corazón está impresionado con un vivo sentido del amor de Dios manifestado en Cristo. Así como un niño obediente y diligente teme ofender a un padre afectuoso, o como una persona de corazón agradecido tendría sumo cuidado de no afligir a un amigo bondadoso y generoso, que continuamente lo colma de favores y promueve su verdadera felicidad; así, y mucho más, el alma bondadosa temerá desagradar al Señor, su generoso e incansable benefactor, que lo está coronando con amorosa bondad y tiernas misericordias.

Lo que fluye de este temor piadoso.

TERCERO. Habiendo mostrado de dónde fluye el temor piadoso, ahora pasaré a *mostrarte lo que procede o fluye de este temor piadoso de Dios*, cuando está asentado en el corazón del hombre. Y,

Primero. De este temor piadoso fluye una reverencia piadosa a Dios. Dice David: «Dios temible en la gran congregación de los santos». Dios, como ya les he mostrado, es el objeto apropiado del temor piadoso; este temor siempre hace que¹⁷ los ojos del alma se posen sobre Su persona y majestad. «He aquí» dice David, «como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros» (Sal 123:2). Nada despierta tanto al alma que teme a Dios como la gloriosa majestad de Dios. Su persona es temida por ellos sobre todas las cosas; «yo temo a Dios», dijo José (Gn 42:18). Es decir, le temo más que a ningún otro; Él es mi temor, Él es mi miedo, hago todas mis acciones como delante de Su presencia, como delante de Su vista; reverencio Su santa y gloriosa majestad, haciendo todas las cosas como con temor y temblor ante Él. Este temor les hace tener también una reverencia muy grande a Su Palabra; porque también esta, como dije antes, es la que regula su temor.

«Príncipes», dijo David, «me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de Tus palabras», en temor «de Tus palabras». De esta gracia del temor, por lo tanto, fluye la reverencia de las palabras de Dios; de todas las leyes, que el hombre tema la palabra, y ninguna ley que no esté de acuerdo con ella (Sal 119:161). De este temor piadoso fluye la sensibilidad por la gloria de Dios. Este temor hará que el hombre aflija su alma cuando vea que los profesantes deshonran el nombre de Dios y Su Palabra. Dijo Jeremías:

¹⁷ No es cosa nueva que los que ocupan posiciones en el gobierno busquen su propio bien más que el bien común; es más, y que se beneficien de la pérdida pública.-Henry.

«¿Quién no te temerá, oh Rey de las naciones? Porque a ti es debido». Lo dice como si estuviera afectado por esa deshonra que el pueblo de los judíos infligía continuamente a Su nombre, a Su Palabra y a Sus caminos; lo dice también como si deseara de todo corazón que alguna vez pensarán de otra manera. Lo mismo dice Juan en el Apocalipsis: «¿Quién no te temerá, oh, Señor, y glorificará tu nombre?» (Ap 15:4); concluyendo claramente que el temor piadoso produce una sensibilidad piadosa por la gloria de Dios en el mundo, porque eso le pertenece a Él; es decir, se le debe a Él, es una deuda que tenemos con Él. «Dad a Jehová», dijo David, «la gloria debida a su nombre». Ahora bien, si por esta gracia del temor se engendra en el corazón de los piadosos una sensibilidad piadosa por la gloria de Dios, entonces se deduce que el resultado será que los que tienen este temor de Dios cuando ven Su gloria denigrada por la maldad de los hijos de los hombres, allí se afligen y se angustian profundamente. «Ríos de agua», dijo David, «descendieron de mis ojos, porque no guardaban Tu ley» (Sal 119:136). Permíteme darte los siguientes ejemplos:

Cómo se sintió provocado David cuando Goliat desafió al Dios de Israel (1S 17:23-29,45,46). También, cuando otros reprocharon a Dios, él nos dice que esa afrenta fue incluso como «quien hiere mis huesos» (Sal 42:10). Cómo se afligió Ezequías cuando el Rabsaces injuriaba a su Dios (Is 37). David también, por el amor que tenía a la gloria de la Palabra de Dios, corrió el riesgo y el oprobio «de muchos pueblos» (Sal 119:151, 89:50). Cuán sensibles a la gloria de Dios fueron Elí, Daniel y los tres jóvenes en su día. Elí murió de miedo y temblor de corazón cuando hicieron «mención del arca de Dios» (1S 4:14-18). Daniel se expuso al peligro de la boca de los leones, por el amor sensible que tenía a la Palabra y a la adoración de Dios (Dn 6:10-16). Los tres jóvenes enfrentaron el peligro de un horno de fuego ardiente en lugar de atreverse a deshonrar el camino de su Dios (Dn 3:13,16,20). Por lo tanto, este es uno de los frutos de este temor piadoso, es decir, un respeto por Su nombre y una sensibilidad por Su gloria.

Segundo. De este temor piadoso fluye la vigilancia. Como se dice de los siervos de Salomón: «Sesenta valientes la rodean...por los temores de la noche», así puede decirse de los que tienen este temor piadoso: los hace personas vigilantes. Les hace vigilar sus corazones, y cuidarse de guardarlos con toda diligencia, no sea que, por una u otra de sus salidas, los induzca a hacer lo que en sí mismo es perverso (Pr 4:23; He 12:15). Les hace velar, no sea que alguna tentación del infierno entre en su corazón para destruirlos (1P 5:8). Les hace vigilar sus bocas y guardarlas también, a veces, como con freno y brida, para que no ofendan con su lengua, porque saben que la lengua es capaz, por ser un miembro maligno, de encender pronto el fuego del infierno, a fin de contaminar todo el cuerpo (Stg 3:2-7). Les hace vigilar sus caminos, mirar bien sus salidas y hacer sendas derechas para sus pies (Sal 39:1; He 12:13). Así, este temor piadoso pone al alma en vela, no sea que de dentro del corazón, del diablo, del mundo o de alguna otra tentación, surja algo que sorprenda y alcance al hijo de Dios para contaminarlo, o para hacerle deshonorar los caminos de Dios, y así ofender a los santos, abrir la boca de los hombres y hacer que el enemigo hable con reproche de la religión.

Tercero. De este temor fluye un estímulo santo para una conversación piadosa con los santos en sus asambleas religiosas y piadosas, para su mayor progreso en la fe y en el camino de la santidad. «Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero». Hablaban, es decir, de Dios y de Su Santo y glorioso nombre, reino y obras, para su mutua edificación. «Fue escrito libro de memoria delante de Él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en Su nombre» (Mal 3:16). El temor del Señor en el corazón promueve esto en todas sus acciones, no solo por necesidad, sino por naturaleza; este es el resultado natural de este temor piadoso, ejercitar a la iglesia en la contemplación de Dios, juntos y en privado. Todo temor, bueno y malo, tiene una propensión natural a inclinar el corazón a contemplar el objeto del temor. Aunque un hombre se esforzara por apartar sus pensamientos del objeto de su temor, ya sean los hombres,

el infierno, los demonios, y aunque hiciera todo lo que está en su poder cuando el temor actuara sobre él, volvería de nuevo al objeto de su temor. Lo mismo sucede con el temor piadoso, que hace que un hombre hable del nombre de Dios y piense en él con reverencia (Sal 89:7); sí, y que se ejercite en pensamientos santos de Él, de tal manera que su alma se santifique y se avive con tales meditaciones. De hecho, los pensamientos santos de Dios con los cuales este temor ejercita el corazón, preparan el corazón para Dios. Por lo tanto, David oró por este temor para el pueblo, cuando dijo: «Jehová, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel nuestros padres, conserva perpetuamente esta voluntad del corazón de Tu pueblo, y encamina su corazón a Ti» (1 Cr. 29:18).

Cuarto. De este temor de Dios fluye una gran reverencia a Su majestad, en y bajo el uso y disfrute de las santas ordenanzas de Dios. Sus ordenanzas son Sus atrios y palacios, Sus caminos y lugares, donde Él envía Su presencia a los que esperan en Él por medio de ellos, en el temor de Su nombre. Y este es el significado de las palabras del apóstol: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hch 9:31). «Andando»: esta palabra se refiere al uso que hacían de las ordenanzas de Dios. Andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. Esto, en el lenguaje del Antiguo Testamento, se llama caminar en los atrios de Dios y andar por Sus sendas. Dice el texto que esto hicieron aquí, en el temor de Dios. Es decir, con gran reverencia ante el Dios de quien eran esas ordenanzas. «Mis días de reposo guardaréis, y Mi santuario tendréis en reverencia» (Lv 19:30, 26:2).

Una cosa es ser conocedor de las ordenanzas de Dios, y otra, ser conocedor de ellas con la debida reverencia a la majestad y al nombre del Dios a quien pertenecen esas ordenanzas: es común que los hombres hagan lo primero, pero ninguno puede hacer lo último sin este temor. «En Tu temor», dijo David, «adoraré» (Sal 5:7). Por lo tanto, es este temor de Dios de donde fluye esa gran reverencia a Su majestad que tienen

Sus santos, en y bajo el uso y disfrute de las santas ordenanzas de Dios. Y, como consecuencia, esto hace que nuestro servicio en el desempeño de ellas sea aceptable a Dios por medio de Cristo (He 12). Porque Dios espera que le sirvamos con temor y temblor, y es detestable entre los hombres cuando alguien está en la presencia de su príncipe para servirle y se comporta con ligereza y sin la debida reverencia a aquella majestad en cuya presencia y a cuyo servicio está. Y si es así, ¿cómo puede su servicio a Dios, si no lo hace en el temor de Él, recibir algo parecido a la aceptación de parte de Dios? Este servicio debe ser necesariamente una abominación para Él, y los servidores deben ser reprendidos.

Quinto. De este temor piadoso de Dios fluye la autonegación. Esto es, una santa abstención de aquellas cosas que son ilícitas o insensatas. De acuerdo con Nehemías, «los primeros gobernadores que fueron antes de mí abrumaron al pueblo, y tomaron de ellos por el pan y por el vino más de cuarenta siclos de plata, y aun sus criados se enseñoreaban del pueblo; pero yo no hice así, a causa del temor de Dios» (Neh 5:15)¹⁷.

Aquí hubo autonegación; él no quiso hacer lo que hicieron los que le precedieron, ni él mismo, ni debieron hacerlo sus siervos; pero ¿qué fue lo que le llevó a estos actos de autonegación? La respuesta es: el temor de Dios: «Pero yo no hice así, a causa del temor de Dios».

Ahora, si por el temor de Dios en este lugar se entiende su Palabra o la gracia del temor en su corazón, puede ser tal vez un cargo de conciencia para algunos, pero en mi opinión el texto debe referirse a la segunda, es decir, a la gracia del temor, porque si esta no se encuentra en el corazón, la palabra no producirá esa buena autonegación en nosotros, en la cual vemos que este buen hombre se ejercita diariamente. Por lo tanto, el temor de Dios, esta gracia del temor en su corazón, fue la causa de su autonegación. Esto le hizo ser, como dije antes, sensible al honor de Dios y a la salvación de su prójimo. Sí, tan sensible, que antes que dar una ocasión al débil para tropezar o ser ofendido, él incluso se negaría a sí mismo lo que

otros nunca se negaron. Pablo también, mediante las operaciones santificadoras de este temor de Dios en su corazón, se negó a sí mismo incluso de cosas lícitas por el beneficio y el bien de su hermano: «Si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano»; es decir, si el hecho de comerla hiciera que su hermano tropezara (1Co 8:13).

Los hombres que no tienen este temor de Dios en ellos, no quieren, no pueden negarse a sí mismos, en cuanto al amor a Dios y el bien de los débiles, que están sujetos a tropezar en cosas secundarias; pero, donde está esta gracia del temor, el resultado es la autonegación. Donde está presente, los hombres son sensibles para no causar tropiezo, y consideran que va más acorde a su profesión ser de una conducta y temperamento abnegado y condescendiente, que mantenerse firmemente en su propia libertad en cosas que no son convenientes, sin importar quien sea ofendido por ello. Por lo tanto, esta gracia del temor es algo muy excelente, porque produce un fruto tan excelente como este. Porque esta autonegación, por poco valor que tenga para algunos, pero si llegara a faltar, si las palabras de Cristo son verdaderas, como lo son, esto quita del todo incluso el nombre de discípulo a un profesante. (Mt 10:37,38; Lc 14:26,27,33). Ellos, dice Nehemías, se enseñorearon de los hermanos, pero yo no lo hice. Tomaron de ellos pan y vino, y cuarenta siclos de plata, pero yo no lo hice; sí, aun sus siervos se enseñorearon del pueblo, «pero yo no hice así, a causa del temor de Dios».

Sexto. De este temor piadoso de Dios fluye el «corazón sincero» (Col 3:22). Sencillez de corazón, tanto para con Dios como para con los hombres; sencillez de corazón, eso que en otro lugar se llama sinceridad y sencillez piadosa. Esto es cuando un hombre hace algo simplemente por amor a Él o a la ley que lo ordena, sin considerar un interés personal¹⁸ o ese deseo de alabanza o de vanagloria por parte de otros. Quiero

¹⁸ ¿Cómo nos recuerda esto al personaje de Interés-privado en "El Progreso del Peregrino"?

decir, cuando obedecemos a Dios simple o solamente por amor a Dios, por amor a Su Palabra, sin considerar este o aquel beneficio personal o reserva, «no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios». No hay nada a lo que el hombre sea más susceptible que a desviarse de la sinceridad de corazón en su servicio a Dios y en la obediencia a Su voluntad. De qué manera acusó el Señor a los hijos de Israel en su obediencia, y esto por setenta años, de falta de sinceridad de corazón para con Él: «Cuando ayunasteis y llorasteis en el quinto y en el séptimo mes estos setenta años, ¿habéis ayunado para mí? Y cuando coméis y bebéis, ¿no coméis y bebéis para vosotros mismos?» (Zac 7:5-6).

Les faltaba esta sinceridad de corazón cuando ayunaban y cuando comían, cuando lloraban y cuando bebían; tenían corazones divididos en lo que hacían. No hacían como manda el apóstol: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios». Y no hacían esto porque que les faltaba este temor de Dios, porque el resultado de este, como dice el apóstol aquí, es la sinceridad de corazón para con Dios, y hace que un hombre sea como Gayo, a quien Juan le dijo: «fielmente te conduces» (3 Jn 5). Y la razón es que esa gracia del temor de Dios retiene y mantiene en el corazón un sentido reverente e imponente de la terrible majestad y de la omnipresencia de Dios. También, una debida consideración del día de rendir cuentas ante Él; asimismo, hace que Su servicio sea dulce y agradable, y fortalece el alma contra todos los desalientos. Por este medio, el alma, en su servicio a Dios o al hombre, no es seducida tan pronto como donde no hay este temor, sino que a través y por medio de él su servicio es aceptado, puesto que es sincero, sencillo y fiel; cuando otros, con lo que hacen, son arrojados al infierno por su hipocresía, es porque no mezclan lo que hacen con temor piadoso. La sinceridad de corazón en el servicio de Dios es de una necesidad absoluta, tanto que sin ella, como he insinuado, nada puede ser aceptado; porque donde falta eso, falta el amor a Dios y a lo que es en realidad la verdadera santidad. Fue esta

sinceridad de corazón lo que hizo a Natanael tan honorable a los ojos de Jesucristo. «He aquí», dijo, «un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Jn 1:47). Y fue la falta de esta sinceridad de corazón lo que le hizo aborrecer tanto a los fariseos. Les faltaba sinceridad, sencillez y sinceridad piadosa en sus almas y, por eso, llegaron a ser aborrecibles a Sus ojos. Ahora bien, digo que esta gracia excelente, la sinceridad de corazón, fluye de este temor piadoso a Dios.

Séptimo. De este temor piadoso de Dios fluye una profunda compasión hacia aquellos de los santos que están en necesidad y angustia. Esto se evidenció en el buen Abdías, quien: «tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua», en los días en que Jezabel, aquella tirana, buscaba sus vidas para destruirlos» (1R 18:3-4). Pero ¿qué fue lo que conmovió de tal manera su corazón, que le hizo hacer esto? Pues fue esta bendita gracia del temor de Dios. «Abdías», dice el texto, «era en gran manera temeroso de Jehová. Porque cuando Jezabel destruía a los profetas de Jehová, Abdías tomó a cien profetas y los escondió de cincuenta en cincuenta en cuevas, y los sustentó con pan y agua». Esto era bondad para con los afligidos, incluso para con los afligidos por causa del Señor.

Si Abdías no hubiera servido al Señor, sí, si no le hubiera temido grandemente, no habría podido hacer esto, especialmente en la situación en que se hallaban él y la iglesia en aquel tiempo, pues entonces Jezabel procuraba matar a todos los que temían al Señor. Sí, y la persecución prevalecía tanto en aquel tiempo, que hasta el mismo Elías pensó que ella había matado a todos menos a él. Pero, aun en medio de esa situación, el temor de Dios en el corazón de este buen hombre se puso de manifiesto en acciones de misericordia, aunque estuvieran acompañadas de un peligro tan inminente. Observa aquí, por lo tanto, que el temor de Dios se manifestará en el corazón donde Dios lo ha puesto, aun para mostrar bondad y tener compasión de los siervos de Dios angustiados, aun bajo las narices de Jezabel; porque Abdías vivía en la casa de Acab y Jezabel era la esposa de Acab, y una horrible perseguidora,

como ya hemos dicho antes. Sin embargo, Abdías iba a mostrar misericordia a los pobres porque temía a Dios; sí, iba a arriesgar el desagrado de ella, su posición, su vida y todo, pero sería misericordioso con sus hermanos en apuros. Cornelio, también, siendo un hombre poseído por este temor de Dios, llegó a ser un hombre de corazón muy generoso y que daba liberalmente a los pobres: «Piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo». En verdad, este temor, este temor piadoso de Dios, es una gracia universal; estimulará al alma a todas las buenas obras. Es una gracia fructífera, que cuando está presente, de ella fluyen abundancia de virtudes excelentes, y sin ella no puede hacerse nada bueno o bien hecho. Pero,

Octavo. De este temor de Dios brota la oración sincera, ferviente y constante. Esto también se ve en Cornelio, aquel hombre devoto. Temía a Dios, y ¿entonces qué? Pues hacía muchas limosnas al pueblo, «y oraba a Dios siempre» (Hch 10:1-2).

¿He dicho que la oración sincera, ferviente y constante fluía de este temor de Dios? Añadiré que si todo el deber y la perseverancia en el mismo, no se maneja con este temor de Dios, no aprovecha para nada. Se dice de nuestro Señor Jesucristo mismo: «Fue oído a causa de Su temor reverente». Oró, pues, porque temía, porque temía a Dios, y por eso le fue aceptada Su oración, aun porque temía: «Fue oído a causa de Su temor reverente» (Heb 5:7). Este temor piadoso es muy esencial para la oración correcta, y la oración correcta es un efecto y fruto tan inseparable de este temor, que debes tener ambos o ninguno. El que no ora no teme a Dios, sí, el que no ora ferviente y frecuentemente no le teme; y así el que no le teme no puede orar, porque, si la oración es el resultado de este temor de Dios, entonces sin este temor, la oración, la oración ferviente, deja de existir. ¿Cómo pueden orar o hacer conciencia del deber los que no temen a Dios? ¡Oh, hombre que no oras, no temes a Dios! Si temieras al señor no vivirías en el mundo como un cerdo o un perro.

Noveno. De este temor de Dios fluye una disposición o voluntad de entregar nuestros mejores placeres a Su disposición, según Su llamado. Esto es evidente en Abraham, quien respondiendo al llamado de Dios, sin demora se levantó temprano en la mañana para ofrecer a su único y muy amado Isaac como holocausto en el lugar donde Dios lo designara. Fue algo excepcional lo que hizo Abraham; y si no hubiera tenido esta gracia excepcional, este temor de Dios, no hubiera hecho, no hubiera podido hacer una cosa tan maravillosa para el agrado de Dios. Es verdad que el Espíritu Santo también hace que este servicio de Abraham sea el fruto de su fe: «Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito» (Heb 11; Stg 2). Sí, y sin lugar a dudas, el amor a Dios no faltó en Abraham en este servicio suyo, ni tampoco faltó esta gracia del temor; de hecho, en la historia donde está registrado, podemos verlo. Allí es principalmente considerado como el fruto de su temor piadoso, y eso por un ángel del cielo: «Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único» (Gn 22:11-12). Ahora lo sé; ahora, ahora has ofrecido a tu único Isaac, tu todo, a la orden de tu Dios. Ahora lo sé. El temor de Dios no se discierne actualmente en el corazón y la vida de un hombre. Mucho antes de esto Abraham había cumplido muchos deberes santos y había mostrado mucha disposición de corazón para observar y cumplir la voluntad de Dios; sin embargo, de lo que recuerdo, hasta ahora no había tenido este testimonio del cielo de que temía a Dios; pero ahora lo tiene, ahora lo tiene del cielo. «Ya conozco que temes a Dios». Se pueden cumplir muchos deberes, aunque no digo que fuera el caso de Abraham, sin temor de Dios; pero cuando un hombre no se opone a Dios, ni le niega su amado cuando Dios lo llama para que se lo ofrezca, eso declara, sí, y convence a los ángeles de que ahora teme a Dios.

Décimo. De este temor piadoso fluye la humildad de la mente. Esto es evidente, porque cuando el apóstol advierte a los romanos contra el veneno del orgullo espiritual, los dirige al ejercicio de esta bendita gracia del temor como su antídoto. «No te ensoberbezcas», dice, «sino teme» (Ro 11:20). El orgullo, el orgullo espiritual, que aquí se expresa con la palabra «soberbia», es un pecado de naturaleza muy elevada y condenable; fue el pecado de los ángeles caídos, y es lo que hace que los hombres caigan en la misma condenación: «No sea que envaneciéndose caiga en la condenación del diablo». El orgullo condena a un profesante con la condenación de los demonios, con la condenación del infierno y, por lo tanto, es un pecado mortal. Ahora bien, contra este pecado mortal se opone la gracia de la humildad; esa vestidura elegante, pues así la llama el apóstol, diciendo: «revestíos de humildad». Pero, la pregunta ahora es ¿cómo debemos alcanzar y vivir en el ejercicio de esta bendita y hermosa gracia? A esto el apóstol responde: Teme; teme con temor piadoso, y de ahí fluirá la humildad: «No te ensoberbezcas, sino teme».

Es decir, teme o está continuamente temeroso y vigilante de ti mismo, y de tu propio corazón malvado; teme también que en algún momento u otro el diablo, tu adversario, te saque ventaja. Teme, no sea que olvidando lo que eres por naturaleza, olvides también la necesidad que tienes del perdón, la ayuda y la provisión continuos del Espíritu de gracia, y así te enorgullezcas de tus propias habilidades o de lo que has recibido de Dios, y caigas en la condenación del diablo. Teme, y eso te hará pequeño a tus propios ojos, te mantendrá humilde, te llevará a clamar a Dios por protección, y a postrarte a Sus pies por misericordia. También, te hará pensar poco de tus propias capacidades, de tus propias acciones, y te hará preferir a tu hermano antes que a ti mismo. Así caminarás en humillación y estarás continuamente bajo las enseñanzas de Dios, y bajo Su dirección en tu camino. Dios enseñará a los humildes: «Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera». De esta gracia del temor fluye entonces esta cualidad excelente y hermosa: la humildad,

la cual también es conservada por este temor. El temor evita que una persona confíe en sí misma, la impulsa a probar todas las cosas, la lleva a buscar consejo y ayuda del cielo, la hace estar dispuesta y deseosa de escuchar instrucciones, y hace que una persona camine humildemente, con cautela y de manera segura en su camino..

Undécimo. De esta gracia del temor brota la esperanza en la misericordia de Dios: «Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en Su misericordia» (Sal 147:11). La última parte del texto es una explicación de la primera, como si el salmista hubiera dicho: Los hombres que temen al Señor son los que esperan en Su misericordia; porque el verdadero temor produce esperanza en la misericordia de Dios. Y además se manifiesta así. El temor, el verdadero temor de Dios, inclina el corazón a una indagación seria de ese camino de salvación que Dios mismo ha prescrito. Ahora bien, el camino que Dios ha señalado, por el cual el pecador ha de obtener la salvación de su alma, es su misericordia tal y como se expone en la Palabra, y el temor piadoso tiene especialmente en cuenta la Palabra. Así que, de esta manera, el pecador con este temor piadoso somete su alma, se entrega a ella y, de esta manera, se libera de la muerte en la que caen otros, por falta de este temor a Dios.

Como ya he dado a entender, la naturaleza del temor piadoso es poner al alma a indagar qué es y qué no es lo que Dios aprueba y, en consecuencia, adoptarlo o evitarlo. Ahora digo, luego de que este temor ha llevado el alma a inquirir de forma seria y rigurosa sobre el camino de la salvación, finalmente descubre que es por la misericordia de Dios en Cristo. Por lo tanto, este temor lleva al alma a poner también en Él su esperanza para la vida eterna y la bienaventuranza. Por esta esperanza no solo asegura su alma, sino que se convierte en una porción del deleite de Dios: «Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en Su misericordia».

Además, este temor piadoso lleva en sí mismo la autoevidencia de que el estado del pecador es dichoso, porque

está poseído por esta gracia feliz. Por lo tanto, como dice Juan: «Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos» (1 Jn 3:14). Así también aquí: «Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en Su misericordia». Si temo a Dios, y si mi temor de Él es algo en lo que Él se complace, entonces puedo aventurarme resueltamente a caminar para la vida eterna en el seno de Su misericordia, que es Cristo. Este temor produce también esperanza; por tanto, si tú, pobre pecador, sabes que posees este temor de Dios, convéncete de esperar en la misericordia de Dios para salvación, porque el Señor se complace en ti. Y le agrada verte esperar en Su misericordia.

Duodécimo. De este temor piadoso de Dios fluye un uso honesto y consciente de todos los medios que Dios ha ordenado que utilicemos para alcanzar la salvación. La fe y la esperanza en la misericordia de Dios es lo que asegura nuestra justificación y esperanza y, como ya hemos visto, fluyen de este temor. Pero ahora, además de la fe y la esperanza, hay un curso de vida en aquellas cosas con las que Dios nos ha ordenado estar asociados, sin las cuales no hay vida eterna. «Tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna»; y además, sigan «la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». No es que la fe y la esperanza sean deficientes, si son correctas, sino que ambas son falsas cuando no van acompañadas de un uso reverente de todos los medios, a cuyo uso reverente se somete el alma por esta gracia del temor. «Por tanto, amados míos», dijo Pablo, «como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» (Ro 6:22; Heb 12:14; Fil 2:12).

Hay una fe y una esperanza en la misericordia que pueden engañar al hombre (aunque la fe de los elegidos de Dios y la esperanza que purifica el corazón nunca lo harán), porque están solas y no aparecen con aquellos compañeros que vienen junto con la salvación (Heb 6:3-8). Pero ahora este temor piadoso lleva en sus entrañas, no solo un movimiento del alma a la fe y la esperanza en la misericordia de Dios, sino una

ferviente provocación al uso santo y reverente de todos los medios que Dios ha ordenado para que el hombre tenga su asociación, para su salvación eterna. «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». No es que las obras sean meritorias, o que puedan comprar la vida eterna, porque la vida eterna se obtiene por la esperanza en la misericordia de Dios. Pero, esta esperanza, si es correcta, está acompañada de este temor piadoso, el cual mueve al alma a un uso diligente de todos aquellos medios que pueden tender al fortalecimiento de la esperanza, y así a hacernos santos en toda asociación, para que seamos aptos para participar de la herencia de los santos en luz. Porque la esperanza purifica el corazón, si el temor de Dios lo acompaña, y así hace del hombre un vaso de misericordia preparado para la gloria. Pablo exhorta a Timoteo a huir de la soberbia, la avaricia, la obsesión por cuestiones y contiendas de palabras, y le exhorta: «sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna» (1 Ti 6).

Por eso Pedro nos dice: «añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor», y añade: «Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo... Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2P 1:5-11). La suma de todo esto no es más que lo que mencionamos anteriormente, es decir: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor». Porque ninguna de estas cosas puede hacerse a conciencia, sino por y con la ayuda de esta bendita gracia del temor.

Decimotercero. De este temor piadoso fluye un gran deleite en los mandamientos santos de Dios, es decir, un deleite en conformarse a ellos. «Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en Sus mandamientos se deleita en gran manera»

(Sal 112:1). Esto confirma lo que se dijo antes, es decir, que este temor provoca un uso santo y reverente de los medios, porque esto no es posible a menos que haya un santo, sí, un gran deleite en los mandamientos. Por lo tanto, este temor hace que el pecador aborrezca lo que es pecado, porque es contrario al objeto de su deleite. Un hombre no puede deleitarse al mismo tiempo en cosas directamente opuestas entre sí, como lo son el pecado y el mandamiento santo; por eso Cristo dice del siervo que no puede amar a Dios y a las riquezas: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». Si se adhiere a uno, debe odiar y despreciar al otro; no puede servir al mismo tiempo a ambos, porque están en enemistad el uno con el otro. Así es el pecado y el mandamiento. Por lo tanto, si un hombre se deleita en el mandamiento, odia lo que es opuesto, que es el pecado. ¿Cuánto más cuando se deleita grandemente en el mandamiento? Ahora bien, este santo temor de Dios aparta el corazón y los afectos del pecado, y los fija en el mandamiento santo. Por lo tanto, tal hombre es justamente considerado bienaventurado. Porque ninguna profesión hace bienaventurado a un hombre sino la que va acompañada de un alejamiento del corazón del pecado, y nada puede hacer esto si falta este santo temor. Es de este temor, entonces, que fluye el amor y el deleite en el mandamiento santo, y por eso el pecador es guardado de esas caídas y peligros de desviarse a los que otros profesantes están tan sujetos: él se deleita grandemente en el mandamiento.

Decimocuarto. Por último, de este temor de Dios fluye el ensanchamiento del corazón. «Entonces verás, y resplandecerás; se maravillará y ensanchará tu corazón» (Is 60:5). «Se maravillará y ensanchará tu corazón», ensanchado hacia Dios, ensanchado hacia Sus caminos, ensanchado hacia Su pueblo santo, ensanchado en amor por la salvación de los demás. Ciertamente, cuando falta este temor de Dios, por más famosa que sea la profesión, el corazón está cerrado y limitado, y nada se hace con ese espíritu libre y noble que se llama «espíritu... de temor de Jehová» (Sal 51:12; Is 11:2). Sino de mala gana, de forma legalista o con deseo de vanagloria, falta

esta grandeza de corazón, porque eso fluye de este temor del Señor.

Así te he mostrado lo que es este temor de Dios, de dónde fluye y también lo que fluye de él. Ahora te mostrare algunos

5. Privilegios de los que temen así al Señor

Habiendo tratado brevemente hasta aquí este temor de Dios en particular, ahora mostraré ciertos de los excelentes privilegios de aquellos que temen al Señor, no porque no sean privilegios que ya se hayan mencionado; porque ¿qué mayores privilegios que tener este temor produciendo en el alma cosas tan excelentes y tan necesarias para nuestro bien, tanto en cuanto a este mundo como al venidero? Pero, debido a que los que mencioné antes fluyen más bien de esta gracia del temor cuando está presente, que de una promesa a la persona que lo tiene, por lo tanto, he elegido más bien hablar de ellos como los frutos y efectos del temor. Ahora bien, además de todo esto, hay muchos otros privilegios benditos que se prometen al hombre que tiene este temor, los cuales les expondré ahora brevemente.

Primer privilegio. Aquel hombre que teme al Señor, tiene una concesión y una licencia «para confiar en el Señor», con una afirmación de que Él es su ayuda, y su escudo: «Los que teméis a Jehová, confiad en Jehová; Él es vuestra ayuda y vuestro escudo» (Sal 115:11). Ahora bien, ¡qué privilegio es este! Una exhortación en general a los pecadores, como pecadores, a confiar en Él es un privilegio grande y glorioso; pero que a un hombre se le distinga de su prójimo, que a un hombre se le hable desde el cielo, como por su nombre, y se le diga que Dios le ha dado una licencia, una concesión especial y peculiar para confiar en Él, esto es mucho más. Y, sin embargo, ¡esta es la concesión que Dios le ha dado a ese hombre! Él tiene, quiero decir, una licencia para hacerlo, una

licencia indicada por el Espíritu Santo, la cual dejó registrada para que aquellos que nacerán y temerán al Señor confíen en Él. Y no solo eso, sino que, como afirma el texto: «Él es vuestra ayuda y vuestro escudo». Su ayuda en todas sus debilidades y flaquezas y un escudo para defenderlos contra todos los ataques del diablo y de este mundo. Así pues, el hombre que teme al Señor tiene licencia para hacer del Señor su refugio y el Dios de su salvación, el socorro y libertador de su alma. Él lo defenderá porque Su temor está en su corazón. Oh, siervo del Señor, tú que le temes, vive en el consuelo de esto; úsalo valientemente cuando estés en apuros y pon tu confianza bajo la sombra de Sus alas, porque ciertamente Él quiere que lo hagas así, porque temes al Señor.

Segundo privilegio. Dios también ha proclamado con respecto al hombre que teme al Señor, que Él también será su maestro y guía en el camino que él escoja, y además ha prometido con respecto a los tales, que su alma morará tranquila: «¿Quién es el hombre que teme a Jehová?» dice David, «Él le enseñará el camino que ha de escoger» (Sal 25:12). Ahora, ser enseñado por Dios, ¿a qué se parece? sí, ¿cómo te enseña el camino que has de escoger? Has escogido el camino de la vida, el camino de Dios, pero tal vez tu ignorancia al respecto es tan grande, y los que te tientan a desviarte son tantos y tan sutiles, que parecen ser más inteligentes y confundirte con su astucia. Pues bien, el Señor a quien temes no te abandonará a tu ignorancia, ni tampoco al poder o a la astucia de tus enemigos, sino que se encargará de ser tu maestro y tu guía, y eso en el camino que has escogido. Escucha, pues, y contempla tu privilegio, oh, tú que temes al Señor; y cualquiera que se extravié, se desvíe y se aparte del camino de la salvación, cualquiera que se pierda en medio de las tinieblas, tú encontrarás el camino hacia el cielo y la gloria que has elegido.

Además, no solo dice que les enseñará el camino, ya que eso debe ser suministrado necesariamente, sino que también dice que enseñará a los tales en él: «Él le enseñará el camino que ha de escoger». El argumento aquí es que, como tú sabrás, el

camino será dulce y agradable para ti, por la comunión que tendrás con Dios en él. Porque este texto promete al hombre que teme al Señor, la presencia, compañía y revelación de la mente de Dios, mientras va por el camino que ha elegido. Se dice del buen escriba que es instruido tanto *hacia* el camino del reino de Dios como *en* él (Mt 13:52). Instruido, es decir, que se le sigue revelando el corazón y la mente de Dios en el camino que él ha escogido, desde este mundo hasta el venidero, hasta llegar a la puerta misma del cielo. Lo que los discípulos dijeron que era el efecto de la presencia de Cristo también se cumplirá en ti: «¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?». Él se reunirá contigo en el camino, hablará contigo en el camino; te enseñará en el camino que tú elijas (Lc 24:32).

Tercer privilegio. ¿Temes al Señor? Él te mostrará Su secreto, aun lo que ha escondido y mantiene oculto de todo el mundo, es decir, el secreto de Su pacto y de lo que tiene que ver contigo en él: «La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer Su pacto» (Sal. 25:14). Esto, entonces, confirma aún más lo que acabamos de decir: Su secreto estará con ellos, y Su pacto les será mostrado. Su secreto, es decir, lo que se ha mantenido oculto desde los siglos y las generaciones; lo que solo manifiesta a los santos; es decir, Su Cristo, porque Él es el que está oculto en Dios, y que nadie puede conocer sino aquel a quien el Padre se lo revele (Mt 11:27).

Pero ¿qué hay envuelto en este Cristo, en este secreto de Dios? Bueno, todos los tesoros de la vida, del cielo y de la felicidad: En Él «están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento». Y «en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Col 2).

Este es también Uno que está oculto, que está tan lleno de gracia para salvar a los pecadores, y tan lleno de verdad y fidelidad para cumplir la promesa y el pacto con ellos, que sus ojos deben transmitir necesariamente, incluso por cada mirada a Su persona, oficios y tratos, un embelesamiento del

corazón tan conmovedor, que les complacería incluso morir con esa vista. Este secreto del Señor está con los que le temen, porque habita en sus corazones por la fe. «A ellos hará conocer Su pacto». Es decir, el pacto confirmado de Dios en Cristo, ese pacto perpetuo y eterno, y le mostrará también que él mismo está envuelto en él, como en un manojito de vida con el Señor su Dios. Estos son los pensamientos, propósitos y promesas de Dios para los que le temen.

Cuarto privilegio. ¿Temes al Señor? Su ojo está siempre sobre ti para bien, para guardarte de todo mal: «He aquí el ojo de Jehová sobre los que le temen, sobre los que esperan en Su misericordia, para librar sus almas de la muerte, y para darles vida en tiempo de hambre» (Sal 33:18-19). Su ojo está sobre ellos; es decir, para velar por ellos para bien. No se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel. Sus ojos están sobre ellos, y los guardará como el pastor a sus ovejas; es decir, de los lobos que tratan de devorarlos y tragarlos hasta la muerte. Sus ojos están sobre ellos, porque son el objeto de Su deleite, las singularidades del mundo, en quienes, dice Él, está todo Mi deleite. Su ojo está sobre ellos, como dije antes, para enseñarles e instruirlos: «Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos» (Sal 32:8; 2Cr 7:15-16). El ojo del Señor, por lo tanto, está sobre ellos, no para sacar provecho de ellos, para destruirlos por Sus pecados, sino para guiarlos, ayudarlos y librarlos de la muerte; de esa muerte que se alimentaría de sus almas: «Para librar sus almas de la muerte, y para darles vida en tiempo de hambre». Aquí debemos interpretar la muerte como la muerte espiritual y muerte eterna; y el hambre aquí, no como la que es por falta de pan y agua, sino como la que sobreviene a muchos por falta de la Palabra del Señor (Ap 20:14; Am 8:11-12). Entonces, el sentido es este: el hombre que teme al Señor no morirá ni espiritual ni eternamente, porque Dios lo guardará con Su ojo de todas aquellas cosas que lo matarían de esa manera. Además, si hubiera hambre de la Palabra, si faltaran tanto la Palabra como los que la predicán en el lugar donde moras, se te dará pan y tu agua será segura. No morirás de hambre,

porque temes a Dios. Digo que el hombre no morirá, he aquí que no morirá, porque teme a Dios, y esto es aún más evidente en el siguiente encabezado.

Quinto privilegio. ¿Temes a Dios? Témelo aún más por este beneficio: «Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan a Jehová», los que le temen, «no tendrán falta de ningún bien» (Sal 34:9-10). Nada de lo que Dios ve bueno para ellos les faltará a los hombres que temen al Señor. Si la salud les ha de hacer bien, si la enfermedad les ha de hacer bien, si las riquezas les han de hacer bien, si la pobreza les ha de hacer bien, si la vida les ha de hacer bien, si la muerte les ha de hacer bien, entonces no les faltará, y nada de esto se acercará a ellos, si no les ha de hacer bien. Los leones, los malvados¹⁹ del mundo que no temen a Dios, no son hechos partícipes de este gran privilegio; todo les sale al contrario, porque no temen a Dios. En medio de su suficiencia, carecen de ese bien que Dios pone en las peores cosas que el hombre que teme a Dios encuentra en el mundo.

Sexto privilegio. ¿Temes a Dios? Él ha encomendado a los ejércitos del cielo que te cuiden, se hagan cargo de ti, acampen a tu alrededor y te libren: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Sal 34:7). Este es también un privilegio que tienen los que en todas las generaciones temen al Señor. Los ángeles, las criaturas celestiales, tienen el encargo de encargarse de los que temen al Señor; uno de ellos es capaz de matar 185 000 hombres en una noche. Estos son los que acamparon alrededor de Eliseo como caballos de fuego y carros de fuego, cuando el enemigo vino a destruirlo. También ayudaron a Ezequías contra la banda del enemigo, porque temía a Dios (2R 6:17; Is 37:36; Jr

¹⁹ Así lo entiende Ainsworth, p. 134, vol. 10. Él lo traduce como «leones al acecho, que son lujuriosos, de dientes fuertes, feroces, rugientes y voraces». «Y con esto», dice, «puede referirse a los ricos y poderosos del mundo, a quienes Dios a menudo lleva a la miseria». «No les faltará nada a los que, con obediencia tranquila, trabajan y se ocupan de sus propios asuntos. Jacob, de corazón sencillo, tiene suficiente potaje cuando Esaú, el astuto cazador, está a punto de perecer». Henry.-Ed.

26:19). «El ángel de Jehová acampa alrededor» de ellos; es decir, para que el enemigo no se les eche encima por ningún lado. Pero venga por donde venga, por detrás o por delante, por un lado o por otro, el ángel del Señor está allí para defenderlos. «El ángel». Puede que se exprese en singular para mostrar que todo el que teme a Dios tiene su ángel que le asiste y le sirve. Cuando en el libro de los Hechos se le dijo a la iglesia que Pedro estaba a la puerta y llamaba, al principio pensaron que el mensajero estaba loco, pero cuando la muchacha insistió en afirmarlo, dijeron: Es su ángel (Hch 12:13-15). Así dice Cristo de los niños que venían a Él: «Sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de Mi Padre que está en los cielos». Sus ángeles, es decir, aquellos de ellos que temían a Dios, tenían cada uno su ángel, que tenía un encargo de Dios para guardarlos en su camino. Poco pensamos en esto; sin embargo, este es el privilegio de los que temen al Señor. Sí, si es necesario, todos ellos descenderán para ayudarlos y librarlos, antes que, en oposición a la mente de su Dios, alguien abuse de ellos: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Heb 1:14).

Pregunta: Pero ¿cómo los libran? porque así dice el texto: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende». *Respuesta:* La manera en que obran para librar a los que temen al Señor, es a veces hiriendo a sus enemigos con ceguera, para que no los encuentren, y así hicieron a los enemigos de Lot (Gn 19:10-11). Otras veces, hiriéndolos con un miedo mortal, y así hicieron a los que sitiaron Samaria (2R 7:6). Y a veces hiriéndolos hasta con la muerte misma, y así hicieron a Herodes, después que intentó matar al apóstol Santiago y también trató de vejar a algunos otros de la iglesia (Hch 12). Estos ángeles que son siervos de los que temen al Señor, son los que, si Dios se los ordena, vengarán el pleito de sus siervos contra el monarca más fuerte de la tierra. Este es, pues, un privilegio glorioso de los hombres que temen al Señor. ¡Ay! Algunos de ellos son tan miserables que no son tenidos en cuenta por los eminentes del mundo, pero sus

superiores los tienen en estima. Los ángeles de Dios no se consideran demasiado buenos como para atenderlos y acampar a su alrededor para librarlos. Este, pues, es el hombre que tiene su ángel que le sirve, el que teme a Dios.

Séptimo privilegio. ¿Temes al Señor? La salvación está cerca de ti: «Ciertamente cercana está Su salvación a los que le temen, para que habite la gloria en nuestra tierra» (Sal 85:9). Este es otro privilegio para los que temen al Señor. Te dije antes que el ángel del Señor acampaba alrededor de ellos, pero ahora dice también: Ciertamente «cercana está Su salvación a los que le temen», lo cual, aunque no excluye del todo la acción de los ángeles²⁰ sino que lo incluye; sin embargo, va más allá. «Su salvación», Su gracia salvadora y perdonadora, «cercana está...a los que le temen»; es decir, para salvarlos de la mano de sus enemigos espirituales. El diablo, el pecado y la muerte esperan siempre para devorar a los que temen al Señor, Su salvación les acompaña para librarlos de estos. Por lo tanto, si Satanás los tienta, Su salvación está cerca; si el pecado, al irrumpir, los seduce, la salvación de Dios está cerca; sí, si la muerte misma se apodera repentinamente de ellos, la salvación de Dios está cerca.

He visto que los niños de los grandes hombres no deben ir a ninguna parte sin que sus niñeras estén cerca. Si van al extranjero, sus niñeras deben ir con ellos; si van a comer, sus niñeras deben ir con ellos; si van a la cama, sus niñeras deben ir con ellos; sí, y si se duermen, sus niñeras deben estar a su lado. Oh, hermanos míos, aquellos pequeños que temen al Señor, son los hijos del más excelso, por lo tanto, no caminarán solos, ni estarán solos en sus comidas espirituales, ni irán solos a sus lechos de enfermos, ni a sus tumbas; la salvación de su Dios está cerca de ellos, para librarlos del mal. Esta es, pues, la gloria que habita en la tierra de los que temen al Señor.

²⁰ «La dirección de los ángeles» no significa simplemente que guíen a los peregrinos en el camino, sino también, en un sentido militar, una guardia o lo que ahora se llama un convoy.-Ed.

Octavo privilegio. ¿Temes al Señor? Escucha una vez más: «La misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y Su justicia sobre los hijos de los hijos» (Sal. 103:17). Esto aún confirma lo que acabamos de decir, o sea, que Su salvación está cerca de ellos. Su salvación, es decir, Su misericordia perdonadora está cerca de ellos. Pero atención, allí dice que está cerca de ellos; pero aquí está sobre ellos. Su misericordia está sobre ellos, los cubre por todas partes, los rodea como con un escudo. Por eso se dice en otro lugar que están revestidos de salvación, y cubiertos con el manto de justicia. La misericordia del Señor está sobre ellos, como ya he dicho, para protegerlos y defenderlos. La misericordia, la misericordia que perdona, la misericordia del Señor está sobre ellos, entonces, ¿quién es aquel que puede condenarlos? (Ro 8).

Pero aún hay algo más: «La misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen». Fue diseñada para ellos antes de que el mundo fuera, y estará sobre ellos cuando el mundo mismo se acabe; desde la eternidad hasta la eternidad está sobre los que le temen. Este «desde la eternidad y hasta la eternidad» es aquello por lo cual, en otro lugar, se declara la eternidad de Dios mismo: «Desde el siglo y hasta el siglo, Tú eres Dios» (Sal 90:2). El significado, entonces, puede ser este: que mientras Dios exista, el hombre que le teme encontrará misericordia de Su mano. De acuerdo a las palabras de Moisés: «El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos; Él echó de delante de ti al enemigo, y dijo: Destruye» (Dt 33:27).

Hijo de Dios, tú que temes a Dios, aquí tienes misericordia cerca de ti, misericordia suficiente, misericordia eterna para ti. Esta es una misericordia de larga vida. Vivirá más que tu pecado, vivirá más que la tentación, vivirá más que tus penas, vivirá más que tus perseguidores. Es una misericordia desde la eternidad que planeó tu salvación y una misericordia hasta la eternidad que resiste a todos tus adversarios. ¿Qué pueden hacer el infierno y la muerte a quien tiene esta misericordia de Dios? Y esto tiene el hombre que teme al Señor. Toma esta

otra palabra bendita, y, oh, tú, hombre que temes al Señor, cuélgala como una cadena de oro alrededor de tu cuello: «Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció Su misericordia sobre los que le temen» (Sal 103:11). Si esta misericordia tan grande, tan buena y tan alta como el cielo mismo es un privilegio, entonces, el hombre que teme a Dios es un privilegiado.

Noveno privilegio. ¿Temes a Dios? «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen» (Sal 103:13).

«Se compadece Jehová de los que le temen»; es decir, se compadece y se conmueve, siente y se identifica con ellos en todas sus aflicciones. Es algo muy significativo para un hombre pobre estar en los afectos de los grandes y poderosos de esta manera, pero es asombroso pensar que un pobre pecador esté en el corazón y en los afectos de Dios de esta manera, y esto es así para con los que temen a Dios. «En Su amor y en Su clemencia los redimió». ¡En Su amor y en Su clemencia! «En toda angustia de ellos Él fue angustiado, y el ángel de Su faz los salvó; en Su amor y en Su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad» (Is 63:9). Me refiero a que cuando dice que Él siente clemencia de ellos, es tanto como decir que se conduce, se compadece y sufre con ellos en todas sus aflicciones y tentaciones. De modo que esta es la felicidad del que teme a Dios: tiene un Dios que se compadece de él y se conmueve con todas sus miserias. Se dice en Jueces: «Fue angustiado a causa de la aflicción de Israel» (Jue 10:16). Y en Hebreos, dice que Él puede «compadecerse de nuestras debilidades» y puede «socorrer a los que son tentados» (4:15, 2:17,18).

Pero, además, fijémonos en la comparación. «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen». Aquí no solo hay piedad, sino la piedad de un pariente, de un padre. Se dice en otro lugar: «¿Se olvidará la mujer», una madre, «de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti». La compasión de los vecinos y

conocidos ayuda en tiempos de angustia, pero la compasión de un padre y una madre es compasión con algo más. «El Señor», dice Santiago, «es muy misericordioso y compasivo». Faraón llamó a José padre²¹, porque proveyó para él contra el hambre, pero, ¡qué padre tan tierno es Dios! ¡Qué lleno de compasión! ¡Qué lleno de piedad! (Stg 5:11; Gn 41:43). Se dice que cuando Efraín fue afligido, las entrañas de Dios se conmovieron y se volvieron hacia él. Ojalá que el hombre que teme al Señor creyera en la piedad y la compasión que hay en el corazón de Dios y de Su padre hacia él (Jr 31:18-20).

Décimo privilegio. ¿Temes a Dios? «Cumplirá el deseo de los que le temen; oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvará» (Sal 145:19). Casi todos los lugares que hacen mención de los hombres que temen a Dios dan a entender como si todavía ellos estuvieran bajo aflicción o en peligro a causa de un enemigo. Pero yo digo, aun en esto hay un privilegio para ellos, su Dios es su padre y se compadece de ellos: «Cumplirá el deseo de los que le temen». ¿Dónde está ahora el hombre que teme al Señor? ¿Qué dices, pobre alma? ¿Estarás satisfecho con esto de que el Señor cumplirá tus deseos? Se da a entender de Adonías que su padre David le permitió hacer su voluntad en todo lo que se propuso. «Su padre», dice el texto, «nunca le había entristecido en todos sus días [ni siquiera] con decirle: ¿Por qué haces así?» (1R 1:6). Pero aquí hay algo más, aquí hay una promesa de concederte todo el deseo de tu corazón, conforme a la oración del santo David: Jehová «te dé conforme al deseo de tu corazón, y cumpla todo tu consejo». Y otra vez: «Conceda Jehová todas tus peticiones» (Sal 20).

Tú que temes al Señor, ¿cuál es tu deseo? Todo mi deseo, dice David, es toda mi salvación (2S 23:5), igual dices tú: «Toda mi salvación» es «mi deseo». Bien, el deseo de tu alma te es concedido, sí, Dios mismo se ha comprometido incluso a cumplir este tu deseo: «Cumplirá el deseo de los que le temen; oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvará». Oh, este deseo,

²¹ Ver el margen, Génesis 41:43 y 40:8.-Ed.

cuando llegue, ¡qué árbol de vida será para ti! Deseas librarte de la angustia presente, el Señor te librará de la angustia. Deseas ser librado de la tentación, el Señor te librará de la tentación. Deseas ser librado de tu cuerpo de muerte, y el Señor cambiará este tu cuerpo vil, para que sea semejante a Su cuerpo glorioso. Deseas estar en la presencia de Dios y entre los ángeles del cielo. También se cumplirá tu deseo, y serás igual a los ángeles (Ex 6:6; 2P 2:9; Fil 3:20-21; Lc 16:22, 20:35-36). ¡Oh, pero parece que falta mucho tiempo para eso! Pues aprende primero a vivir de tu porción en la promesa, y eso hará dulce tu espera. Dios cumplirá tus deseos, Dios lo hará, aunque tarde. Espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará.

Undécimo privilegio. ¿Temes a Dios? «Se complace Jehová en los que le temen» (Sal 147:11). Los que temen a Dios se cuentan entre Sus principales deleites. Se deleita en Su Hijo, se deleita en Sus obras y se complace en los que le temen. Como un hombre se complace en su mujer, en sus hijos, en su dinero, en sus joyas, así el hombre que teme al Señor es el objeto de Su deleite. Se complace en su prosperidad, y por eso les envía salud desde el santuario, y les hace beber del río de Sus delicias (Sal 35:27). «Serán completamente saciados de la grosura de Tu casa, y Tú los abrearás del torrente de Tus delicias» (Sal 36:8). Aquello o aquellos en que nos complacemos y que amamos embellecer y adornar con muchos ornamentos. Ningún gasto nos parece excesivo para aquellos en quienes ponemos nuestro deleite y a quienes hacemos objeto de nuestro placer. Y lo mismo sucede con Dios. «Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo», ¿y qué sigue? «Hermosteará a los humildes con la salvación» (Sal 149:4).

Nos complacemos en las acciones de aquellos en quienes nos deleitamos; sí, les enseñamos, y les damos reglas y leyes por las que andar, de modo que esos a quienes amamos puedan ser más placenteros a nuestros ojos. Por tanto, a los que temen a Dios, puesto que son objeto de Su complacencia, se les enseña a saber agradecerle en todo (1Ts 4:1). Y por eso se dice

que se deleita en su apariencia, se deleita en su oración y se complace en su andar (Cnt 4:9; Pr 15:8, 11:20).

Soportaremos y aguantaremos muchas cosas de aquellos en quienes nos deleitamos y complacemos, aunque no estemos de acuerdo. Un hombre tolerará y sufrirá de parte de la esposa o el hijo de su deleite lo que no pasaría por alto ni soportaría en otro. Son para mí especial tesoro, dice Dios, los que me temen, y los perdonaré en todo aquello en que se quedan cortos de cumplir Mi voluntad, «como el hombre que perdona a su hijo que le sirve» (Mal 3:16-17). ¡Oh, qué feliz es el hombre que teme a Dios! Sus pensamientos buenos, sus buenos intentos de servirle y su vida buena le agradan, porque teme a Dios.

Sabes cuán agradables son a nuestros ojos las acciones de nuestros hijos, cuando sabemos que lo hacen aun por temor reverente y admiración hacia nosotros; sí, aunque lo que hacen sea poco, lo recibimos bien de sus manos y nos complacemos en ello. La mujer que echó sus dos blancas en el arca del tesoro, no echó mucho, porque las dos no sumaban más que un cuarto de penique; sin embargo, el Señor Jesús la alabó,²² se complació en ella y en su acción (Mr 12:41-44). Esto, pues, de que el Señor se complace en los que le temen, es otro de sus grandes privilegios.

Duodécimo privilegio. ¿Acaso temes a Dios? La menor medida de ese temor da el privilegio de ser bendecido junto a los santos más grandes: «Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes» (Sal 115:13). Esta palabra «pequeño» puede entenderse de tres maneras: 1. Para los que son pequeños en estima, para los que no soy muy tenidos en cuenta (Jue 6:15; 1S 18:23). Si eres pequeño en este sentido, si temes a Dios serás bendecido. «Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes», por más pequeño que seas a los ojos del mundo, a tus propios ojos, a los ojos de los santos, como sucede a veces que un santo es pequeño a los ojos de otro

²² Publicar a toque de trompeta, pregonar buenas nuevas. En tiempos de Bunyan nunca se usaba irónicamente.

santo; sin embargo, porque temes a Dios, serás puesto entre los bienaventurados. 2. A veces se entiende por pequeños a aquellos que son pequeños en estatura o jóvenes en años, niños pequeños, que son fácilmente pasados por alto y despreciados: como lo eran aquellos que cantaban hosanna en el templo, cuando los fariseos burlonamente dijeron de ellos a Cristo: «¿Oyes lo que estos dicen?». (Mt 21:16). Pues bien, Cristo no quiso despreciar a los que temían a Dios, sino que los prefirió, según el testimonio de las Escrituras, mucho antes que a los que los despreciaban. Los niños pequeños, por pequeños que sean y por muy poca estima que tengan entre los hombres, también, si temen al Señor, serán bendecidos con los más grandes santos: «Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes». 3. Por pequeños puede entenderse a veces aquellos que son pequeños en gracia o dones; se dice que estos son los más pequeños en la iglesia, es decir, bajo esta consideración, y por ello son los menos estimados por ella (1Co 6:4). Así también debe entenderse cuando Cristo dijo: «En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis» (Mt 25:45).

Bajo esta consideración, eres en tus propios pensamientos, o en los pensamientos de otros, de estos últimos pequeños, pequeños en gracia, pequeños en dones, pequeños en estima; sin embargo, si temes a Dios, si temes a Dios en verdad, ciertamente eres bendecido con el mejor de los santos. La estrella más pequeña está tan fija en el cielo como la más grande de todas. «Bendecirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes». Los bendecirá, es decir, con la misma bendición de la vida eterna. Porque los diferentes grados de gracia en los santos no hacen que la bendición, en cuanto a su naturaleza, difiera. Es el mismo cielo, la misma vida, la misma gloria y la misma eternidad de felicidad con las que se les promete ser bendecidos en el texto. Podemos observar esto que mencioné antes cuando Cristo, en el día del juicio, menciona y reconoce como suyos particularmente a los más pequeños: «En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños». El más pequeño entonces estaba allí, en Su reino y en Su gloria,

así como el más grande de todos. «Benedicirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes». Los pequeños son nombrados primero en el texto, y son los primeros en rango; puede ser para mostrar que aunque puedan ser menospreciados y poco considerados en el mundo, sin embargo son muy considerados a los ojos del Señor.

¿Son los grandes santos los únicos que tendrán el reino y la gloria eterna? ¿Solo las grandes obras serán recompensadas? ¿Aquellas obras que se hacen debido a que hay mucha gracia y por la abundancia de los dones del Espíritu Santo? No: «Cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa [de discípulo]». Observa, aquí no es más que un pequeño regalo, un vaso de agua fría, y eso dado a un pequeño santo, pero ambos tomados en cuenta especialmente por nuestro Señor Jesucristo (Mt 10:42). Ha venido el tiempo «de dar el galardón a Tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen Tu nombre, a los pequeños y a los grandes» (Ap 11:18). Los pequeños, por lo tanto, entre los que temen a Dios, son bendecidos con los grandes, igual que los grandes, con la misma salvación, la misma gloria y la misma vida eterna; y tendrán, así como los grandes, tanto como puedan soportar; tanto como sus corazones, almas, cuerpos y capacidades puedan sostener.

Decimotercer privilegio. ¿Temas a Dios? Pues el Espíritu Santo te ha dado a propósito todo un salmo para que lo cantes acerca de ti mismo. De modo que puedas cantar tu propia condición bendita y feliz, ya sea que estés en medio de tu trabajo, en tu lecho, de viaje o donde sea, para tu propio consuelo y el consuelo de tus semejantes. Es el Salmo 128, el cual presentaré ante ti, tanto en la lectura²³ como en los salmos cantados.

«Bienaventurado todo aquel que teme a Jehová, que anda en Sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos,

²³ Esto si es de la Biblia, y no de la versión inferior en el Libro de Oración Común, comúnmente llamada los Salmos de lectura.-Ed.

bienaventurado serás, y te irá bien. Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme a Jehová. Bendígate Jehová desde Sion, y veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel».

Para ser cantado

*Bienaventurado tú que temes a Dios,
y andas en Su camino:
Porque de tu trabajo comerás;
¡Digo que eres feliz!
Como vides fructíferas al lado de tu casa,
así brota tu mujer;
Tus hijos como olivos
En torno a tu mesa.*

*Así eres dichoso tú, que temes a Dios,
Y Él te hará ver
La Jerusalén prometida,
y su felicidad.
La verán los hijos de tus hijos,
para tu gran gozo;
Y asimismo gracia sobre Israel,
Prosperidad y paz.²⁴*

²⁴ Edición de Sternhold y Hopkin, 1635. 1635: La conveniencia de cantar en el culto público fue muy debatida por algunos de los no conformistas. Había razones de mucho peso, en tiempos de persecución, para que las reuniones se celebraran lo más silenciosamente posible. Hasta el día de hoy, los cuáqueros no admiten el canto en sus asambleas. La introducción de este salmo prueba que Bunyan conocía los salmos «cantados» y, con toda probabilidad, practicaba el canto en el culto público. Cuando James I. mejoró esta versión para uso eclesiástico, llamada los Salmos del Rey David, traducidos por el Rey Jacobo, sus últimas cuatro líneas son: Tú de Jerusalén verás el bien mientras vivas, verán los hijos de tus hijos, y paz en la descendencia de Israel.

Luego de resolver la siguiente objeción habré concluido con los privilegios

Objeción. Pero la Escritura dice: «El perfecto amor echa fuera el temor»; y por lo tanto parecería que los santos, después que ha venido el espíritu de adopción, no deben temer, sino servirle sin temor, como dice otra Escritura (1Jn 4:18; Lc 1:74-75).

Respuesta. El temor, como te he mostrado, puede interpretarse de varias maneras. 1. Puede interpretarse como temor de los demonios. 2. Puede interpretarse como el temor de los depravados. 3. Puede interpretarse como el temor que el Espíritu produce en los piadosos como un espíritu de esclavitud; o 4. Puede interpretarse como el temor del que he estado hablando ahora.

Ahora bien, el temor que el amor perfecto echa fuera no puede ser ese temor de Dios que es como el de un hijo a su padre, el cual está lleno de gracia, y del que he venido hablando en la última parte; porque ese temor que el amor echa fuera lleva tormento, no siendo así el temor que es como el de un hijo. Por tanto, el temor que el amor echa fuera es aquel temor que es semejante al temor de los demonios y de los réprobos o aquel temor que es engendrado en el corazón por el Espíritu de Dios como espíritu de servidumbre, o ambas cosas. Porque, en verdad, todas estas clases de temor llevan tormento y, por tanto, pueden ser echadas fuera, y lo son por el espíritu de adopción, que se llama espíritu de fe y de amor, cuando viene con poder al alma; de modo que le sirvamos sin temor. Pero, argumentar a partir de estos textos que no debemos temer a Dios o asociar el temor con nuestra adoración a Él es tanto como decir que por el espíritu de adopción somos hechos muy corruptos; porque no temer a Dios es aplicado por la Escritura a los tales (Lc 23:40). Pero la Escritura confirma abundantemente lo que he afirmado, al decir:

Cuán bendecidos somos en nuestros días con la poesía de Watts, Wesley y muchos otros, que han provisto a la iglesia de hermosas composiciones que inspiran el alma, sin temor a restringirnos en su uso.

«Bienaventurado el hombre que siempre teme». Y también: «Les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante Su presencia». Teme, pues; el espíritu del temor del Señor es una gracia que embellece grandemente al cristiano, sus palabras y todos sus caminos: «Sea, pues, con vosotros el temor de Jehová; mirad lo que hacéis, porque con Jehová nuestro Dios no hay injusticia, ni acepción de personas, ni admisión de cohecho» (2Cr 19:7).

Paso ahora a las aplicaciones de esta doctrina

6. El uso de esta doctrina

Hasta aquí me he ocupado de la doctrina del temor de Dios. Paso ahora a tratar su uso y sus aplicaciones.

PRIMER USO: Para el auto examen.

¿Es este temor de Dios algo muy excelente? ¿Viene acompañado de tantos privilegios benditos? Entonces, esto debe llevarnos a todos y cada uno de nosotros a un examen diligente de nosotros mismos; es decir, si tienes o no esta gracia, porque si la tienes, entonces tú eres uno de estos benditos a quienes pertenecen estos gloriosos privilegios, pues tienes parte en cada uno de ellos; pero si resulta que esta gracia no está en ti, entonces tu estado es terriblemente miserable, como ya hemos visto en parte y veremos más ampliamente en lo que sigue. Ahora, para ayudarte mejor a pensar, y para que no falles en descubrir lo que eres al examinarte a ti mismo, hablaré sobre esto primero en sentido general y segundo, de forma particular.

Primero. En general. Ningún hombre trae consigo esta gracia al mundo. Todos por naturaleza están destituidos de ella, porque naturalmente nadie teme a Dios; no hay temor de Dios, no hay esta gracia del temor ante sus ojos, ni siquiera saben lo que es, porque este temor fluye, como se mostró antes, de un corazón nuevo, fe, arrepentimiento y cosas

semejantes. Si esto, un nuevo corazón, fe y arrepentimiento, no está en ti, tampoco tienes este temor piadoso. Los hombres deben experimentar un gran cambio de corazón y de vida, o de lo contrario son extraños a este temor de Dios. Ay, ¡cuán ignorantes en cuanto a esto son la mayoría! Sí, y algunos no temen decir que no han cambiado, ni desean hacerlo. ¿Pueden estos temer a Dios? ¿Pueden estos ser poseídos con esta gracia del temor? No, «por cuanto no cambian, ni temen a Dios» (Sal 55:19; Sal 36:1; Ro 3:18).

Por tanto, pecador, considera que sin importar quién eres, si estás desprovisto de este temor de Dios, estás vacío de todas las demás gracias. Porque, este temor, como también he mostrado, fluye de todo el suministro de gracia donde esta se encuentra presente. No hay una sola de las gracias del Espíritu, que no tenga este temor en su interior; sí, puedo decir que este temor es la flor y la belleza de toda gracia. Tampoco hay nada, por mucho que se parezca a la gracia, que sea contado como tal, si su fruto no es este temor de Dios. Por lo tanto, repito, considera bien este asunto, porque según seas hallado con referencia a esta gracia, así será tu juicio. He tratado brevemente esta gracia, pero he intentado, con palabras adecuadas, mostrarla en sus colores delante de ti. Primero, mostrándote qué es este temor de Dios, luego de dónde proviene, así como lo que fluye de él. También he añadido varios privilegios que están vinculados a este temor, para que, si es posible, puedas reconocerlo si lo tienes y darte cuenta de si lo posees o no. Por lo tanto, te remito nuevamente a ese lugar para obtener información sobre este tema. O si no deseas leer el libro nuevamente, pero prefieres continuar hasta el final ahora que has llegado hasta aquí, entonces

Segundo y particularmente, concluyo con varias proposiciones concernientes a aquellos que no temen a Dios.

1. El hombre que es orgulloso y soberbio no teme a Dios. Esto se desprende claramente de la exhortación: «No te ensoberbezcas, sino teme» (Ro 11:20). Aquí se ve que la soberbia y el temor de Dios están puestos en oposición directa el uno del otro; y que, conforme a la conclusión cuidadosa del

apóstol, allí donde ciertamente está la una, no puede estar la otra. Donde hay soberbia, no hay temor de Dios, y donde hay temor de Dios, no hay soberbia, sino humildad. ¿Puede un hombre, al mismo tiempo, ser un hombre orgulloso y temer a Dios también? ¿Por qué, pues, se dice que Dios mira a todo soberbio y lo resiste, y también que mira de lejos a los soberbios? Por tanto, el que se ensoberbece de su persona, de sus riquezas, de su cargo, de sus capacidades y cosas semejantes, no teme a Dios. También es manifiesto que Dios resiste al orgulloso, lo cual no haría si le temiera, pero al ponerlo a tal distancia de Él, al testificar que lo humillará y lo resistirá, es evidente que no es el hombre que tiene esta gracia del temor. Porque el hombre que teme a Dios, como te he mostrado, es el hombre del deleite de Dios, el objeto de Su complacencia (Sal 138:6; Stg 4:6; 1P 5:5; Mal 4:1).

2. El avaro no teme a Dios. Esto también se desprende claramente de la Palabra, porque pone la codicia y el temor de Dios en oposición directa. Se dice que los hombres que temen a Dios odian la codicia (Ex 18:21). Además, el hombre codicioso es llamado idólatra, y se dice que no tiene parte en el reino de Cristo y de Dios. Y además, «El malo se jacta del deseo de su alma, bendice al codicioso, y desprecia a Jehová» (Ez 33:31; Ef 5:5; Sal 10:3). Escucha esto, tú, que persigues el mundo para apoderarte de él, tú, que no te importa cómo lo consigues, con tal que obtengas el mundo. También tú, que usas la religión como pretexto para conseguir el mundo, no temes a Dios. Y ¿qué harás tú, cuyo corazón va en pos de tu codicia? Tú, que eres llevado con engaño por la codicia de arriba a abajo ; a veces a jurar, a mentir, a engañar y a estafar, cuando puedes conseguir el beneficio de hacerlo. Estás lejos, muy lejos, del temor de Dios. «Almas adúlteras», pues así se llama a los codiciosos, «¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Stg 4:4).

3. Los que comen desenfrenadamente no tienen temor de Dios. Porque esto se hace «impúdicamente» (Jud 12), es decir, sin temor. La glotonería es un pecado del cual se hace poco

caso, y del cual se arrepienten tan poco los que lo cometen, pero sin embargo es odioso a los ojos de Dios, y su práctica es una demostración de la falta de su temor en el corazón. Sí, es tan odioso que Dios prohíbe que Su pueblo se junte con los tales. «No estés», dice, «con los bebedores de vino, ni con los comedores de carne» (Pr 23:20). Y además nos dice que los tales son inmundicias y manchas para los que los acompañan, porque en verdad no temen a Dios (2P 2:13; Ro 13:13; 1P 4:4). Algunos hombres son como si no hubieran nacido para otra cosa que para comer y beber, y dan gusto a sus cuerpos con los manjares de este mundo, olvidando por completo por qué Dios los envió aquí; pero los tales, como se dice, no temen a Dios y, por consiguiente, son del número de aquellos sobre quienes el día del juicio vendrá de repente (Lc 21:34).

4. El mentiroso es uno que no teme a Dios. Esto también se desprende claramente del texto: «Mentiste», dice el Señor, «y no te acordaste de mí, ni pensaste en ello? ¿No es acaso porque he guardado silencio por mucho tiempo que no me temes? y no te has acordado de mí, ni te vino al pensamiento? ¿No he guardado silencio desde tiempos antiguos, y nunca me has temido?» (Is 57:11 LBLA). No importa de qué mentira se trataba; lo que aquí se reprende era una mentira o una forma de mentir, y la persona o personas que la practicaban, como se dice, eran personas que no temían a Dios. Una costumbre de mentir y el temor de Dios no pueden permanecer juntos. Este pecado de mentir es un pecado común, y se encuentra en el mundo bajo diversas apariencias. Está el mentiroso profano burlón, está el astuto mentiroso falso, está el hipócrita mentiroso religioso, junto a mentirosos de otros rangos y grados. Pero ninguno de ellos tiene temor de Dios, ni ninguno de ellos, si no se arrepiente, escapará a la condenación del infierno: «Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre» (Ap 21:8). El cielo y la Nueva Jerusalén no son un lugar para tales: «No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira» (v. 27). Por lo tanto, en otro lugar de la Escritura dice que todos los mentirosos están fuera: «Mas los perros estarán

fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira» (Ap 22:15). Pero esta no sería su sentencia, juicio y condenación, si los mentirosos tuvieran en ellos este bendito temor de Dios.

5. No temen a Dios quienes claman a Él por ayuda en el momento de su calamidad, y cuando son liberados, vuelven a su antigua rebelión. Moisés afirmó esto, en un espíritu de profecía, en el momento del poderoso juicio del granizo. Faraón le pidió entonces que rogara a Dios para que le quitara ese castigo. Bien, así lo haré, dijo Moisés: «Pero yo sé que ni tú ni tus siervos temeréis todavía la presencia de Jehová Dios» (Ex 9:30). Como quien dice: Yo sé que, tan pronto como sea quitado este juicio, volverás a tu antigua rebelión. ¿Y qué mayor demostración puede darse de que tal hombre no teme a Dios, que clamar a Dios para ser librado de la aflicción a la prosperidad, y usar esa prosperidad para rebelarse contra Él? Esto es clamar por misericordias para gastarlas, o para tener algo que gastar en nuestros deleites y en el servicio de Satanás (Stgo 4:1-3). De esto se queja Dios en el capítulo 16 de Ezequiel y en el segundo de Oseas: «Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes» (Eze 16:17). Esto fue por falta del temor de Dios. Hoy en día hay muchos como estos en el mundo, tanto hombres como mujeres y niños. ¿No te encuentras tú que lees este libro entre ellos? ¿No has clamado por la salud cuando estabas enfermo, por la riqueza cuando eras pobre, por la fortaleza cuando estabas débil, por la libertad cuando estabas en la cárcel, y luego has gastado todo lo que conseguiste con tu oración al servicio de Satanás y para satisfacer tus concupiscencias? Mira, pecador, estas cosas son señales de que con tu corazón no temes a Dios.

6. No temen a Dios los que acechan a Su pueblo y tratan de derribarlo, o de desviarlo del camino recto, mientras están de camino a su descanso eterno. Esto se desprende claramente del texto: «Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; de cómo te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles

que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios» (Dt 25:17-18). Hoy hay muchos de estos amalecitas en el mundo que se ponen en contra de los débiles del rebaño, y especialmente en contra de los débiles del rebaño, todavía atacándolos, algunos con poder, algunos con la lengua, algunos en sus vidas y propiedades, algunos en sus nombres y reputaciones, con escándalos, calumnias y reproches, pero la razón de esta práctica impía es esta: no temen a Dios. Porque si le temieran, temerían siquiera pensar, y mucho más intentar afligir, destruir y calumniar a los hijos de Dios. Pero los ha habido, los hay y los habrá en el mundo, porque no todos los hombres temen a Dios.

7. No temen a Dios quienes ven Su mano sobre los que se desvían por sus pecados y, sin embargo, ellos mismos también se apartan. Dice Dios: «Ella vio que por haber fornicado la rebelde Israel, Yo la había despedido y dado carta de repudio; pero no tuvo temor la rebelde Judá su hermana, sino que también fue ella y fornicó» (Jr 3:8, 2:19). Judá vio que su hermana había sido repudiada y entregada por Dios en manos de Salmanasar, quien la llevó más allá de Babilonia y, sin embargo, aunque lo vio, fue y también se prostituyó, señal de una gran dureza de corazón y de una verdadera falta de temor de Dios. Porque este temor, si hubiera estado en su corazón, le habría enseñado a temblar ante el juicio que se ejecutó sobre su hermana, a no haber ido a prostituirse también y a no haberlo hecho mientras el juicio de su hermana estaba a la vista y en la memoria. Pero ¿qué es lo que no hará un corazón desprovisto del temor de Dios? Ningún pecado les viene mal a los tales; sí, pecarán, ellos mismos harán aquello por lo cual piensan que algunos están en el fuego del infierno, y todo porque no temen a Dios.

Pero te ruego que observes: si se dice que no tienen temor de Dios los que no hacen caso a la advertencia cuando ven la mano de Dios sobre los que se desvían, ¿tienen temor de Dios los que ponen tropiezos en el camino del pueblo de Dios, y usan artificios para hacerlos apartarse, y aun se regocijan cuando pueden hacer este mal a alguno? Y, sin embargo, hay

muchos como estos en el mundo, que hasta se regocijan cuando ven a un profesante caer en pecado y retroceder de su profesión, como si hubieran encontrado alguna cosa excelente.

8. No temen a Dios quienes pueden contemplar una tierra sumida en el pecado y, sin embargo, no se humillan al verlo. «¿Os habéis olvidado de las maldades de vuestros padres, de las maldades de los reyes de Judá, de las maldades de sus mujeres, de vuestras maldades y de las maldades de vuestras mujeres, que hicieron en la tierra de Judá y en las calles de Jerusalén? No se han humillado hasta el día de hoy, ni han tenido temor, ni han caminado en Mi ley» (Jr 44:9-10). He aquí una tierra llena de maldad, y nadie para lamentarse, porque les faltó temor de Dios, y el amor para andar en Su ley. Pero, si de los que no se humillan ante la maldad propia y ajena se dice que no temen, ni tienen temor de Dios, entonces, ¿qué pensaremos o diremos de los que reciben, apoyan y se regocijan en tal maldad?

¿Acaso temen a Dios? Sí, ¿qué diremos de los que inventan y promueven la maldad, como los juramentos, las groserías o cosas por el estilo? ¿Crees que temen a Dios? Una vez más, ¿qué diremos de aquellos que no pueden contentarse con ser malvados ellos mismos, e inventar y regocijarse en la maldad de otros hombres, sino que necesitan odiar, reprochar, denigrar y abusar de aquellos a quienes no pueden persuadir de ser malvados? ¿Acaso temen a Dios?

9. Los que prestan más atención a sus propios sueños que a la Palabra de Dios, no temen a Dios. Esto también se desprende claramente de la Palabra: «Donde abundan los sueños, también abundan las vanidades y las muchas palabras; mas tú, teme a Dios»; es decir, presta atención a Su Palabra (Ec 5:7; Is 8:20). Aquí se opone el temor de Dios a que prestemos demasiada atención a los sueños, y se da a entender que es por falta de temor de Dios por lo que los hombres prestan tanta atención a esas cosas. ¿Qué dirán a esto los que prestan más atención a una sugestión que surge de sus necios corazones, o que es puesta allí por el diablo, que a la santa

Palabra de Dios? Estos son «soñadores». Además, ¿qué diremos de aquellos que están más confiados en la misericordia de Dios para con su alma, porque los ha bendecido con cosas externas, que lo que temen Su ira y condenación, aunque toda la Palabra de Dios lo confirme completamente? Estos son «soñadores» en verdad.

Un sueño es real, o también como una apariencia, y así algunos hombres sueñan durmiendo y otros, despiertos (Is 29:7). Y así como los que un hombre sueña durmiendo provienen de Dios, Satanás, los negocios, la carne o cosas semejantes, así también los que un hombre sueña despierto, pasan por los que tenemos mientras dormimos. Los hombres, cuando están corporalmente despiertos, pueden tener sueños, es decir, visiones del cielo; tales son todos los que tienen tendencia a revelar al pecador su estado o el estado de la iglesia según la Palabra. Pero los que provienen de Satanás, de los negocios y de la carne, especialmente de Satanás y de la carne, tienden a alentar a los hombres a esperar el bien de una manera que está en desacuerdo con la Palabra de Dios²⁵

A estos, Judas los llama «soñadores», aquellos cuyos principios eran sus sueños, los que «mancillan la carne», es decir, por la fornicación y la inmundicia; «rechazan la autoridad», que les pone riendas sobre el cuello de sus lujurias; «blasfeman de las potestades superiores», de aquellos que Dios había puesto sobre ellos, para gobernarlos en toda la ley y el testimonio de Cristo. Estos soñaban que al vivir como bestias, ser codiciosos de ganancias y quitar por ello las vidas de sus dueños, como Caín y Balaam hicieron con sus artimañas, serían considerados como personas justas en las mejores pruebas. De estos también habla Pedro (2P 2). Y hace de sus sueños, como los llama Judas, el principio y el error en su vida y doctrina; puedes leer de ellos en todo ese capítulo, donde se

²⁵ Nadie puede acusar a Bunyan de tener una noción supersticiosa de los sueños, ya sea durmiendo o como si estuvieran durmiendo. El modo de interpretación que él recomienda es tanto racional como bíblico. Soñar despierto se explica así: «Sueñan en un curso de lectura sin digerir» -Locke.

les llama hijos de maldición y, por consecuencia, esos que no temen a Dios.

10. No temen a Dios los hechiceros, los adúlteros, los que juran falsamente y los que despojan al jornalero de su salario. Es costumbre de algunos hombres retener fraudulentamente del asalariado lo que acordaron pagar por su trabajo a través de un pacto; quiero decir, agarrando y quitándole lo que por derecho le corresponde, hasta hacerle clamar a «los oídos del Señor de los ejércitos» (Stg 5:4). Estos no temen a Dios, se cuentan entre los peores de los hombres y en el día de su rendición de cuentas Dios mismo dará testimonio contra ellos. Dice Dios: «Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de Mí, dice Jehová de los ejércitos» (Mal 3:5).

11. No temen a Dios los que, en vez de compadecerse, se ensañan con el pueblo de Dios en sus aflicciones, tentaciones y persecuciones, y más bien se regocijan y saltan de alegría, en vez de compadecerse de ellos en su dolor. Así lo hicieron los enemigos de David, así lo hicieron los enemigos de Israel y así lo hizo el ladrón que se burló de Cristo cuando estaba colgado en la cruz, y por eso fue considerado, incluso por sus semejantes, como uno que no temía a Dios (Lc 23:40; Sal 35:1:22-26; lee Abd 10-15; Jr 48:2-6). Esto es algo común entre los hijos de los hombres, aun regocijarse en el sufrimiento de los que temen a Dios, y surge incluso de un odio interno a la piedad. Los odian, dice Cristo, porque me odiaron a mí. Por tanto, Cristo toma lo que se hace a los Suyos, en esto, como hecho a Sí mismo y, de esta manera, a la santidad de vida. Sin embargo, esto resulta difícil para aquellos que desprecian y se regocijan de ver al pueblo de Dios en sus aflicciones, y que se aprovechan, como lo hizo el obstinado Simei, para aumentar las penas y aflicciones del pueblo de Dios (2S 16:5-8). Estos no temen a Dios, lo hacen por enemistad y su pecado es tal que difícilmente será borrado (1R 2:8,9).

12. No temen a Dios quienes son ajenos a los efectos del temor. «Y si soy señor, ¿dónde está Mi temor?». Es decir, muestra que lo soy por tu temor a mí en los resultados de tu temor a mí. «Ofrecéis sobre Mi altar pan inmundo». Esto no es señal de que me temes, cuando ofreces el animal ciego para el sacrificio, ¿dónde está mi temor? Ofreces el cojo o el enfermo, estos no son efectos del temor de Dios (Mal 1: 6-8). Pecador, una cosa es decir temo a Dios y otra, temerle de verdad. Por eso, como dice Santiago, muéstrame tu fe por tus obras, así aquí Dios pide un testimonio de tu temor por los efectos del temor. Ya te he mostrado varios efectos del temor; si eres extraño a ellos, eres extraño a esta gracia del temor. Por lo tanto, para concluir esto, no es una profesión fingida lo que servirá; aquí solo será bueno lo que está salado con este temor de Dios, y los que le temen son hombres de verdad, hombres de corazón sincero, hombres perfectos, rectos, humildes, santos; por lo tanto, lector, examina, y otra vez te digo examina, y pon la Palabra y tu corazón al unísono, antes de que concluyas que temes a Dios.

¡Qué! ¿Temer a Dios en un estado natural? ¿Temer a Dios sin un cambio de corazón y de vida? ¿Cómo temer a Dios siendo soberbio, codicioso, bebedor de vino y comedor desenfrenado de carne? ¿Cómo temer a Dios y ser mentiroso, y uno que clama por misericordias para gastarlas en tus deleites? Esto sería extraño. Es verdad que puedes temer como los demonios, pero ¿de qué te servirá? Puede que tu temor te aleje de Dios, de Su adoración, de Su pueblo y de Sus caminos, pero ¿de qué te servirá? Puede ser que tengas tanto miedo en el presente como para detenerte un poco en tu curso pecaminoso; tal vez has sido golpeado por la Palabra de Dios, y en la actualidad estás un poco deslumbrado e impedido de seguir tu carrera anterior detrás del pecado; pero ¿qué significa eso? Si por el temor que tienes, tu corazón no está unido a Dios y al amor de Su Hijo, de Su Palabra y Su pueblo,

tu temor no vale nada²⁶ También muchos hombres se ven obligados a temer a Dios, como los subalternos se ven obligados a temer a los que están por fuerza por encima de ellos. Si solo temes a Dios así, no es más que un falso temor; no fluye del amor a Dios. Este temor no trae sujeción voluntaria, que es lo que realmente resulta del temor genuino; sino que, siendo dominado como un hipócrita, te sometiste a ti mismo por obediencia fingida, siendo forzado por mero temor a hacerlo (Sal 66:3).

Se dice que «la fama de David fue divulgada por todas aquellas tierras; y Jehová puso el temor de David sobre todas las naciones» (1Cr 14:17). Pero ¿qué, ahora amaban a David? ¿ahora lo elegían para ser su rey? No, en verdad ellos, muchos de ellos, más bien lo odiaban y, cuando podían, hacían resistencia contra él. Hicieron lo mismo que tú: temieron, pero no amaron; temieron, pero no escogieron el gobierno que reinaba sobre ellos. También se dice de Josafat, cuando Dios hubo sometido ante él a Amón, Moab y el monte Seír, que «el pavor de Dios cayó sobre todos los reinos de aquella tierra, cuando oyeron que Jehová había peleado contra los enemigos de Israel» (2Cr 20:29). Pero ¿no era este temor, que ahora se llama el temor de Dios, otra cosa más que un temor a la grandeza del poder del rey? No, en verdad, ni ese temor los llevó a someterse voluntariamente a sus leyes y gobierno, ni a gustar de ellos; solo los hizo como esclavos y subalternos, temerosos de que ejecutara sobre ellos la venganza de Dios.

²⁶ Quienquiera que seas, ruega al Señor que te pese en la balanza del santuario. No hay temor de Dios, no hay gracia en el alma. De esta clase es el orgulloso, el codicioso, el glotón, el mentiroso, el apóstata, el que pervierte al pueblo de Dios del camino recto; los reincidentes obstinados e incorregibles; los que ni lloran ni suspiran por la maldad de la tierra; los que prefieren sus propias fantasías, sueños, imaginaciones y sentimientos a la Palabra de Dios; los maldicientes, adúlteros, perjuros y opresores de los pobres; los que insultan a los piadosos y se alegran de sus sufrimientos; los que no tienen amor, gratitud ni sentido del deber hacia Dios, como fuente de sus inmerecidas misericordias. Oh lector, no des descanso a Dios hasta que, por Su Palabra y Espíritu, te imparta este santo temor como garantía de la gloria futura; sin él perecerás.

Por lo tanto, a pesar de este temor, eran rebeldes a él en sus corazones, y cuando la ocasión y la condición se presentaron, lo demostraron levantándose en rebelión contra Israel. Por lo tanto, este temor no provocó más que una obediencia fingida y forzada, una representación correcta de la obediencia de los tales, que siendo todavía enemigos de Dios en sus mentes, se ven obligados en virtud de la convicción presente a ceder un poco, incluso en cuanto a temer a Dios, a Su Palabra y a Sus ordenanzas. Lector, quienquiera que seas, piensa en esto, es algo que te concierne; por lo tanto, hazlo y examina, y examina de nuevo, y mira diligentemente a tu corazón al examinarlo, que no te engañe acerca de esto que es de gran interés para ti, como en verdad lo es el temor de Dios.

Una cosa más, antes de concluir permíteme advertirte. Cuídate de postergar el temor del Señor. Algunos hombres, cuando han tenido la convicción en su corazón de que el temor de Dios no está en ellos, por el dominio de sus corrupciones han pospuesto y postergado el temor de Dios de ellos, como se dice de ellos en Jeremías: «Este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron. Y no dijeron en su corazón: Temamos ahora a Jehová Dios nuestro» (Jr 5:23-24). Veían que los juicios de Dios los acechaban porque aún no temían a Dios, pero esa convicción no prevalecería sobre ellos para decir: «Temamos ahora a Jehová Dios nuestro». Ellos posponían el temerle; postergaban Su temor por más tiempo. Pecador, ¿has postergado temer al Señor? ¿Es tu corazón todavía tan obstinado que no dice todavía: «Temamos ahora a Jehová Dios nuestro»? El Señor se ha dado cuenta de tu rebelión y está preparando un terrible juicio para ti. «¿No castigaré esto? dice Jehová; ¿y de tal gente no se vengará Mi alma?» (v 29). Pecador, ¿por qué has de traer sobre ti la venganza? ¿Por qué has de traer sobre ti la venganza del cielo? Mira hacia arriba, tal vez ya has estado acercando este gran tiempo para hacerlo caer sobre ti. No lo llares más; ¿por qué has de ser tú tu propio verdugo? Cae de rodillas, hombre, y alza tu corazón y tus manos al Dios que mora en los cielos; clama, sí, clama en voz alta: Señor, unifica mi corazón para que tema Tu nombre, y

no endurezcas mi corazón a Tu temor. Así han clamado ante Ti los hombres santos, y al clamar así han evitado el juicio.

Algunas cosas que pueden moverte a temer al Señor.

Antes de concluir con esta aplicación, permíteme decirte algunas cosas que, si Dios quiere, pueden moverte a temer al Señor.

1. El hombre que no teme a Dios se comporta hacia Él peor que como la bestia bruta se comporta hacia ese hombre. «El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra», sí, «y sobre toda ave de los cielos», y «en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar» (Gn 9:2).

Nota que Dios dice que todas Sus criaturas te temerán y te tendrán miedo. Ninguna de ellas será tan dura como para desechar toda reverencia hacia ti. Pero ¿qué vergüenza es esta para el hombre, que Dios le someta todas Sus criaturas, y él rehúse inclinar su corazón ante Dios? La bestia, el ave, el pez y todos, tienen temor y miedo del hombre, sí, Dios ha puesto en sus corazones que teman al hombre. Sin embargo, el hombre está desprovisto de temor y miedo, me refiero a este temor piadoso hacia Él, quien en Su amor ha puesto todas las cosas debajo de él. Pecador, ¿no te avergüenzas de que una vaca tonta, una oveja, sí, un cerdo, observe mejor la ley de Su creación, que tú la ley de tu Dios?

2. Considera que el que no teme a Dios, Dios le hará temerle, quiera o no quiera. Es decir, el que no lo hace, que no le teme ahora tanto como para inclinarse voluntariamente ante Él y cargar Su yugo. Dios hará que lo tema cuando venga a tomar venganza de él. Entonces lo rodeará de terror y de temor por todas partes, temor por dentro y temor por fuera; temor habrá en el camino, aun en el camino por donde vayas cuando salgas de este mundo, y ese será un temor espantoso (Ec 12:5). «Traeré sobre ellos lo que temieron», dice el Señor (Is 66:4).

3. El que no teme a Dios ahora, el Señor se reirá de sus temores entonces. Pecador, Dios será consistente con todos los

que elijan no tener Su temor en sus corazones: porque así como ahora llama y no oyen, así entonces clamarán, sí, gritarán, y Él se reirá de sus temores. «Me reiré», dice Él, «cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová» (Pr 1:26-29).

Pecador, piensas escapar del temor, pero ¿qué harás con la fosa? Piensas escapar de la fosa, pero ¿qué harás con el lazo? ¿Qué es el lazo? Yo te respondo que es la obra de tus propias manos. «En la obra de sus manos fue enlazado el malo», es «enredado en la prevaricación de sus labios» (Sal 9:16; Pr 12:13).

Pecador, ¿qué harás cuando caigas en este lazo, es decir, en la culpa y el terror con que te conducirán²⁷ tus pecados, cuando, como una cuerda, se aten a tu alma? Este lazo te llevará de nuevo a la fosa, que es el infierno, y entonces, ¿cómo harás para librarte de tu temor? El temor, la fosa y el lazo caerán sobre ti, porque no temes a Dios.

Pecador, ¿eres tú uno de los que han desechado el temor? Pobre hombre, ¿qué harás cuando estas tres cosas te asedien? ¿Adónde huirás en busca de ayuda? ¿Y dónde dejarás tu gloria? Si huyes del temor, allí está la fosa; si huyes de la fosa, allí está el lazo.

SEGUNDO USO, una exhortación a temer a Dios.

UNA EXHORTACIÓN A TENER TEMOR DE DIOS. Me refiero a una exhortación a los santos: «Temed a Jehová, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen». No es que todos los santos no teman a Dios, sino que, como dice el apóstol en otro lugar: «Os rogamos, hermanos, que abundéis

²⁷ Snaffle : una brida suelta con un freno. «To snaffle»: ser conducido fácilmente. «El tercio del mundo es tuyo, que con una rienda, puedes pasear fácil, pero no tan sabio». Antonio y Cleopatra. -Ed.

en ello más y más». El temor del Señor, como te he mostrado, es una gracia del nuevo pacto, como lo son otras gracias salvíficas, y por eso es susceptible a ser más fuerte o más débil, como lo son las otras gracias. Por eso te ruego que le temas cada vez más.

Se dice de Abdías que temía mucho al Señor: todos los santos temen al Señor, pero no todos los santos le temen mucho. Oh, hay pocos Abdías en el mundo, quiero decir entre los santos de la tierra. Ver todo el relato que se hace de él (1R 18). Como Pablo dijo de Timoteo: «A ninguno tengo del mismo ánimo», así puede decirse de algunos en cuanto al temor del Señor: apenas tienen algo de él. Así sucedió con Job: «No hay otro como él en la tierra...temeroso de Dios» (Job 1:8). No había nadie en los días de Job que temiera a Dios como él, no, no había nadie como él en toda la tierra, pero sin duda había otros en el mundo que temían a Dios. Pero, todos los santos deben tener este gran temor de Él, y eso fue lo que Job hizo, y en eso él superó a sus semejantes. También se dice de Hananías que era «varón de verdad y temeroso de Dios, más que muchos» (Neh 7:2). En cuanto al ejercicio y crecimiento de esta gracia, él también se había adelantado a muchos de sus hermanos. Él era «temeroso de Dios, más que muchos». Ahora bien, dado que esta gracia admite grados y es más fuerte en algunos y más débil en otros, despertémonos todos en cuanto a otras gracias, así como en esta gracia también. Que así «como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia». Me esforzaré por reafirmar esta exhortación por varios motivos.

Primero. Que el amor distintivo de Dios hacia ti sea un motivo para que le temas en gran manera. Él ha puesto Su temor en tu corazón y no ha dado esa bendición a tu prójimo; tal vez tampoco a tu esposo, a tu esposa, a tu hijo o a tus padres. ¡Oh, qué obligación debería imponer esta consideración a tu corazón de temer grandemente al Señor! Recuerda también, como he mostrado en la primera parte de este libro, que este temor del Señor es Su tesoro, una joya

selecta, concedida solo a los favoritos y a los que son muy amados. Los grandes dones tienden naturalmente a comprometernos, y confío que así lo harán contigo, cuando pienses en esto inteligentemente. Es señal de una naturaleza muy mala cuando se muestra lo contrario; ¿podría Dios haber hecho más por ti que poner Su temor en tu corazón? Esto es mejor que haberte dado un lugar incluso en el cielo sin él. Aunque te hubiera dado toda la fe, toda la ciencia y la lengua de los hombres y de los ángeles, y además un lugar en el cielo, todo ello se hubiera quedado corto de este don: el temor de Dios en tu corazón. Por lo tanto, ámalo, aliméntalo, ejercítalo, usa todos los medios para que aumente y crezca en tu corazón, para que parezca que está guardado en tu mano, pobre pecador.

Segundo. Otro motivo para estimularte a crecer en esta gracia del temor de Dios pueden ser los privilegios que te confiere. ¿Qué o dónde encontrarás en la Biblia, tantos privilegios tan afectuosamente vinculados a cualquier gracia, como a esta del temor de Dios? Dios habla de esta gracia y de los privilegios que le pertenecen, hablo aquí con reverencia, como si no supiera cómo dejar de bendecir al hombre que la posee. Me parece que esta gracia del temor es la gracia predilecta, la gracia que Dios valora más altamente en Su corazón. Como si abrazara con cariño y pusiera al hombre en su seno, aquel que tiene y se fortalece en esta gracia del temor de Dios. Observa nuevamente los numerosos privilegios en los que el hombre participa cuando tiene esta gracia en su corazón. También observa que hay muy pocos, dondequiera que se mencionen, que no estén acompañados de una bendición o que el hombre no sea mencionado de manera admirable.

Tercero. El hombre que crece en esta gracia del temor del Señor escapará de aquellos males en que otros caerán. Cuando está presente, esta gracia guarda al alma de la apostasía final: «Pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí» (Jr 32:40). Pero, sin embargo, si no hay un incremento de esta gracia, puede venir y cometerse mucho

mal a pesar de ella. Hay un niño que está sano, tiene sus extremidades y puede andar, pero es descuidado; ahora bien, el mal del descuido lo perjudica mucho. El descuido es la causa de tropiezos, de caídas, de golpes y de que caiga en la tierra, sí, de que a veces se queme, o casi se ahogue. Y así es, incluso con el pueblo de Dios que le teme, porque no añaden a su temor una preocupación por crecer más en el temor de Dios y, por tanto, cosechan daño; mientras que, si tuvieran más temor, este los guardaría mejor, los libraría más y los preservaría de estas trampas mortales.

Cuarto. Crecer en esta gracia del temor de Dios es la manera de mantenerse siempre en un cumplimiento meticuloso de los deberes cristianos. Un aumento en esta gracia mantiene toda gracia ejercitada, y el mantener nuestras gracias debidamente ejercitadas, produce un cumplimiento meticuloso de los deberes. Tal vez tengas un reloj en el bolsillo, pero la manecilla todavía no funciona bien, sino que siempre indica mal la hora del día; bien, ¿cuál es la manera de remediar esto, sino mirar bien el resorte y los engranajes interiores? Porque si en verdad funcionan bien, también lo hará la manecilla. Este es tu caso en las cosas espirituales; eres un hombre con gracia y temor de Dios, pero a pesar de esto, al observar tu vida, no podemos decir qué hora del día es.²⁸ No das ninguna señal verdadera y constante de que realmente eres cristiano; bien, pues la razón es que no te fijas bien en esta gracia del temor de Dios. No creces ni progresas en ella, sino que permites que tu corazón se vuelva descuidado y duro, y que tu vida sea negligente y mundana. El crecimiento de Job en el temor de Dios le hizo evitar el mal (Job 1, 2:3).

Quinto. Esta es la manera de ser verdaderamente sabio. El sabio teme y se aparta del mal. No dice que un hombre sabio tiene la gracia del temor, sino que un hombre sabio teme, es decir, pone en práctica esta gracia. No hay mayor señal de sabiduría que crecer en esta bendita gracia. ¿No es una señal

²⁸ Qué ilustración tan familiar pero tan llamativa. Lector, mira bien el resorte principal, y mira también que las ruedas no estén atascadas. Debemos ser epístolas vivas, conocidas y leídas por todos los hombres.—Ed.

de sabiduría apartarse de los pecados, que son las trampas de la muerte y del infierno? ¿No es una señal de sabiduría que un hombre se esfuerce cada vez más por interesarse en el amor y la protección de Dios? ¿No es un punto culminante de sabiduría que un hombre esté siempre haciendo aquello que lo pone bajo la guía de los ángeles? Ciertamente esto es sabiduría. Y si es una bendición tener este temor, ¿no es sabiduría crecer en él? Sin duda es el punto más alto de la sabiduría, como he mostrado antes; por lo tanto, crece en él.

Sexto. Es apropiado que los santos teman y crezcan en este temor de Dios. Él es tu Creador, ¿no es propio de las criaturas temer y reverenciar a su Creador? Él es tu Rey, ¿no es propio de los súbditos temer y reverenciar a su Rey? Él es tu Padre, ¿no es propio de los hijos reverenciar y temer a su Padre, y hacerlo cada vez más?

Séptimo. Es honorable crecer en esta gracia del temor; «Cuando Efraín hablaba, hubo temor; fue exaltado en Israel» (Os 13:1). En verdad, temer y crecer en este temor, es señal de un espíritu muy majestuoso; y la razón es que cuando temo mucho a mi Dios, estoy por encima del temor a todos los demás. No hay nada en este mundo, por más terrible y espantoso que sea, que pueda moverme a temerles. Y por eso es que Cristo nos aconseja temer: «Mas os digo, amigos míos», dice Él, «no temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer». Sí, pero esta es una naturaleza muy elevada, ¿cómo podríamos llegar a tales espíritus tan elevados? Bien, te advertiré a quién debes temer y, al temerlo, llegarás a estas alturas: «Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a este temed» (Lc 12:4-5). En efecto, este verdadero temor de Dios pone al hombre por encima de todo el mundo. Y por eso dice otra vez: «Ni temáis lo que ellos temen», sino «a Jehová de los ejércitos, a Él santificad» en tu corazón, «sea Él vuestro temor, y Él sea vuestro miedo» (Is 8:12-13).

Los grandes despotricadores, fanfarrones y escandalosos,²⁹ que ignoran la naturaleza del temor de Dios, consideran que temer y temblar ante el Señor es tener un espíritu mediocre, furtivo, patético y cobarde; pero quien haga memoria de las cárceles y horcas, de la espada y la hoguera, verá que allí, en ellos, ha estado el espíritu más poderoso e invencible que ha habido en el mundo.

Sí, fíjate si Dios considera que el crecimiento de Su pueblo en esta gracia del temor es lo que lo hace honorable, que enfáticamente excluye de morar eternamente en Su casa a los que no honran a los que le temen (Sal 15:4). Y dice además: «La mujer que teme a Jehová, esa será alabada». Si el mundo y los hombres impíos no las honran, serán honradas de otra manera. «Yo honraré a los que me honran», dice, y serán honrados en el cielo, en las iglesias y entre los ángeles.

Octavo. Este temor y el crecimiento en él, califica a un hombre para que se le confíen las cosas celestiales y espirituales, sí, y las cosas terrenales también.

1. En cuanto a las cosas celestiales y espirituales. «Mi pacto», dice Dios, «con [Leví] fue de vida y de paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de Mí» (Mal 2:5).

He aquí qué don, qué misericordia, qué bendición se le confía a este Leví; es decir, el pacto eterno de Dios, y con la vida y la paz que están incluidas en este pacto. Pero ¿por qué se le da? la respuesta es: «para que me temiera; y tuvo temor de mí». Y la razón es buena, porque este temor de Dios enseña al hombre a estimar debidamente todo don de Dios que se nos concede; también nos enseña a hacer uso del mismo con reverencia a Su nombre y respeto a Su gloria de la manera más piadosa, todo lo cual conviene al que se le confía cualquier don espiritual. El don aquí fue dado a Leví para ministrar a sus

²⁹ Un tipo violento, alborotador, bravucón y turbulento, una especie de hombre que ahora está en desuso, como lo están las cárceles y las horcas, la espada y la hoguera. Cuán grande y verdadero era el valor que podía mirar y esperar tales pruebas sin retroceder, cuando estas amenazaban como recompensa por el amor a Cristo y la santa obediencia a Su evangelio.—Ed.

hermanos doctrinalmente, porque él, dice Dios, enseñará Mis juicios a Jacob y Mi ley a Israel. Lee también Éxodo 18:21, Nehemías 7:2, y otros lugares que podríamos mencionar, y descubrirás que los hombres que temen a Dios y odian la codicia; que los hombres que temen a Dios por encima de los demás, son aquellos a quienes Dios y Su iglesia también les confían el ministerio de las cosas espirituales antes que a cualquier otro en el mundo.

2. En cuanto a las cosas terrenales. Este temor de Dios califica a un hombre para que otros depositen en él su confianza antes que en otro. Por eso Dios hizo a José señor de todo Egipto; a Abdías, mayordomo de la casa de Acab; a Daniel, Mardoqueo y los tres jóvenes, los puso sobre la provincia de Babilonia; y esto por la maravillosa obra de la mano de Dios, porque ahora él tenía que disponer de las cosas terrenales, no solo de una manera general, sino para el bien de su pueblo en especial. Ciertamente, cuando no hay ninguna obra o asunto especial que Dios haya de hacer en una nación por Su pueblo, entonces quien quiera (es decir, tengan gracia o no) puede disponer de esas cosas. Pero si Dios tiene algo en especial que otorgar a Su pueblo de los bienes de este mundo, entonces lo confiará en manos de hombres temerosos de Dios. José debe ser nombrado ahora señor de Egipto, porque hay que evitar que Israel muera de hambre; Abdías debe ser nombrado ahora mayordomo de la casa de Acab, porque hay que ocultar y alimentar a los profetas del Señor a pesar de la furia y los planes sangrientos de Jezabel; Daniel, con sus compañeros, y Mardoqueo también, todos ellos fueron exaltados a la dignidad terrenal y temporal, para que en ese estado, siendo hombres que abundaban en el temor de Dios, fueran útiles a sus hermanos en sus apuros y dificultades (Gn 42:18, 41:39; 1R 18:3; Est 6:10; Dn 2:48, 3:30, 5:29, 6:1-3).

Noveno. Donde no crece el temor de Dios en el corazón de alguien, allí no prospera la gracia, ni se cumple el deber como es debido.

Allí no prospera la gracia, ni la fe, ni la esperanza, ni el amor, ni ninguna gracia. Esto se desprende de la exhortación general: «Perfeccionando la santidad en el temor de Dios»

(2Co 7:1). Perfeccionar la santidad, ¿qué es eso?, sino como Santiago dice de la paciencia, que cada gracia tenga «su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Stg 1:4).

Pero esto no puede hacerse sino en el temor de Dios, sí, en el ejercicio de esa gracia, y así consecuentemente en el crecimiento de ella, porque no hay gracia que no crezca al ser ejercitada. Si, pues, quieres ser perfecto en santidad, si quieres que toda gracia que Dios ha puesto en tu alma crezca y florezca hasta la perfección, ponlas, como diría yo, a empaparse en esta gracia del temor,³⁰ y hazlo todo en el ejercicio de ella; porque es mejor lo poco que se hace en el temor del Señor que el gran tesoro de los impíos. Y además, Y además, el Señor no dejará que padezca hambre el alma del justo, el alma que vive en el temor del Señor, pero desecha la abundancia de los impíos. Trae abundancia a Dios, y si no está sazónada con temor piadoso, no le será aceptable, sino repugnante y abominable a Sus ojos; porque no fluye del espíritu del temor del Señor.

Por lo tanto, donde no hay un crecimiento en este temor, no se cumple el deber de manera aceptable. Esto se deriva de lo que precede, ya que si la gracia se deteriora en lugar de crecer, donde esta gracia del temor no está creciendo y en aumento, entonces los deberes en su gloria y aceptabilidad decaen igualmente.

Décimo. Otro motivo para estimularte a crecer en el aumento de esta gracia del temor es que si abundas en ella, te dará gran audacia tanto con Dios como con los hombres. Job era un hombre inigualable en su tiempo por ser temeroso de Dios, y ¿quién era tan osado con Dios como Job? ¿Quién era tan osado con los hombres como él? Tan osado fue con Dios, que no deseaba otra cosa que llegar hasta Su silla, y concluye que, si pudiera llegar hasta Él, se presentaría ante Él como un príncipe, y como tal expondría su causa ante Él (Job 23:3-7,

³⁰ Esta es una expresión muy fuerte e impactante. «Empaparse» significa absorber tanto como podamos contener; y en cuanto a la influencia del temor piadoso, seremos felices en la medida en que seamos capaces de seguir el consejo de Bunyan.

31:35-37). También ante sus amigos, ¿cuán osado era? Porque siempre que le acusaban de ser un hipócrita, él los rebatía con el testimonio de una buena conciencia, la cual obtuvo, conservó y mantuvo creciendo en el temor de Dios. Sí, su conciencia se mantuvo tan recta por esta gracia del temor, ya que fue por eso que evitó el mal, que era común para él apelar a Dios cuando era acusado, y también ponerse a sí mismo bajo las más amargas maldiciones e imprecaciones para ser absuelto (Job 13:3-9, 18; 19:23,24, 31).

Este temor de Dios es lo que mantiene la conciencia limpia y tierna, y tan libre de gran parte de esa contaminación que incluso un buen hombre puede sufrir por falta de su crecimiento en este temor de Dios. Sí, permíteme agregar que si un hombre puede decir con buena conciencia que desea temer el nombre de Dios, esto añadirá valentía a su alma al acercarse a la presencia de Dios. Nehemías dijo: «Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento Tu oído a la oración de Tu siervo, y a la oración de Tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre» (Neh 1:11). Alegó su deseo de reverenciar el nombre de Dios como argumento para que Dios le concediera su petición; y la razón era que Dios lo había prometido antes: «Benedicirá a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes» (Sal 115:13).

Undécimo. Otro motivo para estimularte a temer al Señor y a crecer en este temor es que, por medio de él, tus esfuerzos para la salvación de las almas de los demás serán bendecidos. Se dice de Leví, de quien se hizo mención antes, que temía a Dios y se asustaba ante Su nombre, que salvaba a otros de sus pecados. «La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad» (Mal 2:6). El temor de Dios que habitaba en su corazón, mostró su crecimiento en la santificación del Señor a través de su vida y palabras, el Señor también bendijo este crecimiento al bendecir sus esfuerzos para la salvación de sus prójimos.

Si quieres salvar a tu esposo, a tu esposa, a tus hijos y a otros, entonces teme mucho a Dios.

Esto enseña Pedro: «Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa» (1P 3:1-2). Entonces, si las esposas y los hijos, sí, los esposos, esposas, hijos, sirvientes y otros simplemente observaran mejor esta regla general de Pedro, es decir, que toda su conducta esté acompañada de temor, podrían convertirse en instrumentos en las manos de Dios para hacer mucho más obras de lo que hacen. Pero la desgracia es que el temor de Dios falta en las acciones, y esa es la razón por la que se hace tan poco bien por parte de quienes profesan. No es una conducta que acompaña una profesión, ya que una gran profesión puede ir acompañada de una vida que no es buena, sino escandalosa. Más bien, es una conducta unida al temor de Dios, es decir, con las marcas del temor de Dios sobre ella, lo que resulta convincente y ministra el despertar de Dios a la conciencia, con el fin de salvar al incrédulo. ¡Oh, qué pareja tan dulce, es decir, una conducta cristiana unida al temor!

La falta de este temor de Dios es lo que a menudo ha sido un tropiezo para los ciegos. Ay, el mundo no se convencerá por tu conversación, por tus ideas y por la gran profesión que haces, si no ven, entrelazadas con ellas, las marcas vivas del temor de Dios. Pero, como dije, más bien tropezarán y caerán, incluso ante tu conducta y tu propia profesión. Por lo tanto, para prevenir este daño, es decir, el tropiezo de las almas mientras haces tu profesión de fe en Dios, debido a una conducta que no corresponde a tu profesión, Dios te insta a temerlo. Esto implica que una buena conducta, unida al temor de Dios, protege al mundo ciego de caer en obstáculos de los que, de otra manera, no podrían ser librados. «No maldecirás al sordo, y delante del ciego no pondrás tropiezo, sino que tendrás temor de tu Dios. Yo Jehová» (Lv 19:14). Pero debes temer a tu Dios; esa es la solución que evitará que tropiecen contigo, sin importar en qué más tropiecen. Por lo cual dice Pablo a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina;

persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren» (1Ti 4:16).

Duodécimo. Otro motivo para temer y crecer en el temor de Dios es que esta es la forma de involucrar a Dios para que te libre de muchos peligros externos, sin importar quién caiga en ellos. (Sal 34:7). Así lo prueba la historia de las parteras hebreas. «Las parteras», dijo Moisés, «temieron a Dios», y no ahogaron a los niños varones como había ordenado el rey, sino que los mantuvieron con vida. ¿Y qué sigue? «Y por haber las parteras temido a Dios, Él prosperó sus familias» (Éxodo 1). Es decir, las protegió y logró que quedaran ocultas de la furia del rey, tal vez en algunas de las casas de los propios egipcios, ¿por qué no podrían estar allí escondidas las parteras, al igual que Moisés estuvo escondido en la corte del rey? Y cuántas veces se dice que aquellos que temen a Dios son liberados tanto por Dios como por sus santos ángeles, como ya he mencionado anteriormente.

Decimotercero. Este es el camino para ser librados de errores y opiniones condenables. Hay algunos que perecen en su justicia, lo cual es un error; hay quienes perecen en su maldad, lo cual también es un error. Algunos prolongan su vida a través de su maldad, y otros son demasiado justos; también algunos son excesivamente sabios, y todo esto son trampas, fosos y agujeros. Pero entonces, dirás tú, ¿cómo escaparé? Ciertamente ese es el problema, y el Espíritu Santo lo resuelve así: «Aquel que a Dios teme, saldrá bien en todo» (Ec 7:18).

Decimocuarto. Otro motivo para temer y crecer en el temor de Dios es que aquellos que lo tienen, aunque sus almas estén sumidas en la oscuridad, tienen permiso para acercarse con valentía a Jesucristo y confiar en Él para obtener vida. Antes te dije que quienes temen a Dios en general tienen la libertad de confiar en Él, pero ahora te digo, y de manera específica, que ellos, y especialmente ellos, pueden hacerlo, incluso en medio de la oscuridad. Si te encuentras en la oscuridad y no tienes luz, pero la gracia del temor está viva en tu corazón, tienes esta audacia: «¿Quién hay entre vosotros

que teme a Jehová», fíjate, que tema a Jehová, «y oye la voz de Su siervo? El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios» (Is 50:10). No es una pequeña ventaja, sabes, cuando las personas tienen que lidiar con asuntos difíciles, tener un derecho o licencia para hacerlo; confiar en el Señor es una tarea difícil, pero es la mejor y la más provechosa de todas. Pero entonces, algunos dirán, dado que es tan difícil, ¿cómo podemos hacerlo sin peligro? Bueno, el texto otorga una licencia, un derecho para confiar en Su nombre a aquellos que tienen Su temor en sus corazones. «Confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios».³¹

Decimoquinto. Otro motivo para temer y crecer en esta gracia del temor es que Dios reconocerá y afirmará como suyos a los tales, sin importar a cuántos rechace. Sí, los distinguirá y separará de todos los demás en el día de Sus terribles juicios. Hará con ellos lo mismo que hizo con los que gemían por las abominaciones que se hacían en la tierra: ordenará al hombre que tiene a su cintura el tintero de escribano que les ponga «una señal en la frente», para que no caigan bajo ese juicio con los demás (Ez 9). Así Dios dijo claramente de los que temían al Señor y de los que pensaban en Su nombre, que serían inscritos en Su libro: «Fue escrito libro de memoria delante de Él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en Su nombre. Y serán para Mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que Yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve» (Mal 3:16-17). Fíjate, Él no solo los reconoce como suyos, sino que también promete perdonarlos, como un hombre perdonaría a su propio hijo; sí, y además, los envolverá como Su especial tesoro junto a Él mismo en el regalo de la vida. Hasta aquí todo lo que tiene que ver con las razones.

³¹ Las patentes reales, en la época de Bunyan, eran lucrativas pero muy opresivas, ya que conferían a los favoritos o a sus nominados, el derecho exclusivo de comerciar con cualquier artículo de manufactura. Pero la patente para los temerosos de Dios, de confiar en Él cuando están envueltos en la oscuridad y la angustia, es un privilegio bendito, perjudicial para nadie.

Cómo crecer en este temor de Dios.

Luego de haber presentado estas razones para motivarte al cumplimiento de este deber de crecer en el temor de Dios, ahora pasaré a mostrar brevemente cómo puedes crecer en este temor de Dios.

Primero. Si quieres crecer en este temor de Dios, aprende a distinguir correctamente el temor en general. Quiero decir, aprende a distinguir entre el temor que es piadoso y el que en sí mismo es un temor impío a Dios. Distingue bien el uno del otro, no sea que el uno, el temor que en sí mismo es impío, se imponga sobre el que es verdaderamente piadoso. Y recuerda que el temor impío de Dios es considerado por Dios mismo como un enemigo Suyo y perjudicial para Su pueblo y, por tanto, se prohíbe en muchos lugares de la Palabra. (Gn 3:15, 26:24, 46:3; Ex 14:13, 20:20; Nm 14:9, 21:34; Is 41:10, 14; 43:1: 44:2, 8; 54:4; Jr 30:10; Dn 10:12, 19; Jl 2:21; Hag 2:5; Zac 8:13).

Segundo. Si quieres crecer en este temor piadoso, aprende a distinguirlo correctamente de aquel temor, en particular, que es piadoso pero por un tiempo; aun de aquel temor que es obrado por el Espíritu, como un espíritu de esclavitud. Es decir, aprende a distinguir esto de aquello, y también a conocer perfectamente los límites que Dios ha puesto a ese temor que es obrado por el Espíritu, como un espíritu de esclavitud; no sea que, en lugar de crecer en el temor que ha de morar con tu alma para siempre, seas invadido de nuevo por ese primer temor, que ha de morar contigo solo hasta que venga el espíritu de adopción. Y para que no solo distingas uno de otro, sino que también mantengas a cada uno en su debido lugar y límites, considera en general lo que ya se ha dicho sobre este tema, y en particular que el primer temor ya no es obra del Espíritu Santo, sino del diablo, para angustiarte y hacerte vivir, no como un hijo, sino como un esclavo. Y para ayudarte mejor en este asunto, debes saber que Dios mismo ha establecido límites para este temor y ha decidido que después de que el espíritu de adopción haya llegado, ese otro temor ya no será producido en tu corazón por Él. (Ro 8:15; 2Ti 1:7).

Una vez más, antes de concluir esto, permíteme decirte que si no te esfuerzas en este asunto, ese temor de esclavitud, es decir, el que se le asemeja, aunque no sea producido en ti por el Espíritu Santo, te perseguirá, perturbará y hará que vivas miserablemente por la manipulación y astucia del diablo, su autor. Esto sucederá a pesar de ser tú heredero de Dios y de Su reino. Este es el temor del que habla el apóstol, que hace que los hombres estén «durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb 2:14-15). Porque aunque Cristo te liberará finalmente, ya que lo has abrazado por fe, tu vida estará llena de problemas. Y la muerte, aunque Jesús la haya abolido, siempre será un espantapájaros en tu camino y en tus pensamientos, que perturbará tu paz y te hará arrastrarte pesadamente en pos de Él.

Tercero. ¿Quieres crecer en este temor piadoso? Entonces, así como debes aprender a distinguir entre los temores, así debes hacer conciencia de cuáles debes albergar y abrigar. Si Dios quiere que Su temor, y se le llama «SU temor» por excelencia, «para que Su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis» (Ex 20:20; Jr 32:40), es decir, si Dios quiere que Su temor esté contigo, entonces deberías ser consciente de esto y no ceder tan fácilmente al temor servil, como es común en muchos cristianos.

Hay realmente un error entre los cristianos en este asunto; es decir, no tienen la conciencia suficiente de resistir al temor servil como deberían; más bien lo acogen y lo albergan, debilitándose a sí mismos y debilitando el temor que deberían fortalecer.

Y esta es la razón por la que a menudo nos encontramos luchando bajo los pensamientos oscuros y asombrosos que engendra en nuestros corazones la incredulidad; porque este temor alimenta la incredulidad, es decir, lo hace si le damos cabida después de que el espíritu de adopción ha venido, y si aceptamos fácilmente todos los dardos encendidos del maligno.

Pero los cristianos suelen hacer con este temor lo mismo que hace el caballo cuando las púas de la horquilla se ponen

contra su costado; incluso se inclinan hacia ella hasta que entra en su vientre. Nos inclinamos naturalmente a este temor, quiero decir, después de que Dios ha hecho bien a nuestras almas; es difícil luchar contra él, porque incluso tiene nuestro sentido y percepción de su parte. Pero digo que si quieres ser un cristiano que está creciendo, me refiero a crecer en el temor que es piadoso, entonces lucha conscientemente contra el otro, y contra todas estas cosas que te llevarían de vuelta a él. «¿Por qué he de temer en los días de adversidad, cuando la iniquidad de mis opresores me rodeare?» (Sal 49:5).

¿Qué? ¿No temer en el día del mal? ¿Qué? ¿No temer cuando la iniquidad de tus opresores te rodea? No, ni siquiera en esos momentos, dice él, es decir, no con ese temor que lo llevaría de nuevo a la esclavitud de la ley, porque ya había recibido el espíritu de adopción. De hecho, si alguna vez un cristiano tiene motivos para ceder al temor servil, son en estos dos momentos, es decir, en el día del mal y cuando la iniquidad de sus opresores lo rodea. Pero ves que David no lo hizo entonces, no, ni siquiera entonces cedió a ello, ni vio razón para hacerlo. «¿Por qué habría de hacerlo?» dijo él. Sí, ¿por qué? Ya que ahora eres hijo de Dios por Cristo, y has recibido el Espíritu de Su Hijo en tu corazón, el cual clama: ¡Abba, Padre!

Cuarto. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor piadoso? entonces crece en el conocimiento del nuevo pacto, porque este es en verdad el ceñidor de nuestras riendas, y la fortaleza de nuestras almas. Escucha lo que dice Zacarías: Dios, dice él, «nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo, como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio». Pero ¿qué fue lo que dijo? Pues, «que nos había de conceder que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos», sin este temor servil de esclavitud, «en santidad y en justicia delante de Él, todos nuestros días». Pero ¿en qué se fundamenta este servicio temeroso de Dios? Pues, en el santo pacto de Dios, en el juramento que hizo a Abraham (Lc 1:69-75). Ahora, en este pacto está envuelta toda tu salvación; en él se encuentra todo tu deseo, y estoy seguro de

que entonces contiene la salvación completa de tu alma. Y digo que, dado que este pacto está confirmado por promesa, por juramento y por la sangre del Hijo de Dios, y eso con el propósito de que puedas servir a tu Dios sin temor servil, entonces el conocimiento y la fe en este pacto son absolutamente necesarios para llevarnos a esta libertad y alejarnos de nuestros temores serviles, y así, en consecuencia, hacernos crecer en ese temor piadoso y filial que incluso el Hijo de Dios mismo experimentó, y todos Sus discípulos deben vivir ejercitándose y creciendo en él.

Quinto. ¿Quieres crecer en este temor piadoso? Entonces esfuérzate siempre por mantener vivas en tu corazón las evidencias de tu destino celestial y de tu salvación, porque aquel que pierde sus pruebas de que va camino al cielo, difícilmente mantendrá alejado el temor servil de su corazón. Pero aquel que tiene la sabiduría y la gracia para mantenerlas vivas y evidentes para sí mismo, crecerá en este temor piadoso. Mira cómo lo expresa David: «Desde el cabo de la tierra clamaré a Ti, cuando mi corazón desmayare. Llévame a la roca que es más alta que yo, porque Tú has sido mi refugio, y torre fuerte delante del enemigo. Yo habitaré en Tu tabernáculo para siempre; estaré seguro bajo la cubierta de tus alas. Porque tú, oh Dios, has oído mis votos; me has dado la heredad de los que temen Tu nombre» (Sal 61:2-5). Fíjate lo que David sugiere con estas palabras, en primer lugar, que a veces él pensaba que estaba tan lejos de su Dios como lo están los extremos de la tierra, y que en esos momentos estaba sujeto a sentirse abrumado y temeroso. En segundo lugar, la forma en que se ayudaba en esos momentos era clamando a Dios para que lo llevara de nuevo a Jesucristo: «Llévame a la roca que es más alta que yo». Porque, en verdad, sin fe en Él y la renovación de esa fe, no puede verse evidencia alguna del cielo en el alma. Por lo tanto, esto es lo primero por lo que él ora.

Luego pone en práctica esa fe, y eso con respecto al tiempo pasado y también al tiempo venidero. Para el tiempo pasado, dice: «Tú has sido mi refugio, y torre fuerte delante del enemigo»; y para el tiempo venidero, dice: "Habitaré en Tu

tabernáculo», es decir, en Tu Cristo por fe, y en tu forma de adoración por amor, «para siempre». Y observa esto, el recordar con fe sus primeras evidencias para el cielo es el fundamento de este su clamor y fe: «Porque Tú», dice, «oh Dios...me has dado la heredad de los que temen Tu nombre». Me has hecho apto para ser partícipe de la misericordia de Tus escogidos, y me has puesto bajo la bendición de la bondad con que has bendecido a los que te temen. Así ves cómo David, en sus angustias, hace acopio de sus oraciones, fe y evidencias de la vida eterna, para librarse de ser abrumado, es decir, de un temor servil, y para abundar también en ese temor filial que tienen sus hermanos, que no solo es hermoso con respecto a nuestra profesión, sino provechoso para nuestras almas.

Sexto. ¿Quieres crecer en este temor de Dios? Entonces, pon delante de tus ojos el ser y la majestad de Dios, porque eso engendra, mantiene y aumenta este temor. Y por eso se llama temor de Dios, es decir, un santo y terrible temor y reverencia de Su majestad. Porque el temor de Dios consiste en reverenciarlo, pero ¿cómo se puede hacer eso si no lo ponemos delante de nosotros? Y además, si deseamos temer más a Dios, debemos detenernos más en la percepción y convicción de Su gloriosa majestad. Por eso, este temor y el nombre de Dios se mencionan juntos con frecuencia: teme a Dios, teme al Señor, teme a tu Dios, haz esto en el temor del Señor y temerás a tu Dios. Yo soy el Señor. Porque estas palabras, «Yo soy el Señor tu Dios» y otras semejantes, se ponen a propósito, no solo para mostrarnos a quién debemos temer, sino también para engendrar, mantener e incrementar en nosotros ese temor que debemos tener a ese «nombre glorioso y temible, JEHOVÁ TU DIOS» (Dt 28:58).

Séptimo. ¿Deseas crecer en esta gracia del temor? Entonces mantén siempre cerca de tu conciencia la autoridad de la Palabra. Teme el mandamiento como el mandamiento de un Dios poderoso y glorioso, y como el mandamiento de un Padre amoroso y compasivo. Deja que este mandamiento esté siempre delante de tus ojos, en tus oídos y en tu corazón, porque entonces aprenderás no solo a temer, sino a abundar

en el temor del Señor. Cada gracia se nutre con la Palabra, y sin ella no hay prosperidad en el alma. (Pr 13:13; 4:20-22; Dt 6:1-2).

Octavo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? entonces ten mucha fe en la promesa, en la promesa que le da a tu alma un interés en Dios por Cristo, y en todas las cosas buenas. La promesa tiende naturalmente a aumentar en nosotros el temor del Señor, porque este temor crece por la bondad y la misericordia: «Temerán a Jehová y a Su bondad». Ahora bien, esta bondad y misericordia de Dios están envueltas en la promesa y nos son otorgadas por ella, porque Dios se lo dio a Abraham mediante una promesa. Por lo tanto, la fe y la esperanza en la promesa hacen que este temor crezca en el alma: «Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios» (2Co 7:1). «Perfeccionando la santidad en el temor de Dios»; por lo tanto, ese temor, mediante la promesa, debe necesariamente crecer poderosamente, ya que por medio de él, con él y en él, la santidad se perfecciona.

Noveno. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces recuerda los juicios de Dios que han alcanzado, o alcanzarán ciertamente, a aquellos profesantes que, o bien han sido hipócritas declarados, o bien cristianos negligentes. Porque ambos grupos participan de los juicios de Dios; el uno, es decir, el verdadero cristiano, por su falta de vigilancia, para su corrección; el otro, es decir, el hipócrita, por su hipocresía, para su destrucción. Esta es una manera de hacerte temblar y crecer en la gracia del temor ante tu Dios.

¿Juicios?, podrías preguntar, ¿qué juicios? *Respuesta:* El tiempo me faltará aquí para hablarte de los juicios que a veces afectan al pueblo de Dios, y que siempre y con certeza alcanzan al hipócrita por sus transgresiones. Para aquellos que afectan al pueblo de Dios, te animo a que vuelvas la parte de este libro donde se habla de esto específicamente. Y en cuanto a los que afectan al hipócrita, en general son los siguientes: 1. Ceguera del corazón en este mundo. 2. La muerte de su esperanza en

el día de su muerte. 3. Y la condenación de sus almas en el día del juicio. (Mt 23:15-19; Job 8:13, 11:20, 18:14, 20:4-7, Mt 23:33, 24:51; Lc 20:47). La consideración piadosa de estas cosas tiende a hacer que los hombres crezcan en el temor de Dios.

Décimo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? entonces estudia las excelencias de la gracia del temor y qué provecho rinde a los que la tienen, y esfuérzate por conseguir que tu corazón se enamore, tanto del ejercicio de la gracia misma, como también del fruto que produce; porque difícilmente un hombre crece en el aumento de alguna gracia hasta que su corazón se une a ella y hasta que se vuelve hermosa a sus ojos (Sal 119:119-120). Ahora, también hemos discutido en este libro las excelencias de esta gracia del temor, y allí encontrarás el fruto que produce y las promesas que están vinculadas a ella. Debido a que son muchas, te remito también allí para tu instrucción.

Undécimo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces recuerda el mundo de privilegios que pertenecen a los que temen al Señor, como también lo he he insinuado ya. Esto es, que los tales no sufrirán daño, no carecerán de nada bueno, serán guardados por ángeles y tendrán un permiso especial, por más terrible que sea la situación, para confiar en el nombre del Señor y permanecer en su Dios.

Duodécimo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces ruega mucho a Dios que te conceda crecer abundantemente en esta gracia. Temer a Dios es lo que es conforme a Su voluntad, y si pedimos algo conforme a Su voluntad, Él nos oye. Ora, pues, para que Dios una tu corazón al temor de Su nombre. Esta es la manera de crecer en la gracia del temor.

Por último, ¿quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces dedícate a ella (Sal 119:38). Dedícate a ella, dirás, ¿cómo es eso? Yo respondo: pues, entrégate a ella, dedícate a ella. Consuélate en la contemplación de Dios, en la reverencia de Su nombre, de Su palabra y de Su adoración. Entonces temerás y crecerás en esta gracia del temor.

Cuáles son esas cosas que tienden a impedir el crecimiento del temor de Dios en nuestros corazones.

Y para que sea aún más útil para ti, lector, ahora te daré advertencias sobre las cosas que, si se les permite, obstaculizarán tu crecimiento en este temor de Dios. Estas cosas son muy perjudiciales para el pueblo de Dios, por lo que te aconsejo que estés alerta. A continuación, mencionaré algunas de ellas:

Primero. Si quieres crecer en esta gracia del temor, cuídate de UN CORAZÓN DURO, porque eso impedirá tu crecimiento en esta gracia. «¿Por qué...endureciste nuestro corazón a Tu temor?» fue la amarga queja de la iglesia en el pasado, porque no es solo el juicio lo que en sí mismo es terrible y doloroso para el pueblo de Dios, sino lo que en gran manera impide el crecimiento de esta gracia en el alma (Is 63:17). Un corazón duro no es más que terreno estéril para que crezca cualquier gracia, especialmente para la gracia del temor. Hay muy poco de este temor donde el corazón es realmente duro; tampoco habrá nunca mucho en él.

Si deseas evitar tener un corazón endurecido, 1. Ten cuidado con el pecado en sus inicios. Es decir, ten cuidado incluso si es algo pequeño: «Un poco de levadura leuda toda la masa». Hay más en un pequeño pecado para endurecer, que en una gran cantidad de gracia para ablandar. Uno pensaría que la simple acción de David de mirar a Betsabé fue un asunto trivial; sin embargo, ese pecado inicial le causó tal endurecimiento de corazón que casi lo llevó más allá de todo temor a Dios. Lo llevó a cometer actos lascivos con ella, al asesinato de Urías y a una abundante simulación maliciosa; acciones, digo, que tienen una tendencia directa a apagar y destruir todo temor de Dios en el alma.

2. Si has pecado, no te vayas a dormir sin arrepentirte, porque la falta de arrepentimiento, después de haber pecado, endurece más y más el corazón. En efecto, un corazón duro es impenitente y también la impenitencia endurece más y más el corazón. De modo que si a la dureza de corazón o al comienzo del pecado que la causa se le añade la impenitencia, esa alma

pronto será como se dice de la casa de Israel: tendrá la frente de una ramera y difícilmente querrá tener vergüenza (Jer 3:3).

3. Si deseas librarte de un corazón endurecido, ese gran enemigo del crecimiento de la gracia del temor, medita mucho en Cristo en la cruz; porque eso es un remedio excelente contra la dureza de corazón. Una visión adecuada de Él, colgado allí por tus pecados, derretirá tu corazón en lágrimas y lo volverá tierno y sensible «Mirarán a Mí, a quien traspasaron, y llorarán» (Zac 12:10). Ahora bien, un corazón blando, tierno y quebrantado es un lugar apropiado para que prospere la gracia del temor. Pero,

Segundo. Si deseas que la gracia del temor crezca en tu alma, también ten cuidado de UN CORAZÓN QUE NO ORA, porque ese no es un lugar para que esta gracia del temor crezca. Por lo tanto, se dice que aquel que refrena la oración disipa el temor. «Tú también disipas el temor», dijo uno de sus amigos a Job. ¿Pero cómo hace él esto? Las palabras siguientes nos dan la respuesta: «Menoscabas la oración delante de Dios» (Job 15:4). ¿Ves a un creyente que no ora? Esa persona está alejando el temor de Dios de sí misma. ¿Ves a alguien que ora solo un poco? Esa persona teme a Dios solo un poco, porque es el alma que ora, la persona que es poderosa en la oración, la que tiene un corazón para que crezca el temor de Dios. Cuídate de tener un corazón que no ore si deseas crecer en esta gracia del temor de Dios. La oración es como la jarra que saca agua del arroyo para regar las hierbas; rompe la jarra y no sacará agua, y por falta de agua, el jardín se marchita.

Tercero. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? entonces cuídate de UN CORAZÓN LIGERO Y LICENCIOSO, porque un corazón así tampoco es buen terreno para que crezca el temor de Dios. Por eso se dice de Israel: «No tuvo temor...sino que también fue ella y fornicó». Se entregó al desenfreno, a la liviandad y a la vanidad, y así decayó su temor de Dios (Jr 3:8). Si José hubiera sido tan lascivo como su ama, habría estado tan carente del temor de Dios como ella; pero él tenía un espíritu sobrio, sensible, piadoso y reflexivo, por lo tanto, creció en el temor de Dios.

Cuarto. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? entonces cuídate de UN CORAZÓN CODICIOSO, porque tampoco este es un buen terreno para que crezca en él esta gracia del temor. Por lo tanto, esta codicia y el temor de Dios son como enemigos, puestos el uno en oposición al otro: uno que teme a Dios, aborrece la codicia (Ex 18:21). Y la razón por la que la codicia es un obstáculo para el crecimiento de esta gracia del temor es porque la avaricia echa fuera del corazón aquellas cosas que son las únicas que pueden alimentar este temor. Echa fuera la Palabra y el amor de Dios, sin los cuales ninguna gracia puede crecer en el alma. ¿Cómo podría entonces crecer el temor de Dios en un corazón codicioso? (Ez 33:30-32; 1Jn 2:15).

Quinto. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, cuídate de UN CORAZÓN INCRÉDULO, porque un corazón incrédulo no es buen terreno para que crezca esta gracia del temor. Un corazón incrédulo es llamado «un corazón malo», porque de él fluye toda la maldad que se comete en el mundo (Heb 3:12). Ahora bien, es la fe, o un corazón creyente, la que nutre este temor de Dios, y no lo contrario. La razón es que la fe trae a Dios, el cielo y el infierno al alma, y la hace pensar en ellos adecuadamente (Heb 11:7). Por lo tanto, esta es la manera de que el temor crezca en el alma, pero la incredulidad es un veneno para ello.

Sexto. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, cuídate de UN CORAZÓN OLVIDADIZO. Un corazón así no es un corazón donde la gracia del temor florecerá, «cuando me acuerdo, me asombro». Por lo tanto, ten cuidado con el olvido; no olvides, sino recuerda a Dios y Su bondad, paciencia y misericordia hacia aquellos que aún no disfrutaban de Su gracia ni de Su favor especial. Esto engendrará y alimentará Su temor en tu corazón. Pero el olvido de esto o de cualquier otro de Sus juicios hace daño y debilita este temor (Job 21:6). Cuando un hombre recuerda bien que los juicios de Dios son muy misteriosos y profundos, como en realidad lo son, ese recuerdo lo lleva a consideraciones de Dios y de Sus juicios que lo hacen temer.: «Por lo cual», dijo Job, «me espanto en Su presencia».

Ver el texto en Job 23:15: «Por lo cual yo me espanto en Su presencia; cuando lo considero, tiemblo a causa de Él», cuando recuerdo y considero las maravillosas profundidades de Sus juicios hacia el hombre.

Séptimo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, cuídate de un CORAZÓN MURMURADOR Y QUEJOSO, porque ese no es un corazón en el que pueda crecer esta gracia del temor. Por ejemplo, cuando los hombres murmuran y se quejan de la mano de Dios, de Sus dispensaciones y de los juicios que los alcanzan en sus personas, propiedades, familias o relaciones, su murmuración tiende a destruir el temor, porque un espíritu murmurador es aquel que parece corregir a Dios y encontrar fallos en sus disposiciones. Cuando hay un espíritu de murmuración, el corazón está lejos de temer a Dios. Un espíritu murmurador puede surgir de la supuesta sabiduría que pretende entender que hay un fallo en la naturaleza y ejecución de las cosas, o puede surgir de la envidia y el resentimiento hacia la ejecución de las mismas. Si las murmuraciones provienen de esta supuesta sabiduría de la carne, entonces en lugar de temer a Dios, se juzgan Sus acciones como rígidas o ridículas, cuando en realidad se ejecutan con juicio, verdad y justicia. Por lo tanto, un corazón murmurador no puede ser un buen lugar para que crezca el temor de Dios. El corazón en el que crece el temor debe ser un corazón tierno y dispuesto a someterse y guardar silencio ante los juicios más profundos de Dios (Job 23:15, 16): «Enmudecí, no abrí mi boca, porque Tú lo hiciste». El corazón en el que florece este temor de Dios es tal que se inclina y guarda silencio si puede percibir la mano, la sabiduría, la justicia o la santidad de Dios en esta o aquella de Sus disposiciones, y así aviva el alma para temer ante Él. Pero si esta murmuración surge de la envidia y el rencor, eso se asemeja tanto al espíritu del diablo que no es necesario decir nada para convencer de la horrible maldad de ello.

Octavo. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, cuídate de UN ESPÍRITU ALTIVO Y CONTENCIOSO, porque ese no es buen terreno para que

crezca el temor de Dios. Un espíritu manso y sereno es el mejor, y en él florecerá más el temor de Dios, por eso Pedro menciona la mansedumbre y el temor juntos, ya que son más adecuados en su naturaleza y tienen una tendencia natural a complementarse mutuamente. (1P 3:15). La mansedumbre de espíritu es como aquel corazón que tiene profundidad de tierra en él, en el cual las cosas pueden echar raíces y crecer; pero un espíritu altivo y contencioso es como la tierra pedregosa, donde no hay profundidad de tierra y, por consiguiente, donde esta gracia del temor no puede crecer. Por lo tanto, cuídate de esta clase de espíritu, si quieres que el temor de Dios crezca en tu alma.

Noveno. ¿Quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, cuídate de UN CORAZÓN ENVIDIOSO, porque ese no es un buen corazón para que crezca en él el temor de Dios. «No tenga tu corazón envidia de los pecadores, antes persevera en el temor de Jehová todo el tiempo» (Pr 23:17). Envidiar a otros es señal de un espíritu malo, y ese hombre se erige, como ya he insinuado, en un controlador y un juez, sí, y en un verdugo maligno también, y eso con una furia que surge de sus propios deseos y de su espíritu vengativo, quizás hacia el hombre que es más justo que él. Pero supongamos que es un pecador el objeto de tu envidia, bueno, el texto establece que esa envidia está en oposición directa al temor de Dios: «No tenga tu corazón envidia de los pecadores, antes persevera en el temor de Jehová». Por lo tanto, estos dos, es decir, la envidia hacia los pecadores y el temor de Dios son opuestos. No puedes temer a Dios y envidiar a los pecadores al mismo tiempo. Y la razón es porque el que envidia a un pecador se ha olvidado de sí mismo, de que es igual de malo; ¿cómo puede entonces temer a Dios? El que envidia a los pecadores rechaza su deber de bendecir a los que lo maldicen y de orar por los que lo tratan con desprecio; ¿cómo puede el que ha rechazado esto temer a Dios? El que envidia a los pecadores, por lo tanto, no puede tener un espíritu bueno, ni puede crecer en su corazón el temor de Dios.

Décimo. Por último, ¿quieres crecer en esta gracia del temor? Entonces, ten cuidado de no ENDURECER TU CORAZÓN en ningún momento contra las convicciones de deberes particulares, como la oración, la limosna, la autonegación y cosas semejantes. Ten cuidado también de endurecer tu corazón cuando estés bajo algún juicio de Dios, como enfermedades, pérdidas, tribulaciones y otros similares. Antes te advertí que tuvieras cuidado con un corazón endurecido, pero ahora te advierto que tengas cuidado de endurecer los corazones que son sensibles. Endurecer el corazón significa empeorarlo, hacerlo más duro, más desesperado y más atrevido contra Dios de lo que es en ese momento. Ahora, digo, si deseas crecer en esta gracia del temor, ten cuidado de endurecer tu corazón, y especialmente de endurecerlo contra las convicciones para lo bueno. Porque esas convicciones son enviadas por Dios como lluvias oportunas para mantener el arado de tu corazón en buen estado, para que la gracia del temor pueda crecer en él, pero sofocar las convicciones hace que el corazón sea tan duro como una piedra de molino. Por lo tanto, bienaventurado es aquel que recibe convicción, porque así guarda el temor de Dios y ese temor se nutre en su alma; pero maldito es aquel que actúa de otra manera: «Bienaventurado el hombre que siempre teme a Dios; mas el que endurece su corazón caerá en el mal» (Pr 28:14).

TERCER USO, para aliento.

Paso ahora a alentar a aquellos que son bendecidos con esta gracia del temor. El último texto mencionado dice: «Bienaventurado el hombre que siempre teme a Dios», y así hay muchos otros. Feliz ahora, porque ha sido bendecido con esta gracia y feliz en futuro, porque esta gracia permanecerá y continuará hasta que el alma que la posee sea llevada a la mansión de la gloria. «Pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí». Por lo tanto, así como aquí dice: Feliz es él, también dice: Le irá bien, es decir, en el futuro. «Sé

que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante Su presencia» (Ec 8:12).

Primero. Si Dios te hubiera dado todo el mundo, aún así habrías sido maldito si no te hubiera dado el temor del Señor; porque la apariencia de este mundo es una cosa pasajera, pero el que teme al Señor permanecerá para siempre. Por lo tanto, esto es lo primero que propongo para alentarte, hombre que temes al Señor. Esta gracia morará en tu corazón, pues es una gracia del nuevo pacto, y permanecerá contigo para siempre. Te es enviada por Dios, no solo para unir tu corazón a Él, sino para guardarte de la apostasía final: «Pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí» (Jr 32:40). Su designio es que nunca abandones a Dios y, por lo tanto, para guardarte de esa maldad, ha puesto Su temor en tu corazón. Son muchas las tentaciones, dificultades, trampas, pruebas y problemas que atraviesan los creyentes en el mundo, pero ¿cómo serán guardados, cómo serán liberados y escaparán? La respuesta es: El temor de Dios los guardará: «Aquel que a Dios teme, saldrá bien en todo».

¿No es, por lo tanto, una misericordia maravillosa ser bendecido con esta gracia del temor, para que por ella seas guardado del final, que es la condenable apostasía? Bendice, por lo tanto, a Dios, hombre bendito, que tienes esta gracia del temor en tu alma. Hay cinco cosas en esta gracia del temor que tienen una tendencia directa a mantenerte alejado de la apostasía final.

1. Está arraigado en el corazón, y el corazón es, como puedo llamarlo, el fuerte principal en el mundo místico: el hombre. No está colocado en la cabeza, como lo está el conocimiento, ni en la boca, como lo está la expresión, sino en el corazón, el asiento de todo. «Pondré Mi temor en el corazón de ellos». Si un rey quiere mantener una ciudad segura para sí mismo, debe asegurarse de guarnecer adecuadamente el fuerte principal de la misma. Si tiene veinte mil hombres bien armados, pero están dispersos aquí y allá, la ciudad aún podría ser tomada. Pero si el fuerte principal está bien guarnecido, entonces la ciudad es más segura. ¿Y si un hombre tuviera

todas las habilidades, sí, todas las artes de los hombres y los ángeles? Eso no mantendrá el corazón en Dios. Pero cuando el corazón, esta fortaleza principal, está poseído por el temor de Dios, entonces está a salvo, de lo contrario no lo está.

2. Al igual que el corazón en general, también la voluntad en particular. Esa facultad principal y grande del alma es el principio que se mueve por este temor. Todo sigue hacia dónde se dirige la voluntad, ya sea hacia el cielo o hacia el infierno. Ahora bien, la voluntad, repito, es esa facultad principal que es gobernada por este temor que posee el alma, por lo tanto, todo tiende a ir bien con ella. Esto insinúa Samuel cuando dice: «Si temiereis a Jehová». El temor a Dios es un acto voluntario de la voluntad, y siendo así, el alma se mantiene alejada de la rebelión contra el mandamiento, porque a través de la voluntad son guiadas todas las demás facultades del alma, cuando este temor a Dios está presente y gobierna (1S 12:14). Por lo tanto, este temor de Dios se encuentra en esta voluntad, para que esta gracia pueda gobernar mejor el alma y, por lo tanto, el hombre en su totalidad. Porque, como mencioné anteriormente, observa hacia dónde se dirige la voluntad, mira lo que hace la voluntad, hacia allá va y eso hace el hombre en su totalidad (Sal 110:3). El hombre, cuando su voluntad se aleja de Dios, es considerado rebelde en todos los aspectos, y no sin razón, porque la voluntad es la facultad principal del alma en cuanto a la obediencia, y por lo tanto, las cosas hechas sin la voluntad son como si no se hubieran hecho en absoluto. El espíritu está dispuesto; si estás dispuesto; «esta ha hecho lo que podía», y cosas como estas. Mediante estas y otras expresiones, se juzga la bondad del corazón y la acción en lo que respecta a la parte subjetiva de la misma. Ahora bien, este temor del que hemos estado hablando se encuentra en el alma, y por lo tanto, en la voluntad, para que el hombre pueda ser mejor preservado de la apostasía final y condenatoria.

3. Este temor, como podría decir, por encima de todas las demás gracias, es el bienqueriente de Dios, y por eso se llama, como también te he mostrado, Su temor. Como también dice en el texto mencionado anteriormente: «Pondré Mi temor en

el corazón de ellos». Estas palabras, *Mi* y *ellos*, son expresiones íntimas y familiares, que no solo indican un gran favor hacia el hombre, sino también una gran confianza depositada en él. Es como si dijera: este temor es mi amigo especial, someterá y doblegará el alma y sus diversas facultades a mi voluntad; es mi gran favorito y somete a los pecadores a mi beneplácito. Raramente encontrarás que la fe, el arrepentimiento o las virtudes se describan con personificaciones tan familiares como este bendito temor del Señor. De todos los consejeros y poderosos que tuvo David, solo Husai fue llamado amigo del rey (2S 15:37, 16:16). Así que, de todas las gracias del Espíritu, la del temor de Dios va principalmente, si no siempre, bajo el título de MI temor, el temor de Dios, SU temor y otros semejantes. Te dije antes, si el rey quiere mantener una ciudad, el fuerte principal debe estar adecuadamente guarnecido: y ahora agregaré que si no tiene a alguien de confianza y especial para gobernar a esos hombres, como Hushai lo fue para David, puede perderlo cuando más lo necesite. Si un alma poseyera todas las cosas posibles, pero le faltara este temor de Dios, todas las demás cosas cederán en tiempos de rebelión, y el alma se encontrará en manos del infierno cuando debería levantarse por Dios y Su verdad en el mundo. Este temor de Dios es el amigo especial de Dios, y por eso se le ha dado el puesto principal en el corazón: la voluntad, para que el hombre completo pueda estar ahora en la sumisión y obediencia del evangelio, y también ser preservado allí en lo adelante. Porque,

4. La gracia del temor es la más sensible y tierna de todas las gracias de Dios con respecto a Su honor. Es esa gracia tierna, sensible y temblorosa que mantiene el alma en una vigilancia continua. Mantener una buena vigilancia, como sabes, es una seguridad maravillosa para un lugar que está en peligro constante debido al enemigo. Pues bien, esta es la gracia que establece la vigilancia y mantiene despiertos a los centinelas. (Cnt 3:7-8). Un hombre no puede vigilar como debería si carece de temor. Si está seguro de sí mismo, se duerme; deja entrar sin pensar en ello en la guarnición a

quienes no deberían estar allí. La falta de Israel cuando llegaron a Canaán fue que hicieron un pacto con los habitantes de la tierra, es decir, los gabaonitas, sin consultar a Dios. Pero ¿crees que lo habrían hecho si al mismo tiempo el temor de Dios hubiera tenido pleno dominio en el alma del ejército? No, en ese momento olvidaron temer. La gracia del temor no tenía entonces pleno poder y dominio entre ellos.

5. Esta gracia del temor es lo que, por así decirlo, afecta primero los corazones de los santos con juicios después de que hemos pecado y, así, es como una gracia inicial que vuelve a enderezar lo que el pecado ha torcido. ¡Oh, es una preciosa gracia de Dios! Sé lo que digo en este asunto y también dónde habría estado hace mucho tiempo, por el poder de mis deseos carnales y las artimañas del diablo, si no hubiera sido por el temor de Dios.

Segundo. Otro estímulo para aquellos que están bendecidos con esta gracia bendita del temor es este: este temor no deja de hacer esta obra por el alma, si realmente está presente aunque sea en pequeña medida. Un poco de esta levadura «leuda toda la masa». Es cierto que un poco no hará o ayudará al alma a realizar hazañas de gran valor en el corazón o la vida, tanto como lo haría una medida más grande de la misma. De hecho, tampoco un poco de cualquier gracia puede hacer lo que una medida más grande hará, pero un poco preservará el alma de la apostasía final y la entregará en los brazos del Hijo de Dios en el juicio final. Por lo tanto, cuando dice: «Pondré Mi temor en el corazón de ellos», no dice: «Pondré tanto, tal cantidad o tal grado», sino: «Pondré Mi temor». No digo esto en lo más mínimo para tentar al hombre piadoso a contentarse con el menor grado del temor de Dios en su corazón. Es cierto que los hombres deben alegrarse de que Dios haya puesto aun el menor grado de esta gracia en sus almas, pero no deben contentarse con ello; deben desear fervientemente más, orar por más y usar todos los medios lícitos, es decir, todos los medios que Dios ha designado, para obtener más.

Como ya he dicho, hay varios grados de esta gracia del temor, y nuestra sabiduría es crecer en ella, como en todas las demás gracias del Espíritu. He mostrado las razones por las que es importante, así como la manera de crecer en ella. Sin embargo, como mencioné anteriormente, incluso la menor medida de temor de Dios será suficiente para evitar la apostasía final del alma. Hay, como les he mostrado, aquellos que temen mucho al Señor, que temen en gran medida y que le temen más que muchos de sus hermanos, pero los pequeños en esta gracia son salvos tan bien como los que son grandes en ella: «Bendecirá» o salvará «a los que temen a Jehová, a pequeños y a grandes». Este temor del Señor es el pulso del alma, y al igual que algunos pulsos son más fuertes y otros más débiles, así es esta gracia del temor en el alma. Los que laten mejor son señal de mejor vida, pero los que laten peor muestran que la vida está [apenas] presente. Mientras el pulso late, no consideramos que el hombre está muerto, aunque esté débil, y este temor, donde está, preserva para la vida eterna. También hay pulsos que son intermitentes; es decir, tienen sus momentos para un pequeño descanso y luego vuelven a latir; es cierto, estos son pulsos peligrosos, pero también una señal de vida. Este temor de Dios a veces es como este pulso intermitente; hay momentos en los que deja de funcionar y luego vuelve a funcionar. David tenía un pulso intermitente, Pedro tenía un pulso intermitente, al igual que muchos otros santos de Dios. Llamo a eso un pulso intermitente, en referencia al temor del que hablamos, cuando hay alguna obstrucción causada por el funcionamiento de las corrupciones en el alma. Me refiero a alguna obstrucción y obstáculo del movimiento constante de este temor de Dios; sin embargo, ninguno de estos, aunque son diversos y algunos de ellos signos de debilidad, son signos de muerte, sino de vida. «Pondré Mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de Mí».

Pregunta. Pero tú dirás: ¿Cómo sabré que temo a Dios?

Respuesta. Si dijera que los deseos, los verdaderos deseos sinceros de temerle, son el temor mismo, no estaría

equivocado (Neh 1:11). Porque aunque el deseo de ser o de hacer tal o cual cosa, no hace que un hombre sea, en las cosas temporales o naturales, lo que desea ser –pues un hombre enfermo, pobre o encarcelado puede desear estar bien, ser rico o estar en libertad y, sin embargo, estar como está, enfermo, pobre o en prisión– pero en las espirituales, el deseo de un hombre de ser bueno, de creer, de amar, de esperar y de temer a Dios fluye de la naturaleza misma de la gracia.

Dije antes que en lo temporal no se puede decir correctamente que alguien sea lo que no es; sin embargo, incluso en lo temporal o natural, un hombre muestra su amor por aquello que desea, ya sea salud, riqueza o libertad. Y en lo espiritual, los deseos sinceros, provenientes del amor a esta o aquella gracia de Dios, fluyen de la raíz misma de esa gracia: «Tus siervos, quienes desean reverenciar Tu nombre». Nehemías se presentó ante Dios con la convicción de «quienes desean reverenciar Tu nombre». Y por eso se dice otra vez acerca de los deseos, los verdaderos deseos: «Contentamiento es a los hombres hacer misericordia» (Pr 19:22). Porque el hombre muestra su corazón, su amor, sus afectos y sus deleites en sus deseos, y puesto que la gracia del temor de Dios es una gracia tan agradable a los ojos de Dios y de naturaleza tan santificante en el alma donde se encuentra, un deseo sincero y verdadero de ser bendecido con esa gracia debe surgir necesariamente de que esa gracia ya exista en el alma.

Los verdaderos deseos son inferiores a los actos de gracia más elevados, pero Dios no pasará por alto los deseos: «Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad». Fíjate, desean un país, y tendrán una ciudad. En este punto bajo, es decir, en los deseos sinceros, Dios se encontrará con el alma y le dirá que ha aceptado sus deseos, que surgen de Su bondad y provienen de la gracia misma: «Cumplirá el deseo de los que le temen». Por lo tanto, los deseos no son rechazados por Dios, pero lo serían si no fluyeran de un principio de gracia que ya está en el alma. Por lo tanto, los deseos, los deseos sinceros de temer a Dios, fluyen

de la gracia que ya está en el alma. Por lo tanto, ya que temes a Dios, y es evidente por tus deseos que lo haces, eres feliz ahora en este temor tuyo y serás feliz para siempre en el disfrute de lo que Dios ha preparado en el otro mundo para aquellos que le temen.

Tercero. Otro estímulo para los que tienen esta gracia del temor es este: Su gracia puede hacer que ese hombre, que en muchas otras cosas no es capaz de servir a Dios, lo haga mejor que aquellos que tienen todo sin esta gracia. Pobre cristiano, a lo largo de toda tu vida apenas has podido hacer algo más que temerle. No eres predicador, y por eso no puedes servirle de esa manera; no eres rico, y por eso no puedes servirle con bienes materiales; no eres sabio, y por eso no puedes hacer nada de esa manera, pero aquí está tu consuelo: temes a Dios. Aunque no puedas predicar, puedes temer a Dios. Aunque no tengas pan para alimentar el vientre, ni lana para cubrir la espalda del pobre, puedes temer a Dios. Oh, cuán «bienaventurado el hombre que teme a Jehová»; porque este deber de temer a Dios es un acto de la mente, y puede hacerlo el hombre que está destituido de todas las cosas excepto de esa mente santa y bendita.

Por lo tanto, bienaventurado es ese hombre, porque Dios no ha puesto el consuelo de Su pueblo ni la salvación de sus almas en el cumplimiento de los deberes externos, sino en creer, amar y temer a Dios. Ni descansan en acciones realizadas cuando están saludables o en el debido manejo de sus elementos más excelentes, sino en la recepción de Cristo y el temor de Dios. Lo cual, buen cristiano, puedes hacer y hacerlo de manera aceptable, incluso si debieras permanecer postrado en cama todos tus días. También puedes estar enfermo y creer, estar enfermo y amar, estar enfermo y temer a Dios, y así ser un hombre bienaventurado. Y aquí el pobre cristiano tiene algo que responder a los que le reprochan su linaje innoble y su escasez de la gloria de la sabiduría del mundo. Es cierto que ese hombre puede decir: Fui sacado del muladar, nací en un estado bajo y vil, pero temo a Dios. No

tengo grandeza mundana, ni excelencia de elementos naturales, pero temo a Dios.

Cuando Abdías se encontró con Elías, no le dio ningún cumplido mundano y elaborado, ni se glorió en que Acab, el rey de Israel, lo hubiera promovido. En cambio, con solemnidad y de una manera amable, dijo: «Tu siervo teme a Jehová desde su juventud». También cuando los marineros preguntaron a Jonás, diciendo: «¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra, y de qué pueblo eres?», esta fue la respuesta que les dio: «Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra» (Jon 1:8-9). En verdad, esta respuesta es la más elevada y la más noble del mundo, y solo unos pocos pueden expresarse de esta manera con sinceridad, aunque tuvieran otras respuestas en abundancia. La mayoría puede decir: Tengo sabiduría, o poder, o riquezas, o amigos, o salud, o cosas por el estilo; estas son comunes y la mayoría se jacta mucho de ellas; pero, es el hombre que teme a Dios, y el que puede decir, cuando le preguntan: ¿Qué eres tú? «Tu siervo teme a Jehová», es el hombre entre muchos, el que ha de ser honrado por los hombres; aunque esto, es decir, que teme al Señor, es todo lo que tiene en el mundo. Él tiene la cosa, el honor, la vida y la gloria que es duradera; su bienaventuranza permanecerá cuando la de todos los hombres, excepto la suya, esté enterrada en el polvo, en la vergüenza y el desprecio.³²

Una palabra a los hipócritas.

Hipócrita, mis últimas palabras son para ti; el hipócrita es aquel que aparenta ser a los ojos de los hombres lo que no es

³² «Bienaventurado el hombre que teme a Jehová». La bienaventuranza le acompañará todo el camino hasta el cielo, en la medida en que abunde ese temor. Es un paraíso terrenal vivir en el temor constante de Dios, tener un temor reverencial de Su majestad fijado e implantado inamoviblemente en el alma. La gracia del temor tiene una influencia eminente en la santificación del cristiano; es una poderosa restricción del pecado. Un santo temor de Dios y un humilde temor de nosotros mismos, que son igualmente de operación divina, nos preservarán del pecado y nos comprometerán a la obediencia. Dios será nuestro protector e instructor, nuestro guía y nuestro eterno libertador de todo mal. No nos conformemos con los mayores logros si estos quedan cortos «perfeccionando la santidad en el temor de Dios» -Mason.

a los de Dios. Tú, hipócrita, que quieres ser tenido por uno que ama y teme a Dios, pero no es así, tengo esto que decirte: tu condición es condenable. Porque eres un hipócrita, y tratas de engañar tanto a Dios como a los hombres con disfraces, máscaras, espectáculos, pretensiones y tu sujeción formal, carnal y fingida a los estatutos, leyes y mandamientos exteriores, pero por dentro estás lleno de podredumbre y de todo exceso.

Hipócrita, puede que por tus astutas tretas estés velado y oculto a los hombres, pero estás desnudo ante los ojos de Dios, y Él sabe que Su temor no está en tu corazón (Lc 16:15).

Hipócrita, se te advierte que Dios no acepta la obediencia de un corazón desprovisto de esta gracia del temor. Guardar los mandamientos no es sino una parte del deber del hombre, y Pablo lo hizo, aun siendo un hipócrita (Fil 3). «Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Ec 12:13). Esto, temer a Dios, el hipócrita, por ser hipócrita, no puede hacerlo y, por lo tanto, como tal no puede escapar de la condenación del infierno.

Hipócrita, primero debes temer a Dios, incluso antes de lidiar con los mandamientos, es decir, en cuanto a guardarlos. En efecto, debes leerlos para aprender a temer al Señor, pero «teme a Dios» va antes de la orden de guardar Sus mandamientos. Y si no temes a Dios primero, transgredes, en lugar de guardar los mandamientos.

Hipócrita, esta palabra, TEME A DIOS, es la que el hipócrita olvida por completo, aunque es la que santifica todo el deber del hombre. Porque esta es la clave, y sin ella no hay nada que pueda hacer que un hombre sea sincero en su obediencia. El hipócrita busca aplausos en público y olvida que está condenado en su interior, y hace ambas cosas porque carece del temor de Dios.

Hipócrita, recibe la advertencia de que ninguno de los privilegios de los que se habla en la primera parte del libro te pertenece, porque eres un hipócrita; y si tienes esperanza, tu esperanza será cortada, y si te apoyas en tu casa, tú y ella

caerán al fuego del infierno. Disfruta el triunfo, entonces, tu triunfo es solo por un tiempo. Regocíjate, entonces, pero el gozo del hipócrita es efímero (Job 8:13,15, 20:4-6).

Quizás ahora no quieras soltar lo que has obtenido como hipócrita, pero «¿cuál es la esperanza del impío, por mucho que hubiere robado, cuando Dios le quitare la vida?» (Job 27:8). Hipócrita, deberías haber elegido el temor de Dios, en lugar de una profesión sin él, pero has abandonado el temor porque eres un hipócrita, y debido a que lo eres, recibirás la misma medida que has dado. Dios te rechazará porque eres un hipócrita. Dios ha preparado un temor para ti porque no elegiste el temor de Dios, y ese temor vendrá sobre ti como desolación y como un hombre armado, y te devorará a ti y a todo lo que eres (Pr 1:27).

Hipócrita, lee este texto y tiembla: «Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». (Is 33:13-14).

Hipócrita, no estás bajo la protección paternal de Dios, porque eres un hipócrita y te falta Su temor en tu corazón. Los ojos del Señor están sobre los que le temen, para librarlos. Pero el hombre sin temor o hipócrita es abandonado a las trampas y asechanzas del diablo, para ser atrapado en ellas y derrotado, porque está destituido del temor de Dios.

Hipócrita, no tendrás más recompensa de Dios por tu trabajo que la que tendrán las cabras;³³ el hipócrita, porque es un hipócrita, no permanecerá ante los ojos de Dios. El beneficio de tu religión lo gastas a medida que lo obtienes. No tendrás un solo céntimo de más en la muerte y el juicio.

Hipócrita, Dios no te ha confiado ni te confiará la más mínima parte de Su gracia salvadora, porque eres un hipócrita; Y en cuanto a lo que tienes, lo has robado, todos ustedes lo han robado de su prójimo, robando incluso en medio su profesión,

³³ Por cabras debemos entender los hipócritas y los finalmente impenitentes, que partirán al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles; ver Mt 25:32, 33-41.-Ed.

como lo hizo Judas con la bolsa. Entrás como un ladrón en tu profesión, y como un ladrón saldrás de ella. Jesucristo no te ha tenido por fiel para confiarte ninguna de Sus joyas para que las guardes, porque no le temes. «Has dado a los que te temen bandera que alcen por causa de la verdad» (Sal 60:4).

Hipócrita, no eres fiel a Dios ni a los hombres, ni a tu propia alma, ¡porque eres un hipócrita! ¿Cómo podría el Señor confiar en ti? ¿Por qué han de esperar los santos algún bien de ti? Si Dios te diera Su Palabra, la venderías. Si los hombres confiaran sus almas en ti, las destruirías, haciendo negocio con ellas para tus propios designios hipócritas. Sí, si el sol se calienta, lo arrojarás todo y no soportarás el calor, ¡porque eres un hipócrita!

